Parte 2

Instituciones y costumbres nacionales

Ciudades y pueblos

Cuando la gente comenzó a abandonar las cuevas y a cultivar la tierra, se establecieron en lugares en los que la tierra era fértil y donde había un buen suministro de agua. Esto llevó en ocasiones a conflictos con grupos nómadas que querían disfrutar también del agua. Este conflicto hizo necesario que los nuevos granjeros vivieran agrupados para protegerse mutuamente, y fue por esta razón que surgieron los pueblos.

Si el pueblo era vulnerable, se construía de manera que las desnudas paredes de las casas formaran una muralla defensiva, accediéndose al interior mediante una sola entrada o puerta. Si el pueblo se encontraba en un lugar fácil de defender y se encontraba en una ruta comercial, entonces en la época en que la invención del arado con reja de bronce hizo posible una explotación más intensiva de la tierra y se consiguió más riqueza, el pueblo era rodeado de una muralla defensiva. Era esto, más que el mero tamaño, lo que convertía a un pueblo en ciudad (véase Lv. 25:29–31, "mas las casas de las aldeas que no tienen muro alrededor serán estimadas como los terrenos del campo . . . "). Incluso ciudades tan importantes como Jerusalén y Meguido tenían una extensión de sólo alrededor de trece acres (algo más de cinco hectáreas) en los tiempos del Antiguo Testamento. Si la muralla era hecha de manera sólida, era designada como "ciudad fortificada" (Jer. 34:7).

Había una relación biunívoca entre las ciudades y los pueblos. En tiempos de guerra, los campesinos acudían a la ciudad para protegerse tras sus muros. En verano, los habitantes de las ciudades agradecían poder salir al campo, donde colaboraban en la cosecha, y gozaban así de "unas vacaciones de trabajo." Así, las ciudades y los pueblos formaban un conjunto agrupado (Jos. 15:32, 36, 41).

El centro del pueblo

El "centro" del pueblo era su suministro de agua. La gente acudía al pozo para conseguir agua, llevando consigo sus propios pellejos y jarras (véase Jn. 4:11), y en esto se encontraban con otros del pueblo para conversar y relajarse al comenzar y terminar el día. El pozo no era siempre un profundo agujero con un brocal. Muchas veces se encontraba en un lecho seco de un río. De alrededor de un metro cuadrado y un metro de profundidad, se llenaba de agua, y era conocido como un "hoyo" (significado literal de Jer. 14:3, traducido "lagunas" en RVR). Las lluvias de invierno siempre llenaban el seco lecho. Cuando había pendencias acerca del agua, estos hoyos eran a veces cegados (Gn. 25:15).

Las murallas de las ciudades

La característica más importante de la ciudad era su muralla. Originalmente, las murallas de las ciudades importantes parecen haber sido hechas de piedra. Las antiguas murallas de Jericó tenían dos metros (6 pies y medio) de grosor y torres de diez metros (30 pies) de altura, y esto en el año 5000 a.C. En la edad de bronce, cuando las edificaciones se hicieron más extensas y la agricultura más intensiva, las piedras basales de las murallas se hacían de piedra, pero las murallas mismas se hacían de ladrillo. Las murallas tendían seguir un contorno particular, por lo que, aunque la ciudad tenía una forma irregular, siempre tenía que ser alcanzada cuesta arriba.

Las murallas eran de diferentes clases. Algunas tenían una pendiente de abajo arriba, con bases de hasta nueve metros de grosor. Otras eran murallas

El antiguo pozo de Beerseba.



Derecha: **Parte de la muralla de siete metros de anchura de Jerusalén, datando del siglo VIII a.C. Esta es la muralla a la que hace referencia Isaías en sus palabras al rey Ezequías: "Y derribasteis casas para fortificar el muro" (Is. 22:10).**

Restos de la muralla de la ciudad jebusea de Jerusalén, datando del siglo XVIII a.C.

de casamata, dos murallas paralelas con estancias construidas en el espacio intermedio. Otras eran murallas dobles, rellenas con cascotes. Las murallas no siempre mantenían fuera a los enemigos. Por ello, después de que una ciudad había sido tomada y destruida, era necesario reedificar sobre las ruinas de la vieja, porque inevitablemente la vieja había sido edificada sobre el mejor emplazamiento de la zona. Esto sucedió tantas veces en algunas ciudades que cuando los arqueólogos excavan alguno de estos lugares, se encuentran con niveles como de un pastel, que se corresponden con los niveles de destrucción y reconstrucción. Estos lugares reciben el nombre de *tell,* y mediante la precisa datación de cada capa, el arqueólogo puede a menudo escribir la historia de la ciudad.

En términos prácticos de construcción el desarrollo de un tell significaba que la parte inferior de la muralla defensiva tenía que ser edificada como muro de retención para mantener en el interior el nivel más elevado. Así fue cómo se desarrolló el *glacis,* una empinada pendiente de tierra y rocas aplastadas, hasta el nivel de la nueva línea de edificación. El glacis era a menudo rodeado de un an-





Tel Beer Sheba. Esta área ha estado ocupada desde el cuarto milenio a.C.

cho foso, que daba la adicional ventaja de dar más tierra para hacer el glacis aún más alto. Luego se edificaba la muralla en la parte superior del glacis.

Al ir adelantando las técnicas de guerra de asedios, las murallas de casamata tuvieron que ser sustituidas por murallas sólidas, lo que generalmente era conseguido mediante rellenos. Se construían sistemas de salientes y entrantes en las murallas, y se construían torres para su defensa (2 Cr. 26:15). Así los defensores podían arrojar proyectiles contra los que atacaban las murallas. En algunos casos, como en Laquis, se edificaron dos murallas separadas, una dentro de la otra, para dar una doble línea defensiva. No podemos estar seguros de cómo estaban coronadas las murallas. La casa de Rahab pudo haber estado construida en la parte superior, porque los espías se escondieron en el terrado, pero puede haberse tratado de la vivienda superior en una muralla de casamata (Jos. 2:15). Hay indicaciones de que la parte superior de las murallas era adornada con escudos colgando de ellas (Cnt. 4:4; Ez. 27:11).

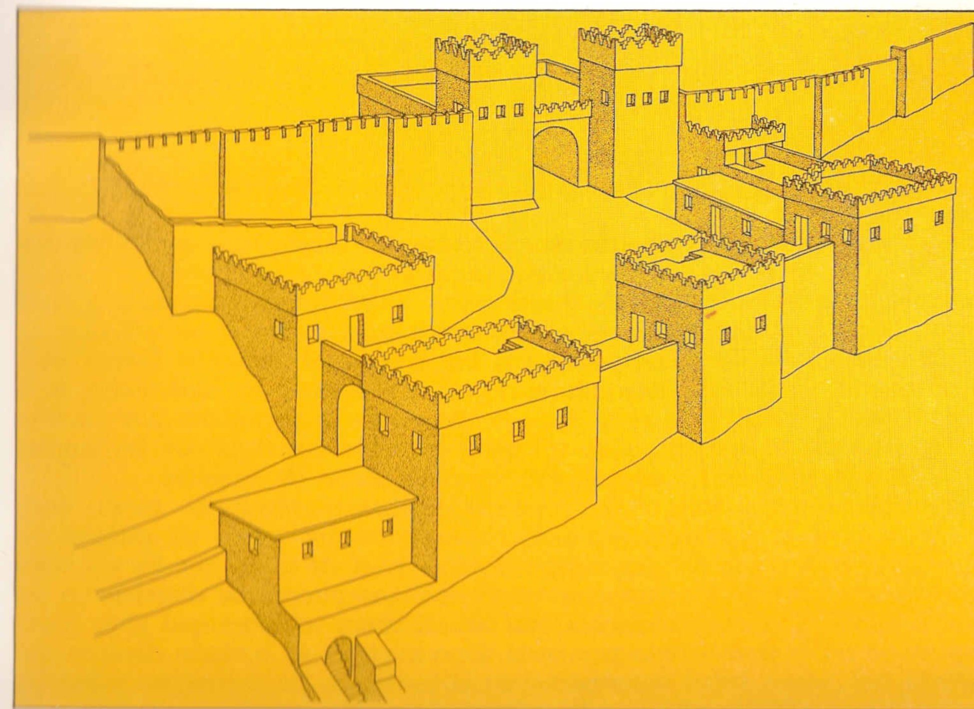
La puerta

En los primeros tiempos la puerta era el punto

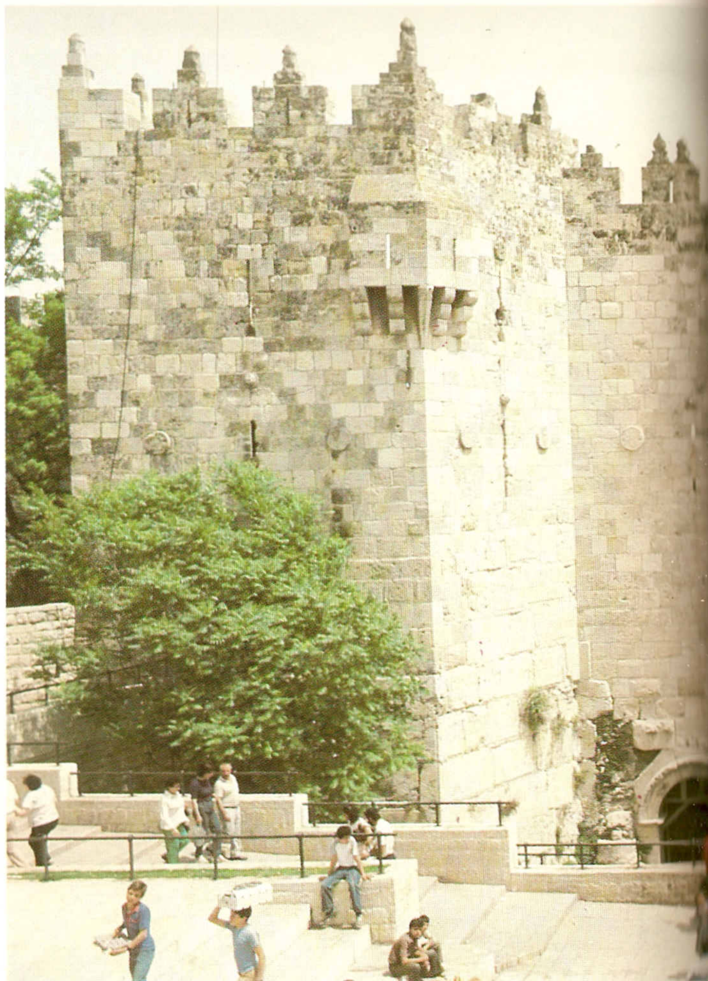
potencialmente débil de la defensa, y por ello vino a ser causa de especial preocupación. La posesión de la puerta equivalía a la posesión de la ciudad (Gn. 22:17). Por ello, se hizo común entre los cananeos la práctica de ofrecer un sacrificio humano al edificar una puerta. Parece haber una referencia a esto en 1 Reyes 16:34 cuando Segub, hijo de Hiel, murió durante la reconstrucción de Jericó llevada a cabo por su padre; Dios había dicho que todo el que reconstruyera la ciudad perdería su hijo.

Las puertas de la entrada de la ciudad se hacían de madera recubierta de metal (Sal. 107:16). Unas barras de hierro mantenían las puertas en su sitio (1 S. 23:7; Is. 45:2). Al perfeccionarse el arte de la guerra, estas puertas no ofrecían suficiente protección. Un antiguo diseño para proveer aquella protección implicaba la construcción de murallas que se solapaban con dos puertas, que formaban un patio entre ellas. Otra solución era construir murallas a ambos lados de las murallas principales, formando nuevamente otro patio. Si se penetraba por la puerta exterior, quedaba aún otra, y durante este tiempo los defensores podían derramar líquidos y lanzar proyectiles sobre los atacantes en el patio. Las dos formas de puerta posibilitaban re-

La muy bien protegida puerta de la fortaleza de Meguido.



La concurrida puerta de Damasco en la ciudad de Jerusalén.



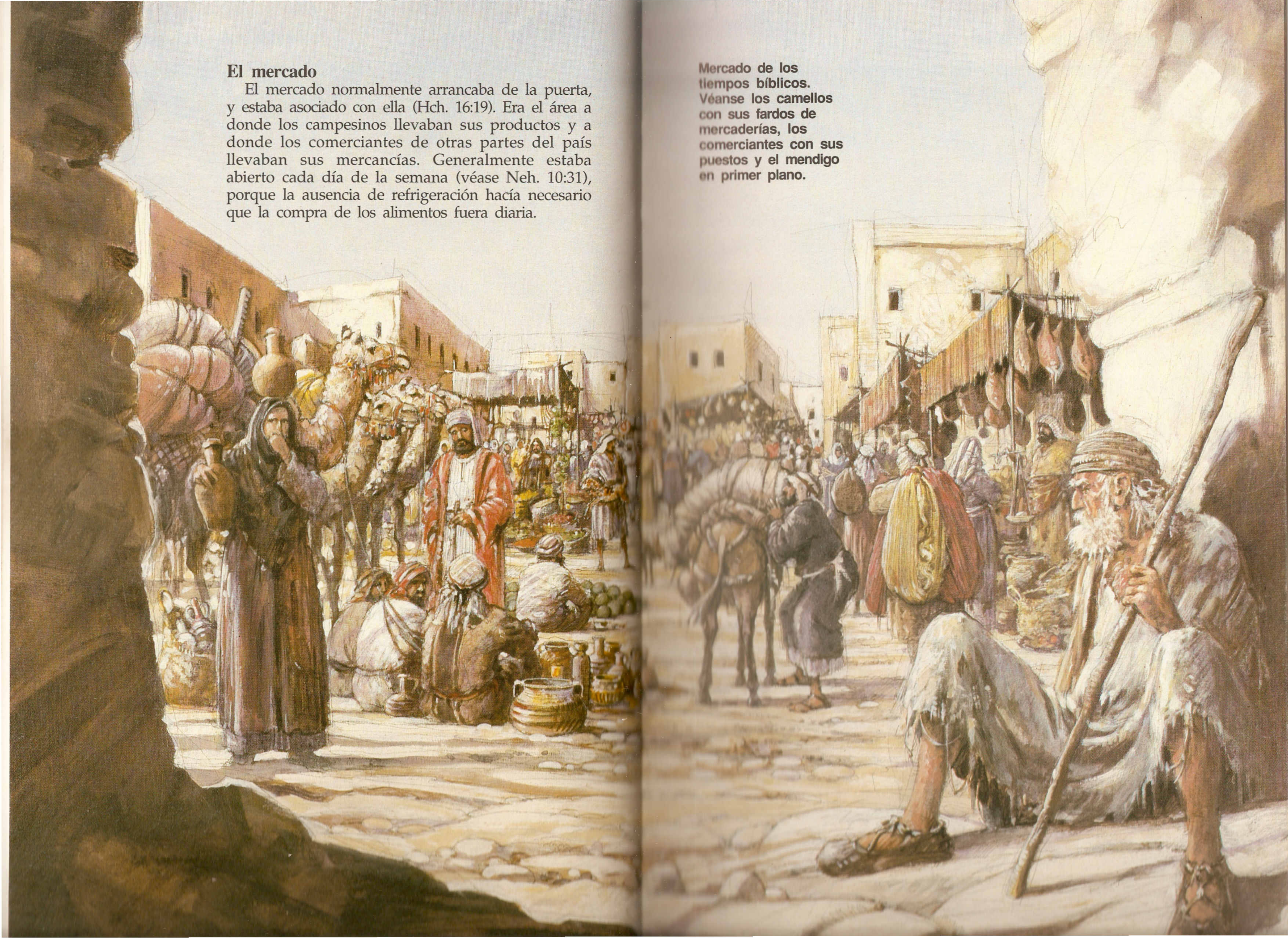


pentinas e impetuosas salidas de los defensores contra el enemigo.

Las puertas eran fuertemente defendidas, y eran dotadas con torres para servir como puestos de observación. En 2 Samuel 18:24–26 David está sentado entre las dos puertas en Mahanaim, y el atalaya en la torre que se levantaba por encima puede ver a un corredor que llega con las nuevas de la batalla con las fuerzas de Absalón.

Las puertas se construyeron de modo más sofisticado cuando los dos pares de puertas se dispusieron a 90° entre sí, de modo que los atacantes tuvieran que girar. Las puertas se dispusieron de manera que los atacantes tuvieran que girar hacia la izquierda. Esto exponía su costado derecho, no protegido con el escudo, a los defensores sobre las murallas. También se desarrollaron diseños más complejos de entrada en zig-zag y de tres puertas en lugar de dos.

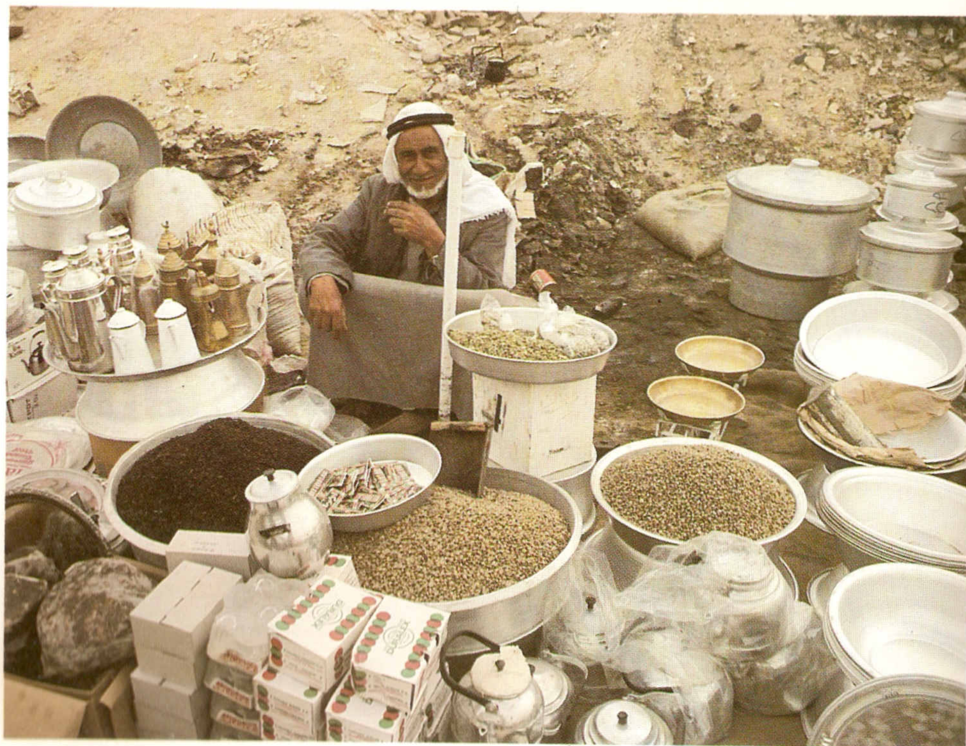
La elaborada disposición de la puerta tenía su utilidad en tiempos de paz. Se disponían estancias en los muros donde pudieran estar los mercaderes, y la sombra que arrojaban las altas murallas hacía de aquel lugar un buen sitio para reunirse. La puerta era por ello un lugar para hablar en público, sentándose los oyentes en bancos de piedra (Pr. 1:21; 2 Cr. 32:6; Jer. 17:19), y para la conversación (Sal. 69:12). Era útil para descansar (Est. 2:21), y era asimismo el lugar donde se dispensaba localmente la justicia (Rut 4:1–2), o donde debiera haberse hecho (Am. 5:15). Las puertas siempre se cerraban de noche, lo que hace surgir gozo ante el hecho de que en la Nueva Jerusalén no habrá noche. Sus puertas estarán siempre abiertas (Ap. 21:25).



El mercado

El mercado normalmente arrancaba de la puerta, y estaba asociado con ella (Hch. 16:19). Era el área a donde los campesinos llevaban sus productos y a donde los comerciantes de otras partes del país llevaban sus mercancías. Generalmente estaba abierto cada día de la semana (véase Neh. 10:31), porque la ausencia de refrigeración hacía necesario que la compra de los alimentos fuera diaria.

Mercado de los tiempos bíblicos. Véanse los camellos con sus fardos de mercaderías, los comerciantes con sus puestos y el mendigo en primer plano.



Mercader árabe en Beerseba.

Había otros "días de mercado" especiales, y ocasiones casi festivas cuando llegaba una caravana. No era posible introducir carros o incluso camellos por muchas entradas, y por ello los porteadores tenían que llevar las mercaderías al mercado. Jesús empleó las grandes cargas portadas por los porteadores como imagen de la carga de legalismo que los doctores de la ley imponían a sus contemporáneos, sin ayudarlos ni con un dedo (Lc. 11:46). Pablo puede haber tenido la misma práctica a la vista cuando nos dijo que debíamos los unos sobrellevar las cargas de los otros (Gá. 6:2).

El mercado era, generalmente, un sitio activo y feliz, lugar de encuentro de mucha gente. Era por ello el lugar donde se podía hablar en público y enseñar (Hch. 17:17), donde los niños jugaban juegos de "bodas" y "funerales" (Mt. 11:16–17) y a donde podían ir los desempleados esperando que alguien les diera un trabajo (Mt. 20:3). Las casas adyacentes al mercado podían proveer un lugar desde el que proclamar noticias (Lc. 12:3) y lugares en los que los artesanos podían trabajar y vender sus productos. El horno público podía estar situado en esta zona.

Las calles

En los tiempos del Antiguo Testamento las calles irradiaban del mercado. Eran tan estrechas que se debía andar en una sola hilera. Las casas se construían muy cerca las unas de las otras y la "calle" era el espacio que quedaba entre ellas. De las calles salían callejuelas igualmente estrechas para acceder a la área detrás de las casas (Pr. 7:8). Este sistema creaba una red tan complicada que a un recién llegado le resultaba imposible encontrar su camino por allí. Las calles no estaban pavimentadas y estaban además llenas de desperdicios: ladrillos, jarras rotas y basura, a menudo más alto que el nivel del suelo de las mismas casas.

Durante el invierno todo este sistema de calles se convertía en un cenagal, y en verano los olores



Estrecha calle en el barrio viejo de Jerusalén.

hacían necesario que la gente trabajara fuera de la ciudad (véase Sal. 18:42; Is. 10:6). No es de asombrarse que una de las delicias de la Nueva Jerusalén es que estará pavimentada (Ap. 21:21).

La estrechez de las calles y la oscuridad de las calles, junto con lo irregular del trazado, facilitaba que en las ciudades la violencia prosperara (Sal. 10:8), y los perros, fieros e indomables, rondaban a su aire. David podía oír los perros ladrando en la noche (Sal. 59:6), y Jesús sabía que acudían a por las migajas que caían de la mesa (Mt. 15:27; Lc. 16:1). Los perros no eran populares. El precio de un perro no podía ser entregado como ofrenda (Dt. 23:18), y llamar perro a alguien constituía un insulto (Ap. 23:15).

En contraste, las ciudades edificadas por los griegos y los romanos tendían a estar bien planificadas y con las calles pavimentadas. Se hacían plazas en las confluencias de las calles principales, y había muchas plazas abiertas delante de los edificios públicos. Cesarea, el puerto que Herodes construyó para introducir a los romanos en Judea, tenía una calle mayor, con tiendas a ambos lados, baños y teatros. Se construían en bloques de cuatro, y había edificios principales para la administración y la



El teatro romano en Cesarea Marítima. En sus ruinas se encontró una inscripción con el nombre de Poncio Pilato.



La Ciudadela, Jerusalén. La parte inferior de esta torre se remonta a la época de Herodes, y formaba parte de su palacio.

diversión. Antioquía, la ciudad que Pablo empleó como base misionera, tenía incluso alumbrado público. Surge el interrogante de por qué existía un contraste tan acusado. Básicamente se debe a que cuando los judíos comenzaron a edificar, lo hicieron sobre los cimientos de las ciudades cananeas, y a que hubo pocos arquitectos del calibre de Salomón, Omri y Acab.

La fortaleza central

En algunas ciudades se construía un castillo central como residencia regia y como último recurso defensivo para el resto de la población si se abría una brecha en las murallas de la ciudad. Omri parece haber actuado así en la ciudad de Samaria (1 R. 16:24). El Acra, el palacio de Herodes, y la Torre Antonia eran castillos de este tipo en Jerusalén. También, si era necesario, se podía em-



Entrada al sistema de suministro de agua de Hazor, que data del reinado del rey Acab.

plear para ello un templo. La "torre" de Siquem parece haber sido de este tipo (Jue. 9:46). Cuando Jerusalén cayó en manos de las legiones romanas en el año 70 d.C., el último bastión fue el templo. Vino a ser práctica normal edificar murallas adicionales en el área del castillo, constituyéndose así una "ciudad superior" y una "ciudad inferior."

El suministro de agua

El suministro de agua era imprescindible para que una ciudad pudiera resistir un asedio. Algunas ciudades tenían un fácil acceso al agua. Jericó tenía un manantial, y el agua empleada por María en Nazaret sigue manando en la ciudad en la actualidad. Otros lugares tenían dificultades para proveerse de un suministro de agua adecuado y seguro. En algunos casos se conseguía agua cavando hasta el nivel del agua. Esto es lo que se hizo al principio en Jerusalén. En Meguido y Hazor se abrieron en el interior de cada ciudad unos grandes hoyos que llegaban al nivel del agua. Entonces se construyó un túnel hasta el manantial fuera de las murallas.

Las cisternas suministraban mucha parte del agua necesaria en los hogares. Sigue existiendo una gran

cisterna todavía en uso en el huerto del sepulcro en Jerusalén, que en tiempos de Jesús se encontraba en el distrito norte de la ciudad. Sigue suministrando toda el agua necesaria para el huerto a través de la estación seca. Las cisternas de agua de Belén eran bien conocidas por su agua fría. Cuando se desarrolló la técnica del encalado, el agua se retenía aún durante más tiempo.

Pero también existían cisternas y estanques de uso público. Se han excavado los estanques de Gabaón (2 S. 2:13). Uno de ellos es rectangular, midiendo 12 por 18 m. (35 por 55 pies), y otro tiene un diámetro de 10 m. (30 pies) y una profundidad de 20 (60 pies). Había un estanque en Samaria (1 R. 22:38), y había otros en Jerusalén (2 R. 18:17; Is. 22:11). Una de las más notables obras hidráulicas es el túnel de Ezequías, construido para traer agua desde un manantial subterráneo a través de una serranía hasta un estanque dentro de las murallas de la ciudad, el estanque de Siloé. Al mejorar las técnicas de ingeniería hidráulica se emplearon acueductos y tuberías de barro cocido para llevar agua desde los estanques de Salomón, en las cercanías de Belén, hasta Jerusalén. De manera similar se construyeron dos acueductos para llevar agua a Cesarea.

Los estanques de Salomón, cerca de Belén, servían como depósitos para la ciudad de Jerusalén.

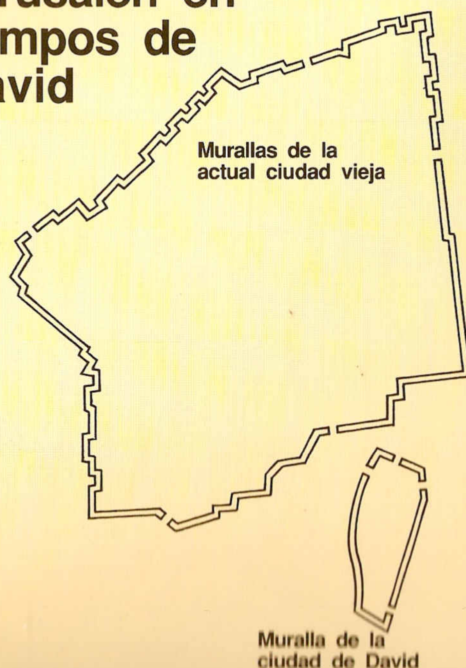


El desarrollo de la ciudad de Jerusalén

Jerusalén constituye un buen ejemplo del desarrollo de una ciudad, y debido a que es tan importante en la Biblia, examinaremos el desarrollo de la ciudad a través de los tiempos bíblicos. Fue construida por primera vez por los jebuseos, una tribu cananea, como protección en los montes de Judea. Estaba situada sobre la ruta mercantil de invierno, que pasaba de sur a norte a lo largo de la divisoria entre la cuenca del valle del Jordán y la del Mediterráneo. El asentamiento más antiguo fue edificado al extremo meridional de una empinada serranía limitada por el Cedrón al este y por otro arroyo al oeste. La única línea artificial de defensa que se necesitaba era una muralla al norte del asentamiento y a través de la serranía.

Aunque la ciudad se levantaba sobre el camino de montaña de norte a sur, no había ninguna razón en particular por la que hubiera de crecer hasta ser una ciudad principal. No tenía un suministro importante de agua, ni un gran río, ni una gran ruta comercial. En ocasiones era conocida como Jebus, y en ocasiones como Jerusalén (Yara-Salem), que significa "fundada por Salem." Salem era un dios cananeo, bien del alba o bien del crepúsculo, y la

Jerusalén en tiempos de David





Desde esta perspectiva de la serranía del Ofel se pueden ver restos que se remontan a la ciudad jebusea y a la Jerusalén de David.

referencia podía ser a la belleza del lugar a primeras horas de la mañana o a la luz del crepúsculo.

Hacia la época de Abraham era regida por un "rey" (Melec) que era considerado como el representante en la tierra (Zedec) de El Elión: El Dios Altísimo. El Melquisedec de la época de Abraham salió, tras el rescate de Lot, a ofrecer hospitalidad a Abraham (Gn. 14:18). Si Moríah es el área inmediatamente al norte de la ciudad, entonces Abraham volvió a Jerusalén para obedecer la orden de Dios de que sacrificara a Isaac (Gn. 22:2; 2 Cr. 3:1). En la época en que los judíos entraron en Canaán, cuando la Conquista, el gobernante de Jerusalén seguía siendo considerado como sacerdote-rey, y era llamado Adoni (Señor) Sedec (Jos. 10:1).

La capital de David

Es probable que Jerusalén jamás hubiera crecido hasta adquirir la importancia que adquirió si no hubiera sido por el hecho de que las tribus israelitas se dividieron en dos grupos en la época de la ocupación de Canaán. Las tribus que se asentaron en el sur tenían su centro en Hebrón y vinieron a ser intensamente pro-davídicas. Las tribus que se habían asentado en el norte vinieron a ser intensamente partidarias de la casa de Saúl. Cuando el último hijo de Saúl, Is-boset, fue asesinado (2 S. 4),

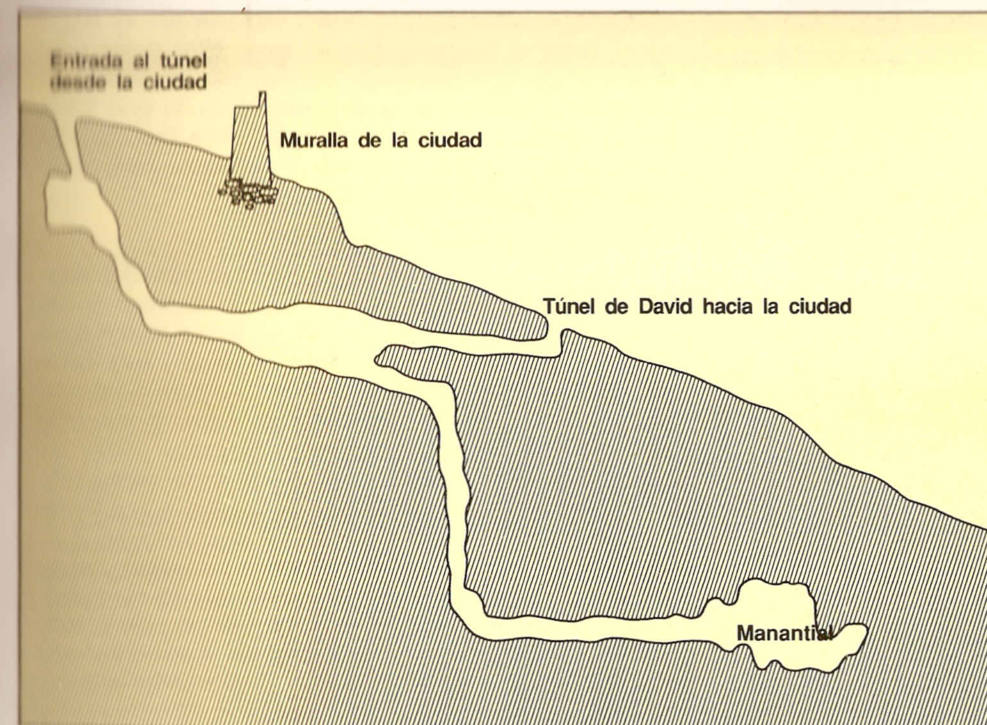


La serranía del Ofel, el emplazamiento de la ciudad primitiva, se encuentra a la izquierda en esta vista de Jerusalén tomada desde el monte Scopus.

las tribus septentrionales pidieron a David que fuera su caudillo. No hubiera favorecido los intereses de la unidad nacional elegir una capital en el norte o en el sur, ni seleccionar una capital ya asociada con alguna de las tribus.

Jebus/Jerusalén era una elección lógica. Estaba situada en el límite entre los grupos septentrional y meridional de tribus, y no estaba asociada con ninguno de ambos grupos. El rey de Jerusalén había sido derrotado en batalla (Jos. 10:1), y aunque el lugar había sido mantenido durante un cierto tiempo por la tribu de Judá (Jue. 1:8), había recuperado su independencia nuevamente como ciudad cananea (Jue. 19:11–12).

Por ello, David emprendió la tarea de conquistarla y de hacer de ella su capital. Consiguió capturarla de dos maneras espectaculares: desafiando una maldición y salvando una barrera natural aparentemente insalvable. Los jebuseos habían puesto a sus ciegos y cojos como parte de una exhibición ritual para maldecir las tropas de David con ceguera y cojera si osaban atacar la ciudad. Asimismo, los jebuseos habían quitado los escalones de madera en el pozo que conducía desde el interior de la ciudad al tunel de agua más abajo (2 S. 5:6–8). Estas acciones no arredraron ni a David ni a sus fuerzas.



Parece que David tomó la ciudad jebusea de Jerusalén enviando a sus hombres a través de un túnel que permitía el acceso al manantial de Gihón.

Aparentemente dirigidos por Joab (1 Cr. 11:6), se lanzaron al ataque a través del estrecho pozo de agua, y mostraron que no tenían temor alguno a la maldición dando muerte a los ciegos y cojos.

David edificó entonces Jerusalén, ampliando su área mediante muros de contención y de estrechas terrazas (2 S. 5:9; 1 Cr. 11:8), que se conocen como "el Milo" (1 R. 9:15, 24). Puede que fuera en aquel tiempo que los judíos reinterpretaron el nombre de la ciudad, que vino a ser conocida como "la Ciudad de Paz," *Ieru-shalom*, significado que desde entonces ha tenido siempre. Jesús se refirió a este nombre cuando, conociendo los conflictos que iban a desatarse sobre la ciudad, dijo: "¡Oh, si también tú conocieses, a lo menos en este tu día, lo que es para tu paz!" (Lc. 19:42).

Pero no era suficiente emplear una ciudad neutral como capital; era necesario desarrollar Jerusalén como centro religioso. David lo consiguió al introducir el arca del pacto en la ciudad (1 Cr. 13:25–26), haciendo los planos para la construcción de un templo como residencia del arca (2 S. 7; 1 Cr. 21—22). Al norte de la ciudad había una era donde el ángel de Dios había cesado de impulsar una plaga (1 R. 9:15, 24). Se trata del lugar que los judíos creían haber sido el lugar en el que Abraham había estado

dispuesto a sacrificar a Isaac. Parecía ser el lugar ideal para el templo. David tuvo que dejar esto último a su hijo Salomón, pero sí parece haber expandido la ciudad hacia el norte, hasta lo que iba a ser el emplazamiento del templo. Esto involucraba la toma de la torre fortificada o fortaleza real conocida como el Ofel (2 Cr. 33:14).

El templo de Salomón

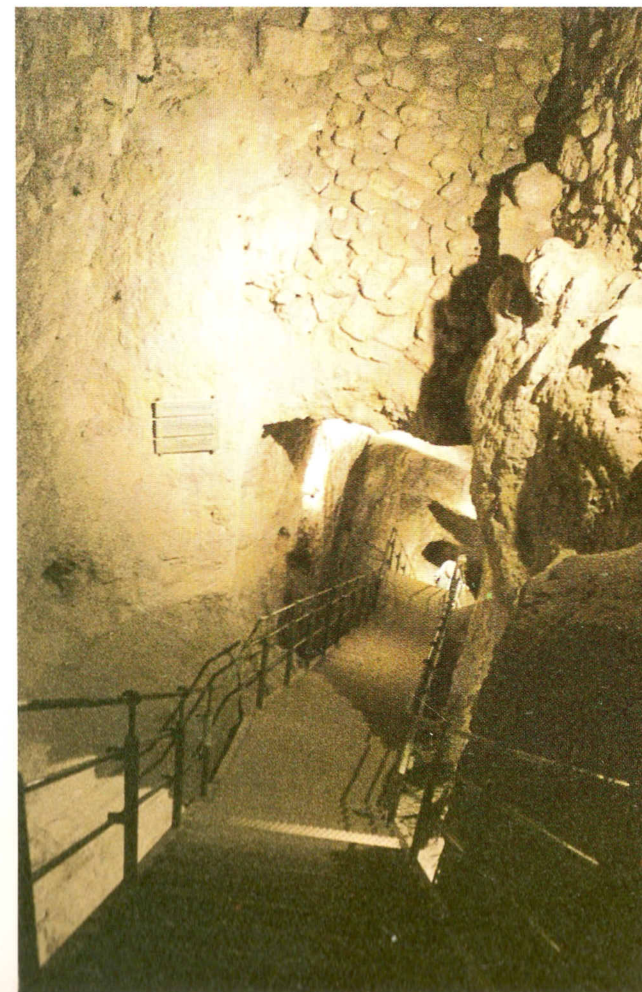
Cuando Salomón inició la construcción del templo, descubrió que no era cosa fácil construir sobre una serranía tan empinada. David había conseguido edificar el extremo meridional erigiendo una serie de muros de contención y terrazas, pero Salomón tenía que hacer mucho más que esto, y resolvió este problema creando grandes terrazas. Estas terrazas fueron sustentadas mediante arcos inferiores, que quedaban anclados sobre la ladera, y mediante gruesos muros de retención en el otro extremo. Las terrazas descendían desde el punto superior hacia el sur en dirección al Ofel y el casco de la ciudad (1 R. 6–7). El templo fue construido en el punto más elevado, y en las terrazas inferiores construyó edificios administrativos y reales. Durante la edificación se emplearon grandes números de obreros, y se precisó de grandes cantidades de materiales de construcción; como resultado de ello el comercio se expandió. El país fue dividido en doce distritos, quedando cada distrito responsabilizado de la manutención de la corte real durante un mes del año, para proveer obreros para el programa de construcciones, y para los impuestos. Jerusalén, Belén y Hebrón no quedaron sometidas a tributo, evidentemente por sus lazos históricos con la familia de David. El elevado nivel de impuestos, las exenciones tributarias, y la larga historia de división entre el norte y el sur llevaron a una división permanente del reino. La entrada de obreros y comerciantes llevó probablemente al crecimiento de asentamientos sobre la gran colina llana al oeste de la ciudad.

El estanque de Ezequías

Debido a la división del reino, hubiera sido de esperar que la ciudad declinara en su importancia tras el reinado de Salomón. Diez tribus declararon su independencia y establecieron su capital al principio en Siquem (1 R. 12:25), y finalmente en Samaria (1 R. 16:23–24). Jerusalén siguió siendo la capital para las tribus de Judá y Benjamín. Pero seguía teniendo una gran importancia debido al templo, a pesar de los santuarios rivales levantados en el norteño reino de Israel en Dan y Bet-el (1 R. 12:29).

Durante este período, cuando hubo guerra civil entre Israel y Judá y cuando se deportaron respectivamente a Asiria y Babilonia a los más capacitados de los pobladores de Israel (712 a.C.) y de Judá (586 a.C.), hubo dos notables proyectos de construcción en Jerusalén. El primero fue el de asegurar el aprovisionamiento de agua de la ciudad, que en aquel tiempo estaba fuera de las murallas de la ciudad, en el estanque de Gihón. El rey Ezequías hizo horadar a través de la serranía debajo de la ciudad para que el agua manara a un nuevo estanque construido en el interior de la ciudad, dentro de las murallas. Luego, parece que cegó el acceso al manantial desde el exterior de la muralla de la ciudad (2 Cr. 32:30).

El otro proyecto de construcción durante este



El pozo de Warren, Jerusalén; el pozo vertical cavado por los jebuseos para tener acceso al agua en caso de asedio de la ciudad. Puede haber sido a través de este pozo que los hombres de David entraron en la ciudad.

período fue el de enterrar dentro de una muralla defensive el monte al oeste de la ciudad, donde había habido un asentamiento en gran escala. Este proyecto tuvo como resultado doblar el tamaño de la ciudad de Jerusalén (2 Cr. 32:5). Es difícil estar seguro del trazado exacto de la muralla o de su constructor. Sabemos que después de la destrucción de la ciudad por Nabucodonosor, Nehemías fue enviado por el emperador de Persia para que reedificara las murallas de la ciudad, y que la línea de muralla que reparó incluía el profundo valle al oeste de la ciudad de David y los montes al otro lado.

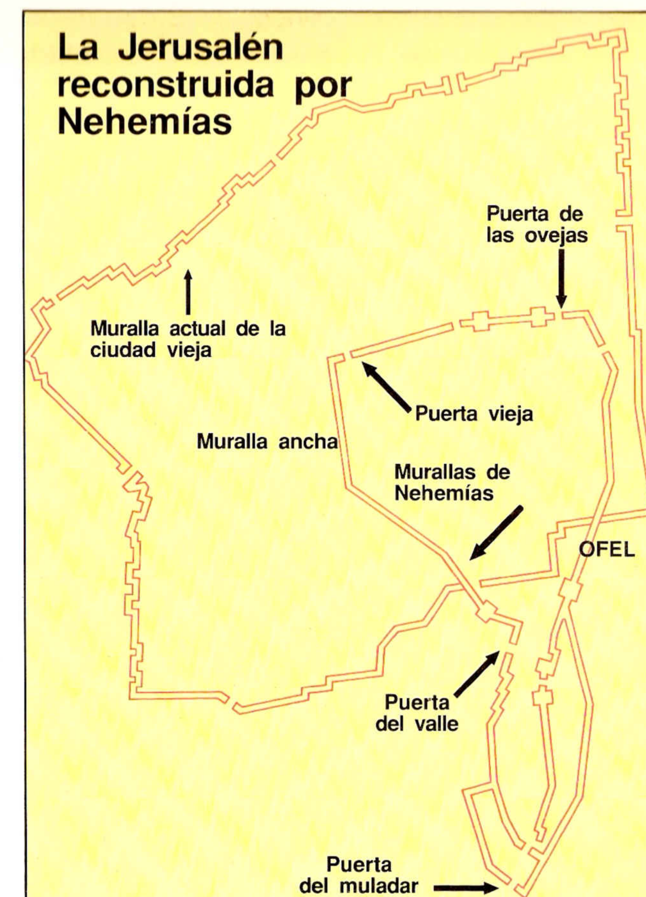
La reconstrucción de Jerusalén

Jerusalén habría permanecido como un montón de ruinas después de la destrucción babilónica si no hubiera sido por el emperador de Persia, Ciro, que derribó el Imperio Babilónico, y que quería restaurar la vida religiosa de los pueblos a él sometidos. Por ello se permitió a un contingente regresar a Jerusalén, conducidos por un hombre llamado Zorobabel para reconstruir el templo. Esdras llegó a restaurar el conocimiento de la ley y de la práctica religiosa por parte del pueblo, y Nehemías, gracias a su contacto personal con el emperador persa, fue autorizado a reconstruir las murallas como gobernador de la ciudad.

Las murallas fueron reconstruidas con el trabajo de los habitantes locales y contra el gran desaliento y oposición de parte de sus enemigos. El templo fue restaurado y una vez más hubo habitantes en la ciudad, pero los edificios y porches reales quedaron en ruinas, de modo que el templo era en efecto un edificio aislado en medio de una gran explanada. Así, Jerusalén vino a ser el centro espiritual de una pequeña provincia persa en los límites del imperio.

Jerusalén bajo los seléucidas

Del mismo modo que Babilonia vio su fin como gran potencia en 538 a.C., del mismo modo en 332 a.C. el Imperio Persa vio su fin, cayendo en manos de Grecia bajo Alejandro Magno. Esto no tuvo un gran efecto político sobre los judíos en Jerusalén, pero sí tuvo grandes consecuencias religiosas. La lealtad pasó de Persia a Grecia, y las ideas y filosofía griegas llegaron a influenciar muchos de los conceptos religiosos de los judíos. Surgió un partido helenista que negaba la resurrección corporal, como un ejemplo de ello. Pero los problemas más formidables para la vida política de los judíos



sobrevinieron posteriormente, tras la muerte de Alejandro y el repartimiento de su imperio entre sus generales. Egipto quedó bajo el poder de Ptolomeo, Siria bajo el de Seleuco, y Jerusalén se encontró entre ambas divisiones.

En tanto que Jerusalén estuvo bajo el control de Ptolomeo el problema no fue grave, excepto que grandes números de judíos fueron deportados a Alejandría, ciudad que vino a ser el mayor centro del judaísmo fuera de Jerusalén. Pero en 198 a.C. Jerusalén cayó finalmente en poder del rey seléucida, Antíoco. Uno de sus sucesores, Antíoco Epífanes, resolvió que ya era hora que todos los judíos se convirtieran a la religión griega. Saqueó y profanó el templo, edificó una fortaleza sobre una colina ahora abandonada al oeste, llamada el Acra, e intentó de una manera sistemática destruir la fe judía. La reacción judía condujo a una revuelta bajo los macabeos, nombre adoptado en base del sobrenombre de uno de los líderes de la resistencia

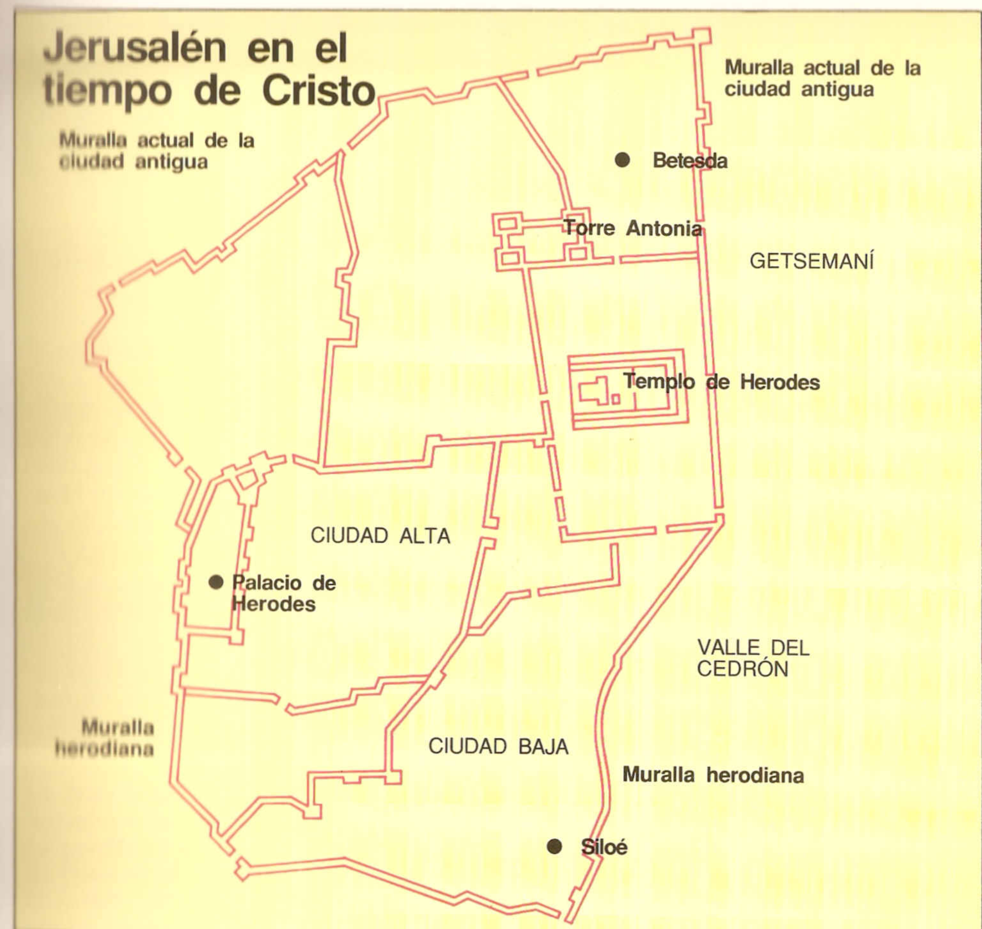
(Macabeo significa "el martillo"). Se precisó de muchos años de conflicto y la muerte de todos los caudillos rebeldes antes de poder vencer el Acra, y el cargo de sacerdote y gobernante quedó unido en la sucesión familiar.

La reconstrucción efectuada por los asmoneos

Los nuevos gobernantes, conocidos como asmoneos porque retuvieron el apellido Hashmon, pudieron expandir el área sobre la que dominaban hasta llegar a ocupar el área que había incluido Judá e Israel. La ciudad de Jerusalén se hizo próspera mediante el comercio. Un nuevo elemento vino a afectar su prosperidad. Había muchos judíos esparcidos por todo el Oriente Medio que cuando llegaban al templo para tomar parte en las fiestas de peregrinación traían consigo sus riquezas y bienes.



La tumba del huerto, Jerusalén.



Al reconstruir la ciudad, los asmoneos volvieron a amurallar la colina occidental, y cavaron un profundo foso, de veinte metros (60 pies) de profundidad y de ochenta metros (250 pies) de anchura, más allá de la muralla septentrional del templo. Construyeron su palacio delante del Ofel sobre lo que se conoce como el valle del Tiropeón. Es en el lado del norte, mirando al sur, de esta fosa que se encuentra la "tumba del huerto." Es reverenciada por los cristianos como un lugar similar a aquel en el que Jesús fue sepultado y del que resucitó de entre los muertos.

La Jerusalén herodiana

La historia de Jerusalén entre el establecimiento de los sacerdotes-reyes asmoneos y los tiempos de Jesús es particularmente trágica. Los asmoneos se enfrentaron unos con otros, y en su búsqueda del poder se aliaron con potencias extranjeras, de ma-

nera que Jerusalén vino a quedar sometida a invasiones de romanos, partos y herodianos. Durante el período en que las tropas romanas estaban en aquella zona, Antipáter, rey de los edomitas, se alió con los romanos para apoyar a uno de los contendientes por el trono judío, y por ello vino a ser el gobernante efectivo de esta área bajo los romanos (63 a.C.). Antipáter fue expulsado por los partos, que apoyaban a otro pretendiente, y Jerusalén cayó al fin en manos de su hijo Herodes, a quien se le concedieron legiones romanas para volver a tomar la ciudad. De esta manera fue que Herodes el Grande vino a ser "rey de los judíos."

Herodes tuvo problemas constantes de inseguridad porque los judíos lo odiaban. Una manera de resolver este problema era sobornarlos. Para congraciarse con los judíos, decidió reconstruir el Templo. Allanó todo el emplazamiento del Templo de Salomón y de los palacios reales, extendiendo la obra hacia el sur para conseguir una plataforma de 360 m. (400 yardas) de longitud y de 270 m. (300 yardas) de anchura. Sobre ella edificó un templo dos veces más alto que el de Salomón. El patio estaba rodeado de magníficas columnatas, y todo el emplazamiento vino a ser uno de los conjuntos ar-

Herodes el Grande edificó su palacio de Herodión sobre un pico parecido al de un volcán entre Belén y el mar Muerto.





La gran fortaleza herodiana de Masada. La pendiente en forma de cono en el centro es la rampa artificial construida por los romanos para forzar su entrada en el 74 d.C.

quitectónicos de la antigüedad. Éste fue el templo que tantas veces se relaciona con la vida de Jesús.

La otra forma en que Herodes buscó resolver su problema de seguridad fue mediante la construcción de palacios fortificados. Masada y Herodión fueron construidos en el campo, y Jerusalén misma fue fortificada con dos grandes castillos. Uno de ellos, la Torre Antonia, así nombrada en honor de Marco Antonio, fue levantado en el ángulo noroccidental del nuevo templo, dominándolo desde arriba. Fue aquí que Jesús compareció ante Pilato (Jn. 18:33) y donde una escalinata que descendía hacia el Templo sirvió a Pablo como una conveniente tribuna desde la que dirigirse a las multitudes en el Templo (Hch. 21:37, 40). Otro palacio fortificado fue construido sobre la muralla occidental, al borde de la colina occidental. Fue construido alrededor de tres torres, y allí fue que Herodes recibió a Jesús en la mañana del día de la crucifixión (Lc. 23:7).

Finalmente, Herodes construyó una gran muralla desde la Torre Antonia hasta su propia Ciudadela, proyectándose su muralla hacia el área noroccidental más allá de la ciudad que entonces existía. La muralla protegía asentamientos, mercados, el estanque de Betesda y casas. Tenía que retroceder en



Modelo de la Torre Antonia, Jerusalén.

un ángulo para evitar una antigua cantera que era ahora un huerto. La cantera, con una estribación en el centro, que los cantereros habían dejado, vino a ser un lugar público de crucifixión. En la pared de la cantera había un sepulcro aún sin utilizar. Iba a ser el sitio de la victoria de Jesús.

En un punto posterior de la historia, se edificó otra muralla para incluir otros grupos de viviendas al norte de la ciudad. Ello volvió a conectar la Ciudadela con la Torre Antonia, pero hay mucho desacuerdo acerca de si incluía la muralla septentrional de Herodes, o de si iba aún más lejos hacia el noroeste.

Jerusalén fue destruida por el general romano Tito el 70 d.C., tras una rebelión promovida por los zelotes. Después de otra revuelta en el 135 d.C., el emperador Adriano pasó el arado por la zona al sur del templo, y reedificó una nueva ciudad al norte, a la que dio el nombre de Aelia Capitolina, quedando ahora el área del Templo en el sureste de la ciudad, la posición que tiene en la actualidad. Así, Jerusalén se movió efectivamente en dirección al norte.

Examina tu Biblia

Agua para el rey David

2 Samuel 23:13–18. David anhelaba beber agua del pozo de Belén, y tres de sus hombres se abrieron paso luchando hasta el pozo para conseguirla. En lugar de beberla, David la derramó "para Jehová." Esta historia es muchas veces mal entendida. Se basa en dos cosas. En primer lugar, es posible darle a alguien algo de tanto precio que diga: "Lo siento, en verdad no puedo aceptarlo." David se sintió de esta manera acerca de los riesgos que sus hombres habían incurrido y por la sangre que probablemente había sido derramada. El agua era demasiado cara para que la pudiera aceptar. En segundo lugar, lo más valioso de una persona era ofrecido a Dios. David le dio a Dios lo de más valor que tenía.

Una ciudad rodeada de montes

Salmo 121:1. Jerusalén está sobre una serranía rodeada de montes. Era fácil para los defensores de Jerusalén pensar que su ciudad era segura gracias a aquellos montes. El salmista estaba retando esta actitud cuando escribió: "Alzaré mis ojos a los montes; ¿de dónde vendrá mi socorro?" El salmista sabía que su ayuda venía de Dios, y por esto escribió: "Mi socorro viene de Jehová, que hizo los cielos y la tierra." Uno de los montes que mira a Jerusalén desde el oeste es Quiriat-jearim. Fue allí que David llevó el arca y la dejó reposar para que pudiera ver Jerusalén desde arriba. En aquel tiempo tenía temor de introducir el arca en Jerusalén debido a que el Templo no estaba aún edificado y debido a los problemas que el arca había causado desde su salida de la tierra de los filisteos. Por encima de Jerusalén al este se encuentra el monte de los Olivos. Es desde allí que Jesús miró a Jerusalén desde lo alto y lloró, y fue allí que habló a Sus discípulos acerca del venidero fin del mundo.

El yugo de Jesús

Mateo 11:28. Generalmente, se piensa que Jesús estaba aquí refiriéndose acerca del yugo que emparejaba animales cuando tiraban de un arado o de una carga. Se estaba refiriendo en realidad a una pieza de madera que se disponía sobre los hombros y del cual se podían colgar cargas. Este instrumento era similar al yugo empleado por la lechera de tiempos pretéritos, del que colgaba los dos cubos de leche. La referencia en Mateo 11 es así a un porteador. A menudo se le pedía que llevara cargas imposibles para un ser humano, pero cuando se le daba un yugo, la carga se hacía mucho más llevadera. Jesús no dice que quitará nuestras cargas de nosotros, sino que nos dará el medio para sobrellevarlas para que no nos abrumen.

Siguiendo en pos de Jesús

Mateo 16:24. En nuestra cultura, "ir en pos" de alguien significa ponerse en una posición secundaria. Pero esta frase no significaba lo mismo en los tiempos bíblicos. Las calles eran tan estrechas que si dos personas iban juntas tenían que ir en fila india. Ir en pos de alguien era ir *con* ella. Por ello, lo que quería decir era: "Si alguien *viene* conmigo . . ."

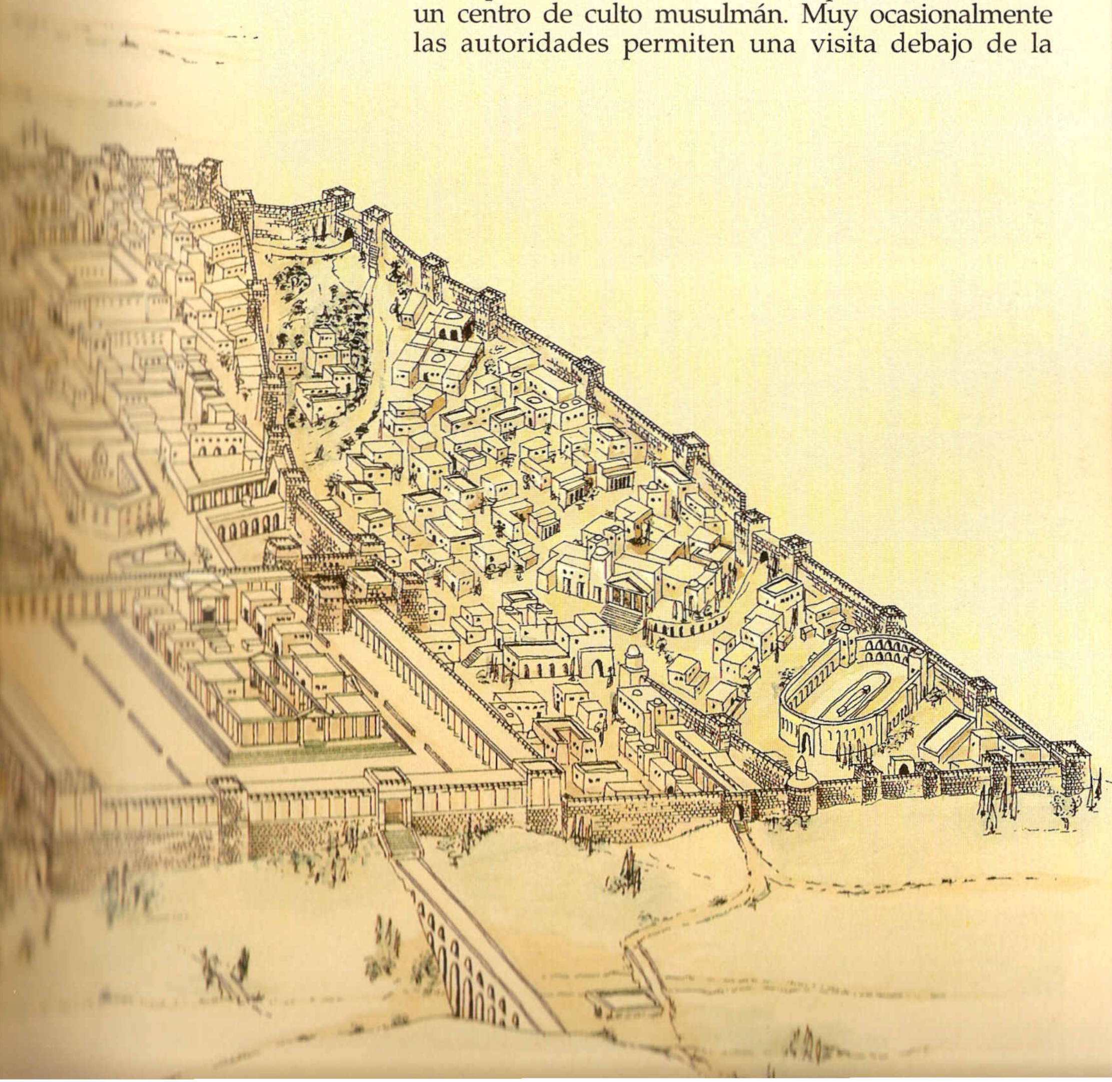
Una mirada a Jerusalén

Más y más persona visitan Jerusalén, y más y más irían aún si supieran que allí hay cosas que ver que darían una gran vivacidad a la Biblia. Se dan a continuación unas sugerencias para los que quieran visitar Jerusalén, para que cada uno pueda aprovechar la visita al máximo.

El área del templo

Se puede explorar el área del templo. En el exterior, en el ángulo suroriental, se podrá ver dónde Herodes extendió el muro de retención originalmente edificado por Salomón y reparado por Zorobabel. La altura desde la columnata construida en la parte superior de este muro era tan grande que el diablo tentó a Jesús a que se arrojara desde allí (esto es, desde el pináculo). Más hacia el norte se encuentra la Puerta Dorada, abierta en el lugar de la entrada occidental hacia el templo, y actualmente tapiada hasta que vuelva el Mesías. El muro de retención occidental, que Tito dejó deliberadamente en pie cuando destruyó la ciudad, flanquea un espacio abierto que es ahora el centro del culto judío. Los patios en los que está ahora dividido son similares a los de los tiempos bíblicos. Es posible entrar en una sinagoga en la zona norte y encontrarse debajo de los arcos de un viaducto construido por Herodes para salvar el valle del Tiropeón. El emplazamiento mismo del templo es actualmente un centro de culto musulmán. Muy ocasionalmente las autoridades permiten una visita debajo de la





Una reconstrucción artística de la Jerusalén de los tiempos de Jesús.



Jerusalén y la Cúpula de la Roca, desde el monte de los Olivos.

plataforma, para poder contemplar los arcos que la sustentan. Estos arcos son conocidos como "los establos de Salomón." También se puede ver la era de Ornán y la roca Moríah, que se encuentra en el interior de la Cúpula de la Roca.

El lugar de la crucifixión

Se pueden ver los lugares de la crucifixión, sepultura y resurreción de Jesús. Muchos cristianos se quedan contrariados al visitar estos lugares debido a los cambios que han tenido lugar con el paso de los años. El risco rocoso original donde Jesús fue crucificado ha sido rebajado hasta una forma cúbica de alrededor de cuatro metros (doce pies) de altura, y ha sido cubierto con una esmerada ornamentación. También la roca que había rodeado el sepulcro ha sido quitada, dejando aislado al sepulcro mismo. Los dos lugares santos están en el interior de una gran iglesia de los Cruzados, la Iglesia del Santo Sepulcro, donde se celebra un culto predominantemente ortodoxo. Pero éste es el lugar.

Muchos cristianos encuentran útil seguir la visita a la Iglesia del Santo Sepulcro con una visita al Tumba del Huerto, a alrededor de 365 m. (400 yardas) al norte de la Puerta de Damasco. Este huerto ya existía entonces, y recrea la atmósfera del día de la Pascua de Resurrección.

El monte de los Olivos

Se puede tomar un autobús a la ladera oriental del monte de los Olivos, al pueblo de Betania, y luego andar sobre el monte de vuelta a Jerusalén. En la misma Betania existe una moderna iglesia para recordar a los visitantes la existencia de un hogar allí donde Jesús iba a visitar a María y Marta y donde Lázaro fue resucitado. Fuera de allí, los locales muestran una tumba que lleva el nombre de Lázaro, aunque es improbable que se trate de la tuma real. Se puede entrar en ella.

En la cumbre del monte se encuentra Betfagé. Ir allí es seguir el camino que Jesús anduvo. Allí se encuentra una sencilla iglesia que conmemora la procesión del domingo de Ramos. El descenso de Betfagé lleva a una asombrosa perspectiva de Jerusalén desde oriente. Vale la pena detenerse en la iglesia Dominus Flevit ("el Señor lloró") en el camino de descenso. La iglesia es pequeña y exquisita, construida en forma de una lágrima para recordarnos que, cerca de este lugar, Jesús lloró. Al pie del monte están el valle del Cedrón y el huerto de Getsemaní. Dentro de la Iglesia de Todas las Naciones se encuentra la roca ante la cual, tradicionalmente, Jesús oró en el huerto. Fuera se encuentra un sencillo huerto cultivado por frailes

La Iglesia del Santo Sepulcro, por tradición el emplazamiento de la crucifixión y sepultura de Jesús.





El monte de los Olivos desde las murallas de Jerusalén.

franciscanos, que contiene olivos de gran antigüedad.

Lugares relacionados con el juicio

También se pueden visitar los lugares relacionados con las doce últimas horas de la vida de Jesús. En el monte Sion se encuentra una hermosa iglesia edificada sobre las ruínas del palacio de Caifás. Al lado de la iglesia se encuentran los antiguos peldaños que antiguamente conducían al palacio, y que Jesús debió haber subido. La iglesia se llama San Pedro Gallicanto (San Pedro del canto del gallo). También es posible visitar el patio en el que Pedro se calentaba durante la audiencia nocturna, y ver la cisterna donde casi seguramente Jesús fue confinado el resto de la noche tras su primer juicio. Es posible caminar desde allí hasta la Torre Antonia, donde Jesús compareció ante Pilato. Parte de las ruinas forman parte del convento Ecce Homo. Se pueden ver las enormes cisternas de agua que suministraban agua para la fortaleza, pasar por la original Vía Dolorosa, y ver el Gabata.

Lo más conmovedor de todo en este lugar es ver las marcas en el suelo donde los soldados romanos se jugaban sus soldadas con el juego Rey, con un boliche, y darse cuenta de que aquí Jesús recibió el cetro, la corona de espinas y el manto, al tomar el



El "muro occidental" del área del templo es actualmente el centro del culto judío.

lugar de boliche en su cruel juego. Es también posible llegarse al patio elevado de una escuela cristiana enfrente del templo, y ver desde arriba los atrios del templo, como Pablo cuando presentó su defensa ante los judíos. Se puede luego dirigirse al palacio de Herodes. La Ciudadela vino a ser posteriormente un fuerte turco, y es ahora un museo, pero está edificada sobre las ruinas de la fortaleza de Herodes, y se pueden ver aún los cimientos de una de las tres grandes torres.

El túnel de Ezequías

Si se tiene la precaución de llevar calzado de playa, pantalones cortos, una toalla y una linterna, y una muda de ropa interior, puedes andar por el agua del túnel desde el manantial de Gihón hasta el estanque de Siloé. Saliendo de la ciudad por la puerta del Muladar por encima del valle de Hinom (Gar Hinom dio su nombre a Gehena, el vertedero de basuras de la antigua Jerusalén, donde el fuego nunca se extinguía), se puede andar hasta la fuente abajo. Entrando en el túnel, se puede ver el pozo por el que subió Joab y el lugar desde el que los obreros de Ezequías, cavando desde ambos lados, coincidieron. Después de alrededor de un kilómetro, se sale en el actual estanque de Siloé.

Otros lugares

Hay otros lugares esparcidos por Jerusalén que también son de interés para el amante de la Biblia. En el exterior de la ciudad antigua, al oeste, cerca del Hotel Rey David, se encuentra un jardín que fue el panteón de la familia de Herodes. Llevando una linterna, se puede ir abajo y ver los cortos túneles y las repisas donde los muertos habían sido depositados. En el ángulo nororiental de la ciudad, debajo de las ruinas de una antigua iglesia, se encuentra el estanque de Betesda. Sólo se ha exhumado uno de sus pórticos, pero se puede descender al interior por medio de unos empinados escalones y contemplar el agua, ahora fangosa. Fuera de las murallas en estos alrededores se pueden ver las canteras de Salomón, de donde se extrajo mucha de la piedra para el templo, y donde hay mercado de ovejas algunos días, como ha sido la práctica habitual desde hace tres mil años.

En el monte de los Olivos se encuentra la iglesia Paternoster, que recibe su nombre por las traducciones del Pater Noster —Padrenuestro—, la oración enseñada por el Señor a Sus discípulos, a todos los idiomas que se puedan imaginar. La iglesia



La iglesia Paternoster, en el monte de los Olivos.



La tumba de la familia de Herodes, Jerusalén. Nótese la gran piedra circular empleada como puerta.

está construida sobre las ruinas de otra que había sido levantada en el siglo IV. Marca el lugar —una cueva en su cripta— en el que Jesús enseñó a Sus discípulos acerca del final de Jerusalén y del fin del mundo. Fuera de la muralla, hacia el sureste, se ven sepulcros construidos por los asmoneos.

Belén

Se puede tomar un autobús local que se dirige a Belén (diez minutos) para ver la cueva, bajo la Iglesia de la Natividad, donde los cristianos primitivos situaban el nacimiento de Cristo. La iglesia misma es una de las más antiguas del mundo, y la cueva se encuentra en la cripta. Las ornamentaciones y la multitud allí presente dan frecuentemente un ambiente de irrealidad para muchos cristianos. Por ello, vale la pena pedir a un taxista una visita a los dos emplazamientos de campos para ovejas. Uno se encuentra en el local de la Asociación Cristiana de

Esta cueva, bajo la Iglesia de la Natividad en Belén, es considerada como el lugar del nacimiento de Cristo.



Jóvenes (Y.M.C.A.), donde se encuentran antiguas cuevas de pastores, y el otro es una hermosa iglesia con pinturas asimismo hermosas para recordar a los visitantes la historia de la Natividad. También vale la pena pedir a un taxista que lo lleve a uno a Herodión, el palacio fortificado de Herodes en las afueras de Jerusalén, y que se cree que es el lugar en que fue sepultado.

Hay innumerables otras cosas que ver en Jerusalén. Algunos de los lugares asociados con la vida de Cristo, como la Vía Dolorosa, el Cenáculo (la casa de la última cena) y la Iglesia de la Ascensión, por ejemplo; pero no son lugares auténticos. Hay otros lugares de interés arquitectónico, artístico e histórico, así como lugares sagrados para los judíos y musulmanes. La visita a la ciudad es una ocasión inolvidable.

Travesías y viajes

Viajar era, en los tiempos bíblicos, muy difícil. Nunca era un placer. Cuando la gente viajaba era bien en comisión gubernativa, por negocios o por necesidad. Los viajeros en comisión gubernamental viajaban escoltados (Hch. 23:31), y los ricos comerciantes que podían permitírselo enviaban a otros en una caravana en su nombre. Tenían que asumir un riesgo calculado acerca de si sus mercaderías irían y volverían a salvo. Pablo recapitula (en 2 Co. 11:26–27) los problemas con que se había encontrado en sus viajes: "En caminos muchas veces; en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar."

Las cosas estaban tan difíciles que los que emprendían un viaje arreglaban primero sus asuntos. Lo mejor era quedarse en casa, pero si era absolutamente necesario salir, lo mejor era viajar en grupo. El propio grupo de Jesús de doce discípulos no era simplemente cuestión de comunión y enseñanza; era una necesidad. Lo mismo se podía decir de la banda de peregrinos que viajó a y de vuelta de Jerusalén cuando Jesús tenía doce años, un grupo lo suficientemente grande para impedir que María y José lo encontraran durante el día (Lc. 2:44).

Las travesías marítimas

Las travesías marítimas eran peligrosas. Incluso en los tiempos del Nuevo Testamento difícilmente se podía considerar que las naves eran "marineras," y no hubo mapas, ni siquiera brújulas de lo más rudimentario, hasta alrededor de este período. Los egipcios habían desarrollado naves para su empleo en el río Nilo. La corriente llevaba las naves hacia el norte al delta, y una sola vela aprovechaba el dominante viento del norte para volverlos a llevar hacia el sur. Es cierto que naves hechas de papiro entraban en el Mediterráneo y que al menos una llegó a cruzar el Atlántico, pero la misión principal de las naves era primordialmente el tráfico por el río y para su empleo en una llanura inundada, no para el comercio.

Israel no tenía puertos naturales en la costa del Mediterráneo, excepto al norte del monte Carmelo,

donde Haifa se levanta en la actualidad, y la salida al mar Rojo no estuvo siempre en poder de Israel. Por ello, los judíos fueron poco marineros y necesitaban ayuda de los fenicios (1 R. 9:27–28). Cuando los judíos emprendieron la navegación por su cuenta, su flota naufragó en una tormenta (1 R. 22:48).

Incluso cuando se construyeron mejores naves en la época griega y romana y se erigió el faro de Alejandría, la navegación era difícil. Los pasajeros eran una mera adición a las mercancías que se llevaban. Tenían que llevar sus propios víveres y buscar alojamiento en la costa cada noche, por cuanto no había acomodación a bordo (véase Hch. 21:3, 7, 8). Durante ciertas épocas del año no había navegación. La ley romana prohibía la navegación entre el 10 de noviembre y el 10 de marzo. El único período "seguro" era entre el 26 de mayo y el 14 de septiembre. Las otras épocas eran consideradas peligrosas. Se podía emprender una navegación en una emergencia o si un comerciante estaba dispuesto a arriesgarse. Hechos 27:9 se refiere al día del "ayuno," cuando la navegación era peligrosa, el 10 de noviembre. Hechos 28:11 hace referencia a una nave que estaba en alta mar cuando sobrevino el período peligroso, y se había detenido a invernar en Malta.



Esta gran piedra se empleaba como ancla de un barco en los tiempos bíblicos.

En la parte superior de esta lámpara de aceite de barro se ve una nave mercante romana.



Lo peligroso de las travesías marítimas se puede ver por lo que le sucedió a Pablo. Estaba viajando en una nave alejandrina cargada de grano y que se dirigía a Roma (Hch. 27:6). La nave fue atrapada en una tempestad con un vendaval proviniente del noreste, y en su intento de salvar la nave la tripulación arrió la vela mayor, y emplearon una vela pequeña en la proa, arrojaron el grano al mar, pasaron un cable desde la proa a la popa para intentar impedir que la nave se partiera, y finalmente pasa-



Moneda romana del emperador Augusto, exhibiendo una nave mercante.

Barco mercante romano. Véase el "ojo" sobre la vela (véase p. 240). La nave era dirigida por medio de grandes gobernalles en la popa; en la ilustración se puede ver al timonel.

ron otro cable dando la vuelta al barco por arriba y abajo para impedir que se separaran sus planchas.

Las naves graneras no eran pequeñas. Tenían una longitud de setenta metros (200 pies) y desplazaban alrededor de mil doscientas toneladas. Las naves más rápidas, las de guerra, impulsadas por remeros, eran mucho más ligeras, y no podían resistir una tempestad.

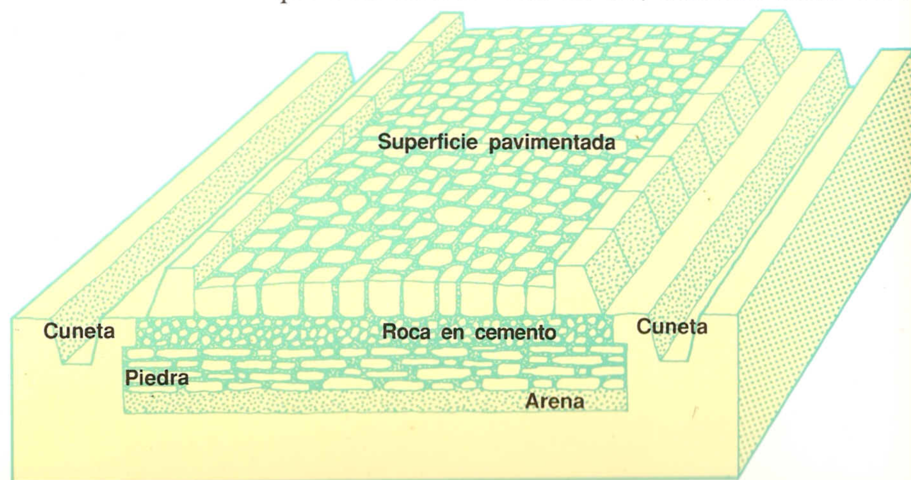
Incluso después que los romanos hubieron destruido los temidos piratas del Mediterráneo, la navegación marítima seguía distando de ofrecer seguridad. Pablo tuvo que tener precaución cuando llevó el dinero recolectado para los pobres en Jerusalén. Comenzó su viaje en una nave peregrina judía que se dirigía a Jerusalén para la fiesta de la pascua. Entonces descubrió un plan para darle muerte y robar el dinero (Hch. 20:3), y por ello pasó la fiesta de la pascua en Filipos (Hch. 20:6). Era fácil que alguien desapareciera durante la navegación (Jon. 1). En suma, la navegación marítima era una tarea tan desagradable que los cristianos deben haber sentido un gran alivio leer acerca de unos nuevos cielos y de una nueva tierra donde no habría más mar (Ap. 21:1).

Viajes por tierra

Si las travesías por mar eran peligrosas, los viajes por tierra no eran mucho mejores. Había muchas razones por las que lo mejor era *no* viajar. En primer lugar, las mismas carreteras eran defectuosas para el viajero ordinario. La carretera era a veces tan desdibujada que era difícil de distinguir (el Salmo 107:4–7 habla de un grupo que se perdió, que oró a Dios pidiendo auxilio, y fueron por Él conducidos a una ciudad), o bien era extremadamente escabrosa.

La rueda había sido inventada en Mesopotamia. Era un disco pequeño y pesado de madera, y reemplazaba la pata del trineo. La invención de la rueda llevó a la necesidad de carreteras en las que las ruedas no quedaran destrozadas en profundos baches, porque las ruedas no podían evitar los obstáculos de la forma en que sí podían hacerlo los pies de los animales. Pero incluso con la necesidad de buenas carreteras, hubo pocos desarrollos en la construcción de carreteras. Al principio una carretera era simplemente una pista en la que se habían quitado las piedras, aplanado los hoyos y rellenado los baches. Cuando debía llegar una persona importante, la práctica era "preparar el camino del Señor." Todas los montes (resaltes) se abajaban, y todos los valles (agujeros en la carretera) eran exaltados (véase Is. 40:3–4; Mt. 11:10).

Fueron los persas los primeros en desarrollar un buen sistema de carreteras, porque sin ello no podían mantener las comunicaciones y el gobierno a través de su imperio. Pero aunque las carreteras que ellos hicieron eran anchas, razonablemente lisas



Sección de una carretera romana. El nivel inferior era de arena, luego piedras y roca asentada en cemento, luego piedra quebrantada en cemento, y finalmente la superficie pavimentada.



Piedra miliar romana en Capernaum.

y aunque habían estaciones de posta con caballos de refresco a fin de poder dar vía rápida a los mensajes importantes, se seguía precisando de tres meses para cubrir los 2.575 km. (1.600 millas) de Sardis a Susa.

Las vías romanas

Los romanos fueron los más destacados constructores de carreteras: "todos los caminos llevan a Roma." Las carreteras romanas eran rectas y aniveladas, y se hacían de cuatro capas de material. Primero, había una capa de arena, luego trozos de piedra y roca en cemento, después piedra quebrantada en cemento y, finalmente, una superficie pavimentada. Se proveía drenaje, y cuando las carreteras atravesaban ciudades, había aceras levantadas para los peatones.

Se pusieron piedras miliares a lo largo de las carreteras (1.478 m. [4.850 pies] por milla romana). Estas piedras daban una indicación de la distancia,

Intenso tráfico en una carretera romana en los tiempos bíblicos. Nótense el oficial romano a caballo, los varios carruajes arrastrados por caballos, y el asno con su carga.

pero los viajes se seguían contando por jornadas, como se había hecho siglos antes (Gn. 30:36; 31:23). Pero las piedras miliares servían para otro propósito. La ley romana establecía que un soldado podía obligar a un paisano a llevar su carga de una piedra miliar a la siguiente. Jesús tenía esto en mente cuando dijo que si alguien nos obliga a ir con él por una milla deberíamos estar dispuestos a ir otra (cp. Mt. 5:41). De esta manera se construyeron más de 80.000 km. (50.000 millas) de carreteras que cruzaban el Imperio Romano, y se vendían mapas de carreteras en las tiendas de Roma.

Un correo podía recorrer 120 km. (75 millas) diarios, pero las distancias eran tan inmensas que se precisaba de 54 días para llegar de Roma a Cesarea. El servicio de correos estaba muy desarrollado y empleaba vehículos caballos, y estaciones de posta. Las mismas carreteras eran mantenidas por supervisores locales.

Los carros eran arrastrados por bueyes, y se podía alquilar vehículos más ligeros fuera de las puertas de las ciudades. El *cisium* era un vehículo ligero abierto con dos ruedas. Podía llevar dos personas: el conductor y el pasajero. El *essedom* era conducido por el propietario, y tiraban de el dos caballos. Algunos de los carros, conocidos como *reda*, eran cubiertos, y con asientos para pasajeros. También se empleaban carros ligeros (Hch. 8:29), como también palanquines, siendo esto empleado sólo para los personajes más importantes. El palanquín era llevado bien a hombros, o bien colocado sobre un arreo entre animales. El sistema romano de carreteras puede no sonar muy malo, pero si no se era un oficial o un ciudadano romano, no se podía sacar mucho partido de él.





Carro ligero (cuádriga) que aparece en un relieve griego.



Alojamiento

Otra de las razones por las que la gente no gustaba de viajar —tanto en tiempos del Antiguo como del Nuevo Testamento— era que los viajeros tenían el riesgo de topar con salteadores (Jue. 9:25; Lc. 10:30). Otra razón similar era que los viajeros estaban totalmente a merced de las poblaciones locales (Jue. 19:15; Job 31:32). No se establecieron alojamientos para los viajeros ordinarios hasta la época persa, y eran frecuentemente lugares dudosos. El mesón, *khan* o *caravanserai* se construía alrededor de un patio central. La estabulación para los animales se proveía a nivel del patio, y la acomodación para los viajeros arriba. Era el antiguo equivalente de un motel.

Aunque en teoría estos mesones proveían un alojamiento gratis, la comida, el forraje y otros servicios se debían pagar (Lc. 10:35), y era una característica de la mayor parte de los mesones que la prostitución formaba parte del sistema. Esto explica por qué Jesús instruyó a Sus discípulos que buscaran alojamiento en casas particulares (Mt. 10:11), y por qué era tan importante que en el primer siglo los cristianos fueran dados a la hospitalidad (Ro. 12:13; 1 Ti. 3:2; 1 P. 4:9).

Debido a que los servicios eran tan dudosos, era necesario tomar alimentos para el viaje (Jos. 9:4–6; Jue. 19:19). Normalmente, se trataría de pan, grano tostado y frutos secos para alrededor de dos días. Por ello era insólito que Jesús enviara a Sus discípulos en un viaje sin esta provisión (Mt. 10:10). Por otra parte, cuando las multitudes le hubieron estado siguiendo durante tres días, supo que la gente no tenía nada para comer (Mt. 15:32).

Impuestos

Otro problema eran los impuestos que se debían pagar durante un viaje. Puede que sólo hubiera una lengua de comunicación (griego) ni fronteras que cruzar, pero se debían pagar impuestos sobre mercaderías, ruedas, ejes y personas al ir pasando a través de sucesivos distritos tributarios.

Otro problema era el calor. Las temperaturas veraniegas eran muy elevadas, por lo que no era usual viajar en mediodía (Hch. 26:13). Viajar era más cómodo por la mañana y por la tarde, y los magos de Oriente aprovecharon su conocimiento de las estrellas para viajar de noche (Mt. 2:9).

Otro problema sorprendente era el tiempo dedicado al intercambio de saludos. Los saludos que se intercambiaban entre viajeros se tomaban un tiempo



El animal de carga básico en los tiempos bíblicos era el asno.

enorme. No se consideraba cortés simplemente comentar acerca del estado del tiempo. Era necesario hacer y contestar a preguntas como: "¿A dónde vas? . . . ¿De dónde eres? . . . ¿Cuál es tu nombre? . . . ¿Cuántos hijos tienes?" y más. Jesús consideraba que estos saludos constituían un problema tan grande que dijo a Sus discípulos: "A nadie saludéis por el camino" (Lc. 10:4). Fue igualmente cortante acerca del tiempo que algunos de los líderes religiosos de su época dedicaban a tales saludos (Lc. 11:43; 20:46). Tendría poca paciencia con la conversación intrascendente de las reuniones sociales convencionales de nuestros días.

El asno

El último, y quizá mayor, problema era el del cuidado de los animales durante el viaje. El animal básico de carga era el asno. Fue el primer animal empleado por los nómadas, y aseguró que en los primeros tiempos los viajeros nunca se aventuraran demasiado lejos de los centros de población. El animal de carga se empleaba para llevar a personas así como mercancías. La silla se hacía de tres capas: fieltro, paja y tejido de pelo. Los sacos o bien se ataban entre sí y se colgaban sobre la silla, atándose

por debajo para mayor seguridad (Gn. 42:25–28), o bien se colgaban de un basto que se ponía a través de la silla. También se colgaban cajas o cestas del basto (1 S. 16:20; 25:18), y en ocasiones se llevaban los niños en las cajas.

Los asnos se empleaban incluso para tirar de un arado (Is. 32:20), pero nunca podían ser emparejados con un animal mayor como un buey (Dt. 22:10). Los asnos eran también uncidos a molinos de grano y a norias. Aunque algunas razas de asnos quedaban señaladas para el exclusivo uso de la casa real (Jue. 5:10) y aunque eran empleados por personas importantes para el transporte (Gn. 22:3; 1 S. 25:23), los asnos se vieron reemplazados por mulas como símbolo de posición, y el caballo vino a ser posteriormente la montura para la guerra. El asno vino a ser gradualmente un símbolo de trabajo y paz, aunque siempre la montura de las personas ordinarias (Zac. 9:9; Jn. 12:15).

El camello

El camello fue domesticado alrededor del 2000 a.C. y dio a las tribus nómadas independencia de los asentamientos. Les hizo posible vivir en el desierto lejos de los esparcidos oasis, porque el camello podía almacenar suficiente agua para varios días. Abraham vivió en una época en la que se dio la transición del empleo de los asnos al de los camellos (Gn. 12:16; 24:35; 30:43), empleando los camellos sólo para largos viajes (Gn. 24:3, 64), lo mismo que Jacob (Gn. 31:17). Los camellos fueron frecuentemente empleados posteriormente por tribus como los madianitas (Jue. 6:5) y los amalecitas (1 S. 15:3). Vino a ser el animal para los viajes a grandes distancias.

No sólo podían los camellos viajar a grandes distancias, sino que eran un medio para llevar noticias internacionales de lugar a lugar (Pr. 25:25), y era un excelente animal de carga. La carga del asno, el efa, era la mayor unidad de volumen, pero el camello podía cargar más, y existía la medida informal conocida como *una carga de camello* (cp. 2 R. 8:9). Los camellos viajaban en caravanas de hasta mil quinientos animales, haciéndose cordadas de varios grupos, que eran guiadas por un hombre montado en un asno, y moviéndose a unos cinco km. (3 millas) por hora. El empleo del asno no era simplemente para reservar espacio de carga sobre el camello, sino porque el camello no era cómodo

para montar. Es muy fácil subir a él cuando está arrodillado (en descanso), pero cuando se monta en él su peculiar balanceo provoca mareo.

Un camello suponía una inversión considerable, y era apropiadamente cuidado. Los arreos del camello, la silla, las alforjas y las bridas eran de considerable valor, y se guardaban en las tiendas (Gn. 31:43). Los ornamentos de las bridas eran de suficiente valor como para ser tomadas como botín de guerra (Jue. 8:21). A cambio de la paja aplastada en la era, que era su alimento normal, el camello daba carne (aunque los judíos no podían consumirla, Lv. 11:4), leche (Gn. 32:15) y cabello, que era tejido dando una tela burda pero suave, y se empleaba para vestimentas como la de Juan el Bautista (Mt. 3:4). La piel era útil, también. Cuando era curtida se podían hacer bolsas y pantalones con ella.

El tipo más común de camello era el de una sola joroba, conocido también como *dromedario*. Tenía unas patas largas y fuertes y poca grasa para almacenar agua. Lo que carecía en resistencia lo compensaba en velocidad. Podía desplazarse a casi dieciséis kilómetros por hora.

El camello era un importante animal de carga en los tiempos bíblicos.



El mulo

Los mulos no fueron muy empleados hasta la época de David, porque era contrario a la ley criar animales de distintas naturalezas (Lv. 19:19). Es de creer que los judíos de aquella época pensaran que en tanto que ellos no hicieran ellos mismos la hibridación, era permisible comprar los animales. La mula era inicialmente lo suficientemente rara como para ser una montura real. Los hijos del rey la tienen en 2 Samuel 13:29, y cuando Salomón montó en la mula de David, fue señal de que él era el heredero oficial (1 R. 1:33, 44). Las mulas fueron traídas como presentes a Salomón cuando fue entronizado (2 Cr. 9:24), y Acab se sintió preocupado por sus mulas en período de sequía (1 R. 18:5), pero para la época de Isaías habían llegado a ser muy comunes (Is. 66:20).

El caballo

Los caballos de la Biblia eran similares a los caballos árabes de la actualidad. Se empleaban con fines bélicos (véase Ap. 19:11, 19), aunque no tanto para tener jinetes a caballo como para tener tracción para los carros de guerra (Gn. 41:43; Éx. 14:9). Pero los caballos eran también empleados en las tareas agrícolas cuando era preciso (Is. 28:28). Los judíos fueron advertidos en contra de la adquisición de caballos (Dt. 17:16). Sin embargo, los vecinos de los israelitas tenían carros de guerra, y aunque Dios ayudó a los judíos a vencer a estos vecinos, los judíos tenían deseos de tener sus propios carros (Jos. 11:6, 9; Jue. 4:3). Por ello, David empleó caballos y carros (2 S. 8:4), pero fue Salomón quien realmente desarrolló su empleo (1 R. 4:28; 2 Cr. 1:14; 9:25). La posesión de los mismos tendía a hacer que la gente confiara más en sus carros que en Dios (Is. 31:1).

Un carro de guerra era una caja semicircular sobre ruedas, abierta por detrás. El fondo se hacía de cuerdas, para dar una cierta suspensión, y dos personas se ponían allí: el conductor y el soldado. Pero los caballos tenían también su puesto en tiempos de paz. La posesión de un caballo vino a ser un símbolo de alta posición, particularmente si se tenía un carro en el que ir. Para los tiempos de los romanos, se hacían carreras de carros durante los juegos. Así, los caballos vinieron a ser símbolos de poder (Sal. 147:10). A pesar de su gran utilidad, los carros dependían de la existencia de buenos caminos. Era fácil que las estrechas ruedas de los carros se hundieran en el barro y quedaran atascados (Éx. 14:28; Jue. 5:21–22), y esto explica por qué Acab estaba tan deseoso de llegar a Jezreel (1 R. 18:44).



Un granjero árabe ara empleando un caballo.

Examina tu Biblia

La mujer de Sunem

2 Reyes 4:24. Es insólito que la gran dama de Sunem ensillara un asno y fuera a visitar a Eliseo, porque lo usual era que el hombre cabalgara y la mujer andara. Así, que pudiera hacer esto nos da una idea de su posición. Si María hubiera montado en el asno y José hubiera caminado al lado, tal como aparece frecuentemente en el arte cristiano, José habría sido el hazmerreír de sus compañeros de viaje.

El ojo de la aguja

Mateo 19:24; 23:24. Se han contado muchas historias para indicar que el "ojo de la aguja" a que se hace referencia es un pequeño portillo que se abría de noche cuando se había cerrado el gran portalón de la ciudad, y que por él podía pasar un camello siempre y cuando fuera totalmente descargado. Es una bonita historia, pero no es cierta en términos bíblicos. El ojo de la aguja hace referencia al de una aguja de cirujano. Tanto en Mateo 19 como en 23 el punto central es que el camello era el animal más grande con el que estaban familiarizados las personas de aquella época. Jesús empleó este término tal como nosotros podríamos haber empleado la palabra *elefante* como la mayor criatura en nuestra experiencia. Jesús puede haber empleado el camello como ilustración porque era ritualmente impuro.

Lugar en el mesón

Lucas 2:7. El "mesón" en el que María y José no encontraron lugar no era un *khan.* La palabra griega es *kataluma,* que significa "un refugio temporal." Los romanos erigían grandes entoldados para proveer refugio cuando no había suficiente acomodo para la gente y se necesitaba alojamiento. Por ejemplo, es lo que se hacía alrededor de Jerusalén en la época de la Pascua. El *kataluma* era un lugar ruidoso, lleno de animales y personas, y en ocasiones con fogatas para cocinar. No había allí "mesoneros." Por cuanto no había lugar para María y José dentro de este entoldado, es más que probable que Jesús naciera en el exterior (la idea del autor del villancico "Allá en el pesebre": "Estrellas lejanas del cielo al mirar") o bien en la cueva de un pastor. Esto última es lo más probable. Una cueva de estas ha sido señalada desde la antigüedad como el lugar donde nació Jesús. Se encuentra ahora debajo de la Iglesia de la Natividad en Belén.

Los ojos de un barco

Hechos 27:15. Los barcos eran frecuentemente personificados, y se les pintaban ojos a cada lado de la proa. Esto parece haberse hecho en el caso de la nave en la que Pablo estuvo embarcado, porque el sentido literal del original es: "cuando no pudimos mirar al viento en el rostro."

La hospitalidad

Recibir a otros a la mesa y para alojarlos era de vital importancia para las gentes de los tiempos bíblicos; el apremio a dar hospitalidad parece haber estado arraigado en su experiencia de la vida nómada. Los nómadas están conscientes de la soledad del desierto, y de que la provisión de alimentos es frecuentemente cuestión de vida o muerte. Debido a que Esaú estaba demasiado débil para prepararse una comida después de haber estado cazando, su hermano Jacob pudo arrancarle la primogenitura (Gn. 25:29–34). Ni a un enemigo se le podía permitir morir de hambre. Pablo escribió: "Si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer" (Ro. 12:20), y con ello repetía lo que siempre se había practicado entre los nómadas.

Si alguien acudía dentro de alguna tienda u hogar de alguien, estaba absolutamente a salvo bajo la protección de aquella familia (Gn. 19:8). Cuando David escribió: "Aderezas mesa delante de mí, en presencia de mis angustiadores," estaba refiriéndose a esta clase de seguridad y protección (Sal. 23:5). La costumbre fue asumida por Dios al promulgarse la ley, quedando reforzada por la divina sanción. Por cuanto los judíos habían recibido la protección de Dios, debían procurar protección a los demás. Por ello, era un pecado comer solos (Job 31:17) o rehusar compartir los alimentos con los pobres y necesitados (Is. 58:7). Los amonitas y moabitas fueron condenados por esta falta de hospitalidad (Dt. 23:4).

A ángeles sin saberlo

Los judíos creían que Dios enviaba en ocasiones a ángeles, de incógnito, para poner a prueba a las personas con respecto a su hospitalidad. Sabían que esto había sucedido con Abraham (Gn. 18:2–13) y con Gedeón (Jue. 6:17–22), y creían por tanto que lo mismo podía suceder con cualquiera de ellos (He. 13:2). Esta manera de pensar suscitó problemas además de abrir el camino a la revelación. Muchos judíos pensaron que si estaban en la casa de Dios se encontrarían bajo la protección de Dios, y como resultado llegaron a ser descuidados en su vida diaria (Jer. 7:14). No se dieron cuenta de que la gloria de Dios había abandonado el templo y que por tanto ya no era la casa de Dios (Ez. 11:23).

Tan importante era la hospitalidad que los judíos consideraban la bendición final como un gran banquete ofrecido por el mismo Dios (Sof. 1:7), y este mismo motivo fue empleado por el Señor Jesús en la parábola: "El reino de los cielos es semejante a un rey que hizo fiesta de bodas a su hijo" (Mt. 22:2–14).

En los tiempos del Nuevo Testamento, la negativa a ofrecer hospitalidad equivalía a un rechazo personal (Mt. 10:14), y era por ello esencial que los cristianos ofrecieran hospitalidad (Gá. 6:10; 1 P. 4:9). Aunque esta práctica ofrecía protección moral en vistas al carácter que tenían muchos mesones (véase p. 234) y en vista del hecho de que muchos cristianos tenían que dejar sus hogares debido a las persecuciones, era más que esto: "hospitalidad" es traducción de *philoxenia*, "amor hacia los extraños." Era de particular importancia para los predicadores de aquel tiempo, que habían dejado sus medios de subsistencia para poder predicar el evangelio (3 Jn. 5–8). Debían recibir hospitalidad durante varios días, y luego eran alentados a pasar a otro lugar (p. ej., Hch. 9:43; 16:15; Ro. 16:2). Nadie podía ser reconocido como líder en una iglesia si no era hospitalario (1 Ti. 3:2; Tito 1:8).

Los saludos

Los saludos han variado poco en el curso de los siglos. Tanto en aquellos tiempos como ahora había tres tipos de salutación, correspondiéndose con la estrechez o distancia de relaciones entre las personas. Primero, había un saludo cara a cara, que podía ser verbal, aunque no necesariamente, y que involucraba un gesto con la mano, sin contacto físico. En ocasiones, la palabra empleada era "¡Regocíjate!" o "Salud" (Mt. 28:9), y en otras ocasiones "la paz sea contigo" (Jn. 20:21). La palabra "salud," o "salve," fue empleada en son de burla por los soldados cuando le pusieron al Señor la corona de espinas (Mr. 15:18). "Paz a esta casa" era la primera salutación que los Setenta hacían cuando entraban en el hogar de un extraño (Lc. 10:5).

En segundo lugar estaba el beso formal, parecido al que nosotros daríamos a un amigo o invitado. Incluía poner las manos sobre los hombros del otro, luego atraerlo a uno mismo, y luego el beso, primero sobre la mejilla derecha, y luego sobre la izquierda. Samuel besó a Saúl cuando lo ungió (1 S. 10:1); el fariseo Simón no saludó a Jesús de esta manera cuando lo invitó a su casa (Lc. 7:45), y Pablo escribió: "Saludaos los unos a los otros con ósculo santo" (Ro. 16:16).

Había también el beso en los labios en el saludo afectuoso (Gn. 29:11). Éste parece haber sido el tipo de beso dado por Judas a Jesús, porque el término griego indica que Judas besó a Jesús repetidas veces. Fue esta salutación lo que llevó a Jesús a hacerle la pregunta registrada en Lucas 22:48.

Otra forma de salutación era la inclinación, que se hacía ante personas o invitados de particular alcurnia (Gn. 18:2–3; 23:12). Podía tratarse de una inflexión de la cabeza hacia adelante, o de un movimiento desde la cintura; podía incluso llegarse al acto de postración a los pies del invitado (Mt. 18:26). Había peligros en esto: podía asemejarse a la adoración. En cierto sentido este homenaje era propio, por cuanto era el reconocimiento de que alguien tenía mucha dignidad. Pero si el pensamiento se descarría más allá de lo que se limita a un acto de homenaje a una dignidad, se pasa a dar al hombre lo que en justicia pertenece a Dios (Ap. 19:10). Cuando Cornelio se postró ante Pedro para hacerle esta salutación, Pedro se mostró ansioso en detenerlo en caso de que se tratara de ningún acto de culto (Hch. 10:25–26). En Apocalipsis 3:9 se emplea la expresión "se postren," pero hace referencia a la postración en muestra de respeto.

El acomodo de los huéspedes

Había diversas clases de acomodo que uno podía tener en los tiempos del Nuevo Testamento, aparte del mesón. Un forastero se dirigía por lo general a la puerta de la ciudad, o esperaba junto al pozo, hasta que alguien de la localidad le diera una invitación para posar en su casa (Gn. 19:1–2; 24:13–14; Jue. 19:15). Cuando alguien era invitado a dormir, no lo hacía generalmente a solas. Otros miembros de la familia dormían con él, porque se creía que era una descortesía hacerle pasar la noche sin compañía. En las casas sencillas de las gentes del pueblo, de una sola estancia, sólo había un lugar donde dormir, y el huésped dormía con la familia en la plataforma levantada, o en la terrazza si el tiempo era bueno (1 S. 9:26). En el caso de la tienda beduina, el visitante era invitado a dormir en la entrada abierta de la tienda con los hombres. Nunca se le permitía entrar en la zona interior, cerrada, de la tienda, que era donde se encontraban las mujeres.

En una casa de mayor tamaño, y ya en tiempos posteriores, se tenía una habitación para huéspedes, en ocasiones en un rincón tranquilo del patio interior, o en una estancia cercana a la entrada. Cuando los dueños de casas con estancias más pequeñas no podían disponer de una habitación para huéspedes, pero querían ofrecer hospitalidad, podían reunirse varias familias para sostener una estancia para huéspedes, empleando a un siervo para mantenerla a punto. El invitado de una familia dormía y comía entonces en aquella habitación para huéspedes. Pero estas estancias estaban a disposición sólo de hombres; los que viajaran con familia tenían que dormir en casas de familia (Jue. 19:4). Ello se debe, probablemente, a que cuando no se empleaba para hospedar, la casa de huéspedes se convertía en el círculo social de los hombres. La experiencia de Eliseo fue singular. Le dieron una estancia bien amueblada en el terrado, aislado del resto de la familia, aunque había también más cosas singulares con respecto a la "mujer importante" de Sunem (véase p. 240 y 2 R. 4:8).

Festejos

Una parte de la hospitalidad era la invitación a comer. Se buscaba todo tipo de excusas para ofrecer un banquete: un destete, la llegada de un invitado, y, con toda certidumbre, los cumpleaños. Esto se debía a que la vida y las comidas eran frecuentemente tediosas y monótonas, y puede ser la explicación de que la palabra hebrea para "festejo" sea la misma que para "bebida:" ¡Querían pasárselo bien!

Cuando llegaba un amigo a medianoche y el anfitrión no tenía comida que darle, no vacilaba en despertar a su vecino y pedirle alimentos, no sólo porque el vecino fuera amigo de confianza, sino porque era muy grande la obligación de ofrecer comida a un huésped en aquella cultura (Lc. 11:8). Las comidas constituían un importante aspecto de la amistad. Comer con alguien era estar en paz con él (Gn. 26:28–30). La sal tenía una función particular como parte de la comida. "Comer sal" era estar en paz, quizá porque se usaba para sanar heridas (Mr. 9:50; cuando Jesús nos dice que "tengamos sal en nosotros" está con ello exhortándonos a que tengamos paz con los otros).

Si el huésped había acudido a llevar a cabo una misión que pudiera no tener la aprobación de su anfitrión, se debía hablar acerca de ello antes de comenzar la comida (Gn. 24:33). Un pacto de paz hecho en el curso de tal comida era vinculante (Jos. 9:14, 15), y así una comida era un medio de reconciliación (Gn. 31:53–54). Esta es probablemente la razón de que Jesús se apareciera a Sus discípulos tras su crucifixión, y comiera con ellos: era un modo de darles la certidumbre de que si bien ellos le habían fallado, no había pérdida de relación entre ellos (Lc. 24:30; 24:41–43; Jn. 21:9).

Los festejos religiosos eran también grandes ocasiones sociales. Después de haberse hecho un sacrificio, la familia se sentaba para comer parte del sacrificio que estaba quemando sobre el altar. La familia estaba literalmente comiendo con Dios en señal de paz (Dt. 12:5–7).

Una invitación a una comida formal, en los tiempos del Nuevo Testamento, seguía un procedimiento establecido. Siempre se hacía una invitación dos veces. Inicialmente, una invitación formal era rehusada como norma. ("No es posible que yo acuda: No soy digno".) Luego, se apremiaba a los invitados a acudir hasta que la invitación era aceptada (Lc. 7:36; 14:23; Hch. 16:15). Posteriormente, llegaba el mensaje de que la comida estaba lista (Est. 5:8; 6:14).

Cuando se había saludado al invitado que había llegado para la comida, un esclavo le quitaba las sandalias para lavarle los pies, y para que las sandalias no introdujeran en la casa la suciedad que hubieran recogido por el camino. Luego, un siervo le lavaba los pies con agua, frotándolos con las manos, y secándolos con una toalla (Gn. 18:4; 19:2; 24:32; 1 S. 25:41; Jn. 13:3–5; 1 Ti. 5:10). A continuación la cabeza del invitado era ungida con aceite de oliva aromatizado con especias. David hace referencia a esta costumbre en el Salmo 23:5. Esta fue otra de las cortesías descuidada por Simón el fariseo cuando Jesús acudió a su casa para el banquete (Lc. 7:46). Luego, se sacaba agua para beber. Con ello se indicaba que el invitado era digno de una recepción pacífica; pedir agua para beber era para ser recibido (Gn. 24:17). La mujer samaritana encontró incomprensible que Jesús, judío, le hubiera pedido agua para beber, cuando había tanta enemistad entre judíos y samaritanos (Jn. 4:9).

Una comida formal en los tiempos del Nuevo Testamento. Obsérvense los divanes dispuestos a los tres lados alrededor de un cuadrado abierto.

La comida formal

Los puestos a la mesa eran de suma importancia. En las casas grandes había una plataforma levantada para la "mesa superior," donde eran recibidos los invitados de honor (Mt. 23:6; Lc. 14:8–10). El principal invitado se sentaba a la derecha del anfitrión, y el segundo a su izquierda (véase Mr. 10:35–37). Los platos mayores y más escogidos de comida eran siempre dados a estos invitados.

En los tiempos más remotos del Antiguo Testamento los invitados se sentaban generalmente sobre sus pies, con las piernas cruzadas sobre una alfombra, pero para la época en que ya se habían establecido los reinos de Israel y Judá, los invitados se sentaban a la mesa sentados en sillas, e incluso en divanes. Para el tiempo del Nuevo Testamento estaba comenzando a emplearse el triclinio. Se trataba de una disposición de tres mesas en cuadro, al que se podía acceder por el lado abierto del cuadro, de manera que los que servían podían ir y venir para traer la comida y llevarse las sobras. Los divanes se disponían en el exterior de las tres mesas, próximos entre sí, de manera que los comensales pudieran reclinarse para comer. Cada comensal recibía un cojín, y se reclinaba sobre su brazo izquierdo con la cabeza hacia la mesa, con lo que el brazo derecho quedaba libre para poderse servir de lo que quisiera. Esto hacía que fuera posible que los siervos enjuagaran los pies de los comensales mientras que estos proseguían con el banquete. Así, es posible que Jesús estuviera reclinado en un diván ante un triclinio cuando le lavaron los pies (Lc. 7:46).

La manera en que el triclinio estaba dispuesto significaba que, aunque la actitud fuera relajada, no era necesariamente fácil sostener una conversación. Si uno quería hablar con el que estaba a su izquierda, le era necesario recostarse hacia atrás, y casi yacer sobre él para hablarle. Así, uno se "reclinaba" sobre "el pecho de Jesús" (Jn. 13:23–25; véase también Lc. 16:22).

En una comida formal había un "aperitivo" de vino disuelto con miel. La comida principal, llamada la *cena*, venía a continuación. Consistía en tres platos dispuestos en bandejas, y a menudo hermosamente adornados. Los comensales usaban los dedos para tomar la comida, excepto cuando había sopa, huevos o mariscos, en cuyo caso se empleaban cucharas. No había tenedores. Finalmente, se





Relieve exhibiendo un banquete romano.

servía un postre de hojaldre y frutos. Podemos ahora comenzar a comprender qué era lo que llevaba tan atareada a Marta, y por qué Jesús le dijo que "sólo una cosa" era "necesaria" (Lc. 10:42). El invitado de honor recibía un "bocado" especial que le daba el anfitrión. Se empleaba un trozo de pan para meterlo en el plato y usarlo como cuchara. La "cuchara de pan" y su contenido era todo puesto en la boca del invitado de honor. Esto era conocido como el "bocado," y Jesús lo dio a Judas durante la última cena (Jn. 13:26), siendo un último y amante llamamiento al arrepentimiento.

Entretenimientos

Durante la comida y después de ella se proveía entretenimiento, incluyendo lecturas de poesía y prosa, música y danza (Am. 6:4–6). La danza era normalmente individual —no había llegado aún el baile de parejas para este entonces— y ocasionalmente se hacía un espectáculo como el de un cabaret actual (Mr. 6:22). Puede que fuera por esta razón que la gente del pueblo podía contemplar lo que estaba teniendo lugar en el convite. Fue

probablemente de esta manera que la mujer que derramó ungüento en los pies de Jesús pudo conseguir entrar (Lc. 7:37). Tales festejos implicaban una intensa iluminación, de modo que podían ser vistos desde la oscuridad de fuera. Echar a alguien de la estancia iluminada a las tinieblas de afuera podía conducir a la desesperación (y por ello al crujir de dientes, Mt. 8:12; 22:13; 25:30).

Cuando el entretenimiento había llegado a su fin y se había retirado la mesa, había un largo período de conversación. Se narraban de memoria historias tradicionales. Otra fuente de conversación eran los chismorreos locales, y hay abundancia de advertencias en la Biblia en contra de ello (Mt. 12:36; Ef. 5:4) para poder darnos cuenta de que era algo frecuente. También se compartían dichos proverbiales. La despedida se retrasaba todo lo posible, porque cuando alguien había aceptado tal hospitalidad, se consideraba incultante dejarla pronto, como si no hubiera sido suficientemente buena (véase Jue. 19:5–10).

Examina tu Biblia

Quitándose el calzado

Éxodo 3:5. Cuando se entraba en una casa era normal quitarse los zapatos, por cuanto si no se hacía así la suciedad de las calles y caminos sin pavimentar ensuciaría la casa. Si los suelos estaban alfombrados, las alfombras podrían quedar arruinadas. Así, quitarse el calzado era señal de consideración y de respeto, y por cuanto a Dios no se le puede mostrar menos respeto, quitarse los zapatos es una señal de respeto para con Dios. Esta práctica prosigue en los lugares de culto musulmán en la sociedad contemporánea.

La entrada a la parte de las mujeres

Jueces 4:17–22. Por lo general, esta historia se cuenta como ejemplo de la perfidia de Jael, porque cuando un enemigo descansaba en una tienda, se suponía que su hospedador no podía tocarlo. Pero hay mucho más en esta historia que lo que aparece en la superficie, y probablemente no se nos han dado todos los detalles. Un huésped en una tienda dormía en el porche, y nunca se le permitía la entrada al interior, donde estaba la parte de las mujeres. La invasión de la parte de las mujeres era punible con la muerte.

El levita y su concubina

Jueces 19—21. Este es uno de los apéndices del libro de Jueces que ilustra el caos espiritual en que había sumido el pueblo. El libro trata de un período en el que las doce tribus de Israel estaban unidas en su lealtad a Yahweh: relación llamada *anfictionía.* Cuando el levita volvía a su casa junto con su concubina, se dirigieron a Gabaa, que pertenecía al territorio tribal de Benjamín, para encontrar un lugar seguro en el que pasar la noche, pero la casa fue asaltada, y la mujer tomada y violada hasta morir. El descuartizamiento del cuerpo de la mujer fue el llamamiento a las doce tribus a reunirse en el santuario central. Quedó claro ante la asamblea que la actitud de los hombres de Gabaa no era sólo un gesto de concupiscencia, sino una actitud también que constituía parte de una actitud que pretendía la independencia por parte de toda la tribu. Benjamín quería separarse de la anfictionía. La drástica acción tomada contra este gesto de independencia se debió a la creencia de las tribus de que la protección que Dios les daba dependía de la mutua lealtad entre ellas.

El vaso de agua fría

Marcos 9:41. Una de las primeras cosas que se hacía por un invitado era darle a beber agua fría. Era una prenda de amistad. (El siervo de Abraham, Eliezer, esperó una bienvenida esperando que alguien le diera agua para beber, Gn. 24:17–18.) Cuando Jesús dijo: "Cualquiera que os diere un vaso de agua en mi nombre, porque sois de Cristo," estaba refiriéndose a que si damos nuestra amistad a una persona por causa de Cristo, no perderemos nuestra recompensa.

La teja rota

Apocalipsis 2:17. Cristo dice al ángel de la iglesia en Pérgamo: "Al que venciere . . . le daré una piedrecita blanca, y en la piedrecita escrito un nombre nuevo, el cual ninguno conoce sino aquel que lo recibe." Esta declaración puede ser una alusión a una práctica común entre amigos. Se tomaba una teja, y se partía por la mitad. Un amigo escribía su nombre en una de las mitades, y el otro el suyo en la otra. Luego, se cambiaban las dos mitades. Con frecuencia las dos mitades pasaban de los padres a los respectivos hijos. El hecho de poder presentar la otra mitad de la media teja que otra persona poseía, incluso años después, constituía una garantía de amistad y hospitalidad.

Grupos sociales y políticos

Mientras que muchas personas no asumen una determinada "línea de partido" en religión ni en política, otros se hacen miembros de grupos de presión o de un partido político, y se involucran en sus actividades. Así también sucedía en los tiempos bíblicos, en el período en que los judíos volvieron del exilio en Babilonia y reconstruyeron el templo en Jerusalén, y en la época en que vivió Jesús. A fin de comprender los grupos que aparecen en el Nuevo Testamento, tenemos que echar una mirada a los acontecimientos que tuvieron lugar tras la caída de Jerusalén y el exilio en el 586 a.C.

Los samaritanos

Los samaritanos recibían este nombre por la ciudad de Samaria, la capital del Reino del Norte, Israel, desde el tiempo de los reyes Omri y Acab (1 Reyes 16:24). La ciudad de Samaria fue destruida por los asirios en el 721 a.C., y alrededor de veintisiete mil miembros de las furezas vivas y de los artesanos útiles fueron deportados a Asiria y dispersados (2 R. 17:24). Como parte de la política de los asirios, el gobierno de la ciudad era tomado por otros pueblos sometidos, de manera que la incomunicación con la población trabajadora local, junto con la gratitud de los nuevos gobernantes hacia los asirios por darles esta posición daría como resultado una situación estable y tranquila.

Las cosas no fueron bien: las fieras fueron infestando las zonas rurales con una velocidad alarmante, dando muerte a muchas personas. Los recién llegados creyeron que estos ataques se debían a que no adoraban al Dios de Samaria de la manera adecuada. Uno de los sacerdotes en el exilio fue enviado a enseñarles la fe judaica, y erigió un santuario religioso en Bet-el. Como resultado de ello, se formó una religión sincretista entre el culto a Yahweh y el ofrecido a los dioses locales procedentes de los países originales de los nuevos gobernantes de Samaria (2 R. 17:25–34).

Algunas de las gentes procedentes del Reino del Norte que no habían sido llevadas al exilio fueron a adorar en Jerusalén, donde recibieron la bienvenida (2 Cr. 35:17), y cuando la ciudad de Jerusalén quedó destruida por los babilonios, siguió manteniéndose

la relación (Jer. 41:5). Cuando el Imperio Persa sucedió al Babilónico, y se permitió a los judíos reconstruir su religión —su templo y finalmente las murallas de Jerusalén— hubo una reacción ambivalente por parte de los samaritanos. Había samaritanos que querían participar en la obra para volver a instaurar el culto de Yahweh (Esd. 4:2), pero fueron rechazados de plano por los exiliados retornados, que consideraban a los samaritanos como impuros debido a la naturaleza sincretista de su culto (Esd. 4:3). Otros samaritanos se sentían alarmados ante la reconstrucción de Jerusalén, por cuanto Jerusalén había sido siempre rival de Samaria. Estos samaritanos hicieron todo lo que pudieron para obstaculizar la reconstrucción de la ciudad (Neh. 4:1–2).

Toda la antigua antipatía entre el Norte y el Sur salió a la palestra. Estos sentimientos tenían una larga historia, remontándose a la época en que las doce tribus habían ocupado originalmente el país montañoso de Canaán tras el éxodo. Las tribus del norte habían quedado separadas de las del sur por una cadena de fortalezas cananeas, y cuando David fue proclamado rey, lo fue como rey de dos reinos unidos más bien que de uno (véase p. 268). Cuando el reinado de David y posteriormente de Salomón quedó dividido durante el período de sus sucesores, la división siguió la antigua línea histórica. Los samaritanos eran considerados no sólo como enemigos políticos sino también como una gente impura cuya presencia contaminaría a los exiliados que habían regresado (véase Neh. 13:23–30).

Parece que en un tiempo posterior hubo un grupo de samaritanos que, al haberse visto impedidos de adorar a Yahweh en Jerusalén, y deseando disociarse de las continuas luchas, se retiraron para erigir un santuario propio en Siquem (véase Jn. 4:19–20), centrado en el monte Gerizim, y fue desarrollándose gradualmente una fe distintiva. Los samaritanos aceptaron los cinco libros de Moisés en su propia lengua como la autoridad de ellos (el Pentateuco samaritano), y esta posición quedaba reflejada en su credo: Hay un Dios; Moisés era su profeta, y volverá un día como el Taheb ("restaurador," algunas veces llamado "Mesías;" véase Jn. 4:25); habrá un día del juicio; y el monte Gerizim es el lugar por Dios designado para los sacrificios. El último elemento era el décimo mandamiento en el Decálogo del pentateuco samaritano (Jn. 4:20).



Tel Balata (la Siquem bíblica); el monte Gerizim puede verse al fondo.

Al menos algunos samaritanos se aferraban a la creencia tradicional de que Moisés había ocultado vasos sagrados en el monte, porque en el 36 d.C. un samaritano reunió una multitud en el monte con la promesa de que les mostraría los vasos. Todo el grupo fue masacrado por Poncio Pilato.

Debido a la diferencia de credo, había una gran desconfianza entre los que adoraban en el monte Gerizim y los que adoraban en el restaurado templo de Jerusalén. En el 128 a.C., uno de los gobernantes judíos de la dinastía asmonea (Juan Hircano) conquistó Siquem y destruyó el templo, y en una ocasión, entre los años 6 y 9 d.C., un gupo de samaritanos contaminó el templo en Jerusalén esparciendo huesos durante la Pascua.

Hay referencias explícitas e implícitas en el Nuevo Testamento a la hostilidad entre judíos y samaritanos (Jn. 4:9, 33). Jesús se esforzó en indicar lo bueno en los samaritanos (Lc. 10:33), que él había experimentado (Lc. 17:16), pero siguió la tradición judía no pasando normalmente a través de Samaria cuando viajaba de Galilea a Judea. La ruta normal para los judíos que no querían contaminarse era

cruzar el río Jordán en Bet-seán (al norte) y en Jericó (al sur), viajando por la ribera oriental del río (Lc. 18:31, 35). Muchos samaritanos se convirtieron en cristianos (Hch. 8:25).

Los helenistas y los hasidim

Los helenistas y los hasidim tomaron cuerpo durante el período de cultura griega en que los griegos controlaban el país. Después que Alejandro Magno hubo conquistado Oriente, comenzó una intensa y permanente influencia griega sobre Israel. El establecimiento de soldados griegos, el empleo del griego como lengua expresiva, y el énfasis en el estilo griego de vida y en los entretenimientos llevó a la asimilación del pensamiento y de las ideas griegas. ¿Acaso no había llevado la civilización griega a una conquista y a una cultura sin precedentes?

Desde que los líderes del pueblo judío entraron en contacto con los gobernantes griegos en Antioquía de Siria, y por cuanto tenían suficientes riquezas para poder sobornar a sus gobernantes griegos para que les dieran protección armada cuando la necesitaban, la clase gobernante en Israel aceptó por lo general el estilo de vida griego. Un momento crítico les vino al pueblo judío cuando se alinearon con los gobernantes greco-egipcios en contra de los greco-sirios, con la esperanza de conseguir alguna independencia.

El gobernante greco-sirio, que quería imponer la paz sobre su imperio por medio del establecimiento de centros culturales griegos, decidió que podría ir mucho más lejos que esto en el caso de los judíos, eliminando la oposición al helenismo por medio de la erradicación del judaísmo. En general, los gobernantes judíos accedieron a esto. Aceptaron el sumo sacerdocio de un hombre llamado Jasón, que edificó un gimnasio en la ciudad, y alentó a los jóvenes a que se vistieran a la moda griega. Después de la revuelta de los macabeos, cuando a los reyes-sacerdotes les fue necesario hacer un compromiso político con los sirios, los gobernantes helenistas seguían estando en una posición de poder influencia.

Pero entre el común de la gente se dio una intensa reacción en contra del proceso de helenización. El pueblo creía que las ideas griegas estaban corrompiendo su fe religiosa, y por un conservadurismo innato rechazaron instituciones como el gimnasio, los juegos griegos, y los ropajes griegos. Creían asimismo que los jóvenes estaban siendo

arrastrados a un estilo de vida griego decadente. La mayor reacción contra la helenización surgió en las zonas rurales, donde había unos núcleos de gente de clase media que podían reflexionar a fondo acerca de qué actitud debían adoptar. Vinieron a ser conocidos como los hasidim (en algunas traducciones castellanas de los apócrifos se da el término *asideos* o *hasideos*, N. del T.), que significa "piadosos" o "con gracia." Se ridiculizaba a los hasidim como "los tiernos" debido a que tenían una conciencia sensible frente a los nuevos enfoques.

Cuando los macabeos emprendieron la revuelta en contra de los sirios, los hasidim se mostraron dispuestos a unirse en la lucha en defensa de la libertad religiosa. Pero tan pronto como los sucesores asmoneos de los macabeos se implicaron en una lucha en pos del poder político y a colaborar con los helenistas en sus propias comunidades y con los griegos en Antioquía, fueron abandonados por los hasidim, que querían ser fieles a su fe religiosa. Los asmoneos necesitaron por tanto el apoyo de los helenistas, continuando por tanto moviéndose en la misma dirección. Los helenistas y los hasidim no aparecen en el Nuevo Testamento, pero sus sucesores nos son muy conocidos.

Los saduceos

Los saduceos fueron los sucesores de los helenistas. Seguían siendo la clase rica y dominante, y estaban identificados con el sumo sacerdocio y con el pensamiento griego. El nombre colectivo del grupo, saduceos, puede que se derive de Sadoc, para indicar su relación con el sumo sacerdocio. Descubrieron que el mundo era un buen lugar donde vivir, y estaban interesados en el aquí y ahora en lugar de creer en una resurrección, un juicio o una vida en el más allá. Rechazaban la idea de la resurrección en favor de la idea griega de la inmortalidad, y creían que podían demostrar que la idea de la resurrección corporal era ridícula. Limitaban el canon de las Escrituras a los cinco libros de Moisés, que es la razón de que Jesús limitara su argumentación a estos libros al refutar los argumentos de ellos en contra de la resurrección (Mt. 22:23–32). Los saduceos rechazaban la creencia en ángeles o espíritus, y seguían una moralidad de "sentido común;" el bien y el mal, creían ellos, eran el resultado de las acciones personales.

En tiempos de Jesús, los saduceos tenían la mayoría en el Sanhedrín, y la intensidad de la

animadversión que existía entre ellos y los fariseos con respecto al tema de la resurrección iba a ser aprovechada por Pablo cuando compareció ante el Sanhedrín (Hch. 23:6–10). Los saduceos se habrían opuesto a Jesús al reconocer su enseñanza como contraria a la de ellos. Fue después de enseñar acerca de la resurrección y de la resurrección de Lázaro que los principales sacerdotes (saduceos) resolvieron dar muerte a Jesús (Jn. 11:45–53). Lo debieron ver como un agitador que podía trastornarlo todo (para ellos, la clase dominante) y que tenía que ser detenido a cualquier precio (Jn. 11:48–50).

Los herodianos, los fariseos (con sus escribas), los esenios y los zelotas parecen haber venido de los hasidim. Cuando estos grupos consideraron el hecho de que su país seguía dominado, esta vez por Roma, reaccionaron de formas distintas.

Los herodianos

Los herodianos apoyaban a la familia de Herodes como gobernantes. Los Herodes eran originalmente una familia edomita, y gobernaban el país como tributarios de Roma. Los edomitas tenían, después de todo, alguna afinidad con los judíos como descendientes que eran de Esaú, y los judíos consideraban que el gobierno por medio de Herodes era mejor que el gobierno directo de Roma. Los herodianos aceptaban lo bueno que Herodes el Grande había hecho por Jerusalén al proveer un nuevo templo, aunque se pusieron del lado de los fariseos al objetar al pago de impuestos a Roma (Mr. 12:13–14). Reaccionaron contra Jesús cuando sanó al hombre con la mano seca en día de sábado (Mr. 3:5). A semejanza de los saduceos, las razones de los herodianos para oponerse a Jesús se basaban en su temor de que perturbaría el *status quo* y debido a que Su clara enseñanza moral constituía un reto tan formidable al estilo de vida que manifestaban como el que había supuesto el de Juan el Bautista.

Los fariseos

Los fariseos seguían en línea directa de los hasidim. El nombre de ellos significa "los que se separan." Había unos seis mil de ellos en la época de Jesús. Su mayor preocupación recaía en su vida religiosa, y creían que el exilio había sido resultado de que sus antecesores habían quebrantado la ley de Dios. Querían ser legalmente puros, separados de cualquier tipo de contaminación. Creían que la diferencia entre "limpio" e "inmundo" dependía de aquella ley. Lo que era "limpio" era obediencia a la ley; lo que era "impuro" era desobediencia a la ley.

Pero esta postura con respecto a la ley originaba problemas, porque aunque hay en la Torá (los libros de Moisés) seiscientos trece mandamientos, no siempre son específicos. Si el día del sábado ha de ser "santificado," ¿qué es entonces exactamente lo que se puede hacer, y lo que no? Había prolongadas discusiones acerca de cuestiones como si era legítimo o no ("impuro") consumir un huevo puesto en sábado.

Los fariseos desarrollaron una serie de normas pensadas para impedir que las gentes quebrantaran la ley misma, e intentaron aplicar la antigua ley a nuevas situaciones. Se hizo necesario que se contaran historias ilustrando los principios de la ley (la Hagadá), y se hizo necesario transmitir decisiones acerca de la ley a otros. Los responsables de esta actividad eran los escribas, y había varias diferentes escuelas de interpretación. La escuela estricta de pensamiento estaba acaudillada por Shammai, que procedía de una rica y aristocrática familia. La escuela moderada de pensamiento estaba acaudillada por Hill'el, que provenía de la clase media, y que comprendía al pueblo. Las diferencias de interpretación eran cuestiones candentes, por lo que se pidió a Jesús que diera su opinión acerca de las discutidas leyes del divorcio (Mt. 19:3–12).

Las interpretaciones de la ley eran de poca consecuencia para el común del pueblo, que rehusaba unirse a los fariseos, lo que conllevaba la existencia de hostilidad entre ambos grupos. Los fariseos creían en las doctrinas históricas del judaísmo: en la unidad, santidad y providencia de Dios; en la resurrección, en el alma inmortal que llevaría a un avivamiento del cuerpo; y en el juicio final y en la elección de Israel. Daban diezmos de todo lo que poseían, y conducían sus vidas de manera moral. Los fariseos sobrevivieron a todos los demás grupos, y al desarrollarse sus tradiciones, se convirtieron en los fundadores del judaísmo moderno.

Es difícil comprender por qué hubo un conflicto tan grande entre los fariseos y Jesús, aunque probablemente son varias las razones. Jesús gozaba de popularidad con el común de la gente, en tanto que los fariseos no habían logrado tener mucha influencia (Mr. 12:37; Jn. 12:19). El quid del asunto parece haber estado que, al tratar de vivir conforme a la

ley los fariseos, no habían llegado a comprender cuál era el propósito de la ley.

Cuando Dios les dio originalmente la ley, lo hizo como un acto de suprema gracia. La gente estaba en tinieblas, desconociendo lo que Dios demandaba. La ley decía: "Esta es mi norma; si vivís conforme a ella, os salvaré." (Véase p. ej. la historia del joven rico en Mt. 19:16.) Parece que los fariseos tomaron la ley y la cambiaron de un acto de gracia en una enorme carga; "Esto es lo que tenéis que hacer; si fracasáis, Dios os castigará; si no fracasáis, entonces es que sois lo suficientemente justos, y Dios deberá aceptaros." Estaba tan alejada esta concepción de la intención de Dios que Jesús la atacó de frente. Una línea de ataque era mostrar que ni siquiera los fariseos más estrictos podían guardar la ley. Estaban corrompidos (Mt. 23:27; Lc. 11:39) en su hipocresía (Mt. 23:23–36), no actuando conforme al espíritu de la ley (Lc. 11:39; 18:9-14). Debido a que esta falsa espiritualidad se encontraba en el centro de su fe, se revolvieron contra Jesús en unión a los otros grupos.

Los esenios

Los esenios se apartaban del mundo en comunidades propias, y contaban con alrededor de cuatro mil miembros. La gota que hizo colmar el vaso de su paciencia fue cuando un determinado sacerdote-rey fue considerado como tan perverso que un "Maestro de Justicia" condujo a gente fuera de la autoridad del "Sumo Sacerdote Malvado." Los esenios emprendieron actividades manuales básicas, pasando mucho tiempo en el estudio de cuestiones morales y religiosas y en la interpretación de los libros sagrados. Todas las propiedades eran poseidas en común, se adherían a un programa que aseguraba la pureza ritual, se mantenían célibes, y rechazaban los sacrificios animales.

Cuando era posible constituían comunidades propias y vivían de una manera reminiscente de los monjes en los monasterios de la Europa medieval. Los que querían retirarse de la sociedad se unían a sus comunidades. Había un noviciado de dos etapas. Al terminar el primer período (de uno o dos años) se hacía una purificación ritual, y al final del segundo período (de uno o dos años), el novicio era aceptado como miembro de la comunidad de pleno derecho, pronunciaba una serie de juramentos, y, lo más importante, participaba en la comida comunal.

Los esenios creían que Dios daría fin a la pre-

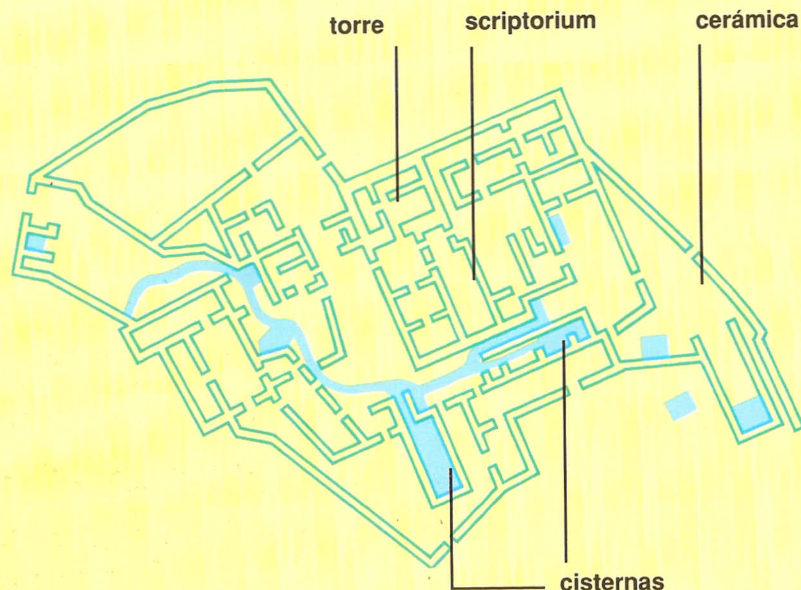


El descubrimiento de los rollos del mar Muerto tuvieron lugar en cuevas en estos acantilados cerca de Qumrán.

sente era de maldad en respuesta a sus buenas vidas y oraciones, y que el anhelado final quedaría marcado por la aparición de un príncipe de la línea de Aarón, un príncipe guerrero (el Mesías davídico) que derrotaría a las fuerzas del mal, y un profeta revelaría la voluntad de Dios. La comunidad que vivía en el monasterio cerca del extremo noroccidental del mar Muerto era probablemente una comunidad esenia.

Se ha sugerido que, además de su importancia por haber preservado antiguos textos del Antiguo Testamento (los rollos del mar Muerto), pueden haber también ejercido otra influencia. Juan el Bautista nació hijo de padres ancianos —Elisabet y Zacarías— y muchos piensan que fue criado en la comunidad de Qumrán cuando sus padres murieron. Parte de la obra caritativa que hacían era cuidarse de los huérfanos de los sacerdotes.

Hay reflejos del mensaje esénico en el mensaje de Juan: la necesidad de arrepentimiento y el lavamiento ritual (bautismo), y la espera de la venida del Mesías. Es improbable que sea accidental que el lugar tradicional del bautismo de Juan esté a la vista del monasterio de Qumrán. El monasterio fue



Plano de los edificios comunitarios en el monasterio de Qumrán.

destruido por los romanos en la campaña que siguió a la rebelión del 66 d.C. La comunidad esenia se llevó los manuscritos más valiosos que poseían, ocultándolos en cuevas casi inaccesibles en el área cercana, donde fueron descubiertos en nuestro siglo XX.

Los zelotas

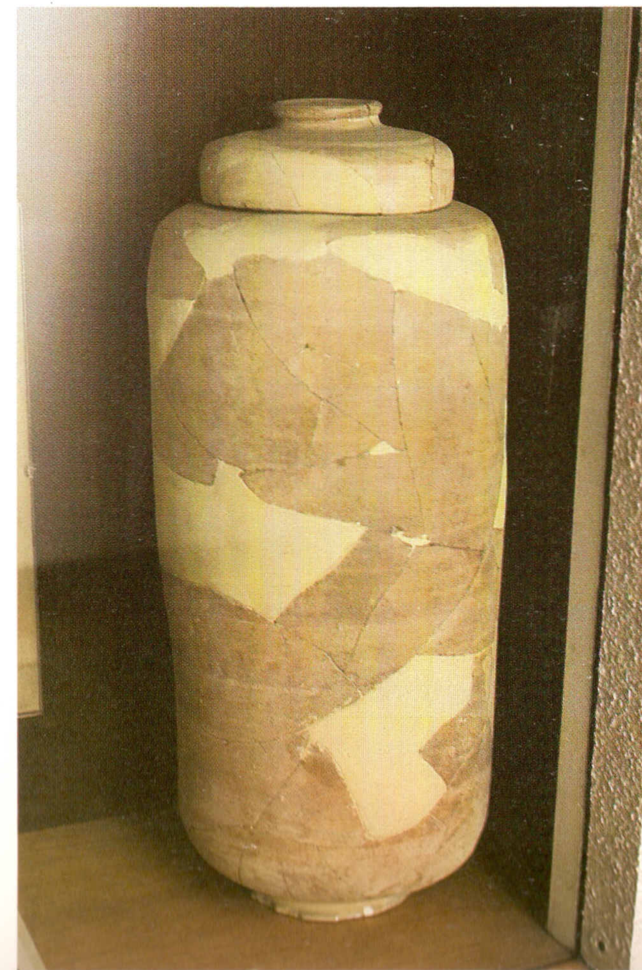
Los zelotas reaccionaron ante la influencia extranjera tratando de destruir al enemigo. Creían que sólo cuando los romanos fueran expulsados de su territorio redimiría Dios a su pueblo. Los zelotas fueron fundados por Judas galileo en 6 d.C. Los zelotas mantenían que el pago de impuestos al Imperio Romano era una traición contra Dios. Adoptaron este nombre por el celo mostrado por los macabeos cuando se sacudieron el yugo de Siria. Los romanos se referían a los zelotas como "sicarios" o "puñaleros," porque estaban de continuo en acción empleando este arma.

Los hay que piensan que los zelotas intentaron provocar a Jesús a encabezar una revuelta popular. Según este punto de vista, Judas Iscariote habría trabajado con los zelotas para

tratar de colocar a Jesús en una posición insostenible en la que tendría que emplear su poder divino para salvarse. Ante tal exhibición de poder el común del pueblo le seguiría de inmediato. Supuestamente, Judas habría preparado tal situación aprovechando la situación para conseguir dinero. Los que mantienen esta opinión consideran a Judas más bien ciego que malvado. Afirman que sólo al contemplar a Judas de esta manera podemos comprender cómo Judas pudo haberle dado un beso afectuoso a Jesús en el momento del arresto de Jesús, o comprender el posterior suicidio de Judas. Por otra parte, Jesús se refirió a Judas como hijo de perdición (Jn. 17:12).

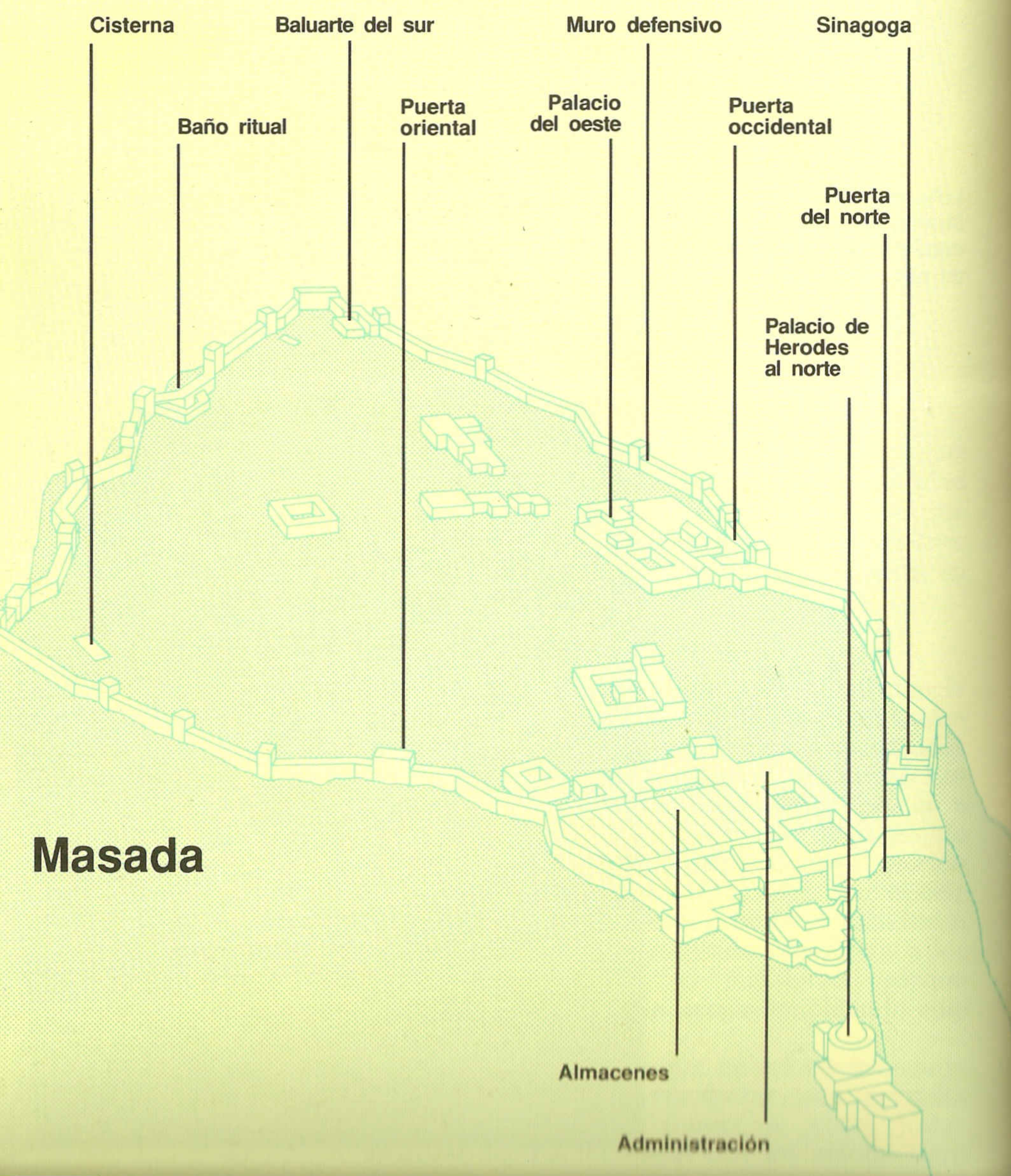
Los zelotas estuvieron implicados en la revuelta que provocó la destrucción de Jerusalén en el 70 d.C. Se retiraron a su última fortaleza, Masada, al lado del mar Muerto, que habían conquistado a los

Los rollos del mar Muerto fueron descubiertos en vasijas de este tipo.



Derecha: **Herodes el Grande creyó que había encontrado un emplazamiento inexpugnable para su palacio en Masada.**

romanos al principio, y finalmente fueron aniquilados cuando Masada cayó en el 74 d.C. Los zelotas seguían estando activos en los tiempos de la rebelión final de Bar Coqueba en el 135 d.C. que condujo a la prohibición de que los judíos entraran en su propio país y a la final destrucción de Jerusalén.



Fortaleza herodiana de Masada, por encima del mar Muerto.

Gobierno y sociedad

El gobierno es cambiante de país a país, y varía en el mismo país con el paso del tiempo. Puede que se trate de una democracia o de una dictadura, o puede que la forma de gobierno cambie para hacer frente a una nueva situación. Siendo cierto del siglo xx, también lo es de los tiempos bíblicos. La forma de gobierno varió entre el pueblo judío desde el caudillaje patriarcal en la época de Abraham hasta la unión de los clanes bajo Moisés, a la monarquía desde la época del rey Saúl en adelante, a los sacerdotes-reyes del período entre el Antiguo y Nuevo Testamento. Al mismo tiempo, los reinos de Israel y Judá se encontraban en el centro de los grandes imperios: Egipto, Asiria, Babilonia, Persia, Grecia y Roma. No es posible dar en este libro un tratamiento de todas las formas de gobierno de manera detallada; se deberá consultar la bibliografía. Pero hay dos formas de gobierno que son de importancia crucial para comprender la Biblia: el período de la monarquía y el período en que los judíos eran una parte del Imperio Romano.

Las divisiones de la sociedad

No había divisiones dentro de la sociedad en los tiempos de los patriarcas (Abraham, Isaac y Jacob), por cuanto todos formaban parte de una familia. Incluso los esclavos eran considerados miembros de la familia, de modo que Abraham podía contemplar la posibilidad de que su esclavo Eliezer heredara sus posesiones (Gn. 15:2–3). Incluso cuando se desarrollaron los clanes en base de las familias, seguía sin haber divisiones sociales, por cuanto un clan es simplemente una familia que se ha asentado para formar una aldea. En una sociedad así, las leyes eran aplicadas por los ancianos del clan, que presidían sobre los asuntos de la aldea. Había setenta y siete ancianos en Sucot en tiempos de Gedeón (Jue. 8:14). Cuando llegó el tiempo de la monarquía, el término *anciano* se empleaba para denotar a la clase gobernante. Los siervos de Amón que le dieron muerte eran ancianos (2 R. 21:23), y Sedequías se sentía interesado en que Jeremías no reprodujera la conversación que habían tenido ante los príncipes o ancianos (Jer. 38:24–25).

Otro grupo social en la época de la monarquía eran los ricos. Se creía que algunos ricos poseían su riqueza como bendición del Señor (Sal. 1:3; Pr. 10:15–16), pero otros consiguieron su riqueza en formas inicuas. Deuteronomio 10:17 contrasta la justicia de Dios, que es imparcial y no acepta sobornos, con los que muestran parcialidad y practican el cohecho. Proverbios 22:22–23 advierte contra el aplastamiento de los pobres y de los afligidos. Aunque algunas tierras cambiaban de manos debido a que los había que eran mejores artesanos que labradores, otros tomaban tierras ilegítimamente mediante falsas acusaciones y confiscaciones (1 R. 21:10–16). Tales personas se convirtieron en ricos terratenientes, y fueron ellos los que tuvieron que contribuir al impuesto del rey Manahem para ayudarle a pagar el dinero de "protección" a los asirios (2 R. 15:19–20).

Además de los ancianos y de los propietarios de tierras había la "gente de la tierra." Eran los hombres libres del país, con unos derechos civiles básicos, y nos encontramos con ellos en todo el Antiguo Testamento (2 R. 16:15; Jer. 1:18; 37:2; Ez. 22:29). Se hacía distinción entre las ofrendas por el pecado ofrecidas por alguien perteneciente a la nobleza (Lv. 4:22–26) y las ofrecidas por alguien del pueblo de la tierra (vv. 27–31). Los miembros de la nobleza debían aportar una ofrenda de un animal macho, mientras que el pueblo de la tierra lo ofrecían hembra.

Además de estas clases del pueblo judío había muchos de los extranjeros residentes que eran libres, pero que no tenían tierras. Por ello, tenían que venderse al servicio de alguien para poder vivir. Se les permitía recoger las uvas caídas en los viñedos (Lv. 19:10) y el rebusco de la cosecha de los cereales (Lv. 23:22). Habría sido fácil aprovecharse de los tales, pero Éxodo 22:20 lo prohibía, por cuanto los mismos judíos habían sido extranjeros en Egipto. Sin embargo, en otros respectos los extranjeros residentes eran tratados como el pueblo de la tierra (véanse Lv. 25:47; Num. 35:15; Dt. 14:29).

Junto a los libertos había varias clases de esclavos. Los esclavos personales formaban frecuentemente parte de la familia como resultado de la toma de esclavos en acción de guerra (Jue. 5:30; 2 R. 5:2; Jl. 3:6). El rey Peka de Israel sometió a esclavitud a algunos del pueblo del reino de Judá hasta que el profeta Obed presentó una enérgica protesta (2 Cr. 28:8–15). Se esperaba que los judíos tomaran cautivos de otras naciones (Dt. 21:10–14), aunque

también les fuera posible comprar esclavos en el mercado de esclavos (Lv. 25:44–45).

Los judíos mismos no se suponía que llegaran a ser esclavos, pero podían vender su trabajo para hacer restitución tras haber cometido un hurto (Éx. 22:3) y para ganar suficiente dinero para pagar una deuda (Lv. 25:47–53). Tenían que ser liberados en el año del Jubileo, o después de siete años (Lv. 25:40; Dt. 15:12–18). Además de los esclavos personales, había esclavos estatales conocidos como los netineos, que se empleaban en la construcción (2 S. 12:31), en el mantenimiento de la marina mercante (1 R. 9:27) y en algunos casos para trabajar en el templo para ayudar a los levitas (Esd. 8:20). Ezequiel dijo que Dios no aprobaba esta práctica (Ez. 44:7–9), pero había comenzado cuando Josué esclavizó a los gabaonitas con este propósito (Jos. 9:27).

La anfictionía

Antes de la institución de la monarquía, la mejor descripción que se podría dar de la relación existente entre los clanes es la de anfictionía, o asociación de vecinos para defender un centro religioso común. Se hizo un pacto formal en Siquem bajo el caudillaje de Josué (Jos. 24). Involucraba el culto a Dios en un santuario común y la observancia de un código de leyes común a todos que fue inscrito en una piedra y dejado en el santuario. Al morir Josué, los clanes aceptaron el liderazgo de cualquier persona que, como Josué, estuviera claramente dotada por el Espíritu de Dios para fines militares (Jue. 13:5) y en ocasiones pacíficos (Jue. 10:3). Algunos ejercieron su autoridad en una pequeña área, pero otros eran líderes nacionales. Sólo Samuel parece haber sido reconocido por todos los clanes (1 S. 7:15).

Por ello, no había ningún gobierno propiamente organizado y poca unidad política. No era muy fácil vivir de esta manera siendo que los judíos se veían constantemente presionados por otros poderes militares. El reconocimiento de un caudillo dotado del Espíritu de Dios implicaba estar dispuestos a esperar a que Dios actuara y la capacidad de ejercer discernimiento espiritual. Pero muchos del pueblo pensaban que sería más fácil si tenían un rey como las otras naciones. El rey estaría siempre a mano para conducirlos, y su descendencia y heredero podrían ser fácilmente identificados. Esta idea se reforzó con el general disgusto por la conducta de los propios



Durante el período de los jueces, Silo vino a ser el lugar donde se guardaba permanentemente el arca del pacto.

hijos de Samuel (1 S. 8:5), y el pueblo pidió tener un rey.

Saúl vino a ser el primer rey, pero no fue rey en el sentido de ser un verdadero monarca. Fue una transición entre los jueces y un verdadero rey. Lo mismo que un juez, fue designado por Dios (1 S. 9:16), recibió el Espíritu (1 S. 10:6), y liberó a su pueblo (1 S. 11:1–11). Pero al mismo tiempo fue reconocido por todos, fue coronado, y Saúl esperaba que su hijo Jonatán le sucediera (1 S. 11:15; 20:31). Cuando finalmente David sucedió a Saúl, fue aceptable no porque fuera pariente de Saúl, sino porque se reconoció que había sido escogido por Dios (2 S. 5:2). Había sido ungido (1 S. 16:1) y dotado por el Espíritu (1 S. 16:13). David estuvo todavía en una etapa anterior a la de un verdadero monarca, aunque se dieron más galas regias que en el caso de Saúl.

David y Salomón

El reinado de David y de Salomón son únicos en la historia de Israel. En primer lugar, fueron en realidad reyes de *dos* reinos más bien que de uno. David fue primero proclamado rey de Judá (2 S.

2:4) y posteriormente rey de Israel (2 S. 5:3). Por ello fue llamado rey de Israel y de Judá (2 S. 5:5; 1 R. 1:35) y no rey sobre un solo reino. Lo mismo sucedió con Salomón, lo que es la razón de que los dos reinos fueran por caminos separados tras su muerte (1 R. 12:16–17). Sin embargo, en aquel tiempo David y Salomón regían un imperio que demandaba una considerable administración (2 S. 20:23–26). En un tiempo de general debilidad entre las grandes potencias, Israel-Judá pudo llenar el vacío de poder (2 S. 8:1–14).

Después de los reinados de David y Salomón, cuando los dos reinos habían perdido la mayor parte de su imperio, difirieron entre sí de una manera importante. En Israel no hubo una monarquía hereditaria, sino una variedad de dinastías. Como con los jueces, el rey podía ser individualmente escogido por Dios (1 R. 11:31; 19:16). En Judá, los reyes eran todos miembros de la dinastía escogida (de David), que había sido él mismo escogido por Dios (2 S. 7:11–12). Cuando la monarquía llegó a su fin y los reinos de Israel y Judá fueron simplemente las provincias de potencias mayores, los judíos constituyeron una comunidad religiosa porque no había la posibilidad de formarla política. Dios era el rey de ellos (Is. 41:21; 43:15) y el sumo sacerdote vino a ser su representante en la tierra. Dentro de este desarrollo del reino había varias corrientes comunes de administración.

La coronación

El reinado del rey comenzaba con la coronación. La primera ceremonia de la coronación tenía lugar en el templo sobre una plataforma elevada (2 Cr. 6:13). Allí se daba su corona al rey (2 S. 1:10) y un documento, o "testimonio" (2 R. 11:12) que decía que él era rey, y que especificaba cómo debía ejercer su autoridad (Sal. 2:7–9). El rey era a continuación ungido (1 R. 1:39; 2 R. 23:30) para separarlo para Dios (véase 1 S. 24:6). Dios podía darle entonces su Espíritu a fin de que cumpliera su papel de rey. Se tocaba la trompeta, y todos gritaban: "¡Viva el rey!", en reconocimiento de la autoridad del rey (1 R. 1:34; 2 R. 11:12, 14).

La segunda etapa de la coronación tenía lugar en el palacio real, donde el rey era entronizado (1 R. 1:46; 2 R. 11:19). El rey podía entonces recibir un nombre especial de coronación. Eliaquim cambió el suyo por el de Joacim (2 R. 23:34), Matanías vino a



ser Sedequías (2 R. 24:17), Salum vino a ser Joacaz (1 Cr. 3:15; cp. 2 R. 23:30), y el primer nombre de Salomón puede haber sido Jedidías (2 S. 12:24–25).

Se cantaban cánticos especiales. Puede que se usara el Salmo 2 para la coronación, la ocasión en que Dios consideraba al rey como su hijo (Sal. 2:7), aunque proféticamente el Salmo 2 habla del Mesías. El Salmo 72 era una oración por el rey, y el Salmo 110 era un salmo de entronización que también mira hacia adelante al Mesías. Era por ello una ceremonia tanto religiosa como civil, por cuanto el rey debía tener un puesto especial en la religión del pueblo judío (véanse 2 S. 24:25; 1 R. 3:4; 12:28–29; 2 R. 16:12–16).

La casa real

Había importantes elementos en la casa real, aunque ello parece haberse desarrollado en mayor grado en Judá que en Israel. El harén era un importante signo de posición. Incluso Saúl tuvo un pequeño harén (2 S. 3:7; 12:8), y David parece haberlo tenido mayor (2 S. 5:13; 15:16). El harén de Salomón fue el mayor de todos (1 R. 11:3). El harén no era sólo cuestión de posición sino que era también políticamente útil, porque un rey podía entablar muchas alianzas al recibir a las hijas de otras familias reales en su harén (1 R. 3:1; 16:31).

La posesión del harén era el símbolo del derecho al trono, siendo ésta la razón de que las pretensiones al harén fueran tratadas como traición (1 R. 1:5; 2:13–22). El harén era gobernado por la *gebirah* (la gran dama) hasta su muerte, desde la accesión de su hijo al trono (1 R. 15:13). Ésta es la razón de que a menudo se mencione el nombre de la madre del rey en relación con los reyes de Judá (véase, por ejemplo, 1 Cr. 20:31). Las hijas se quedaban en el harén al cuidado de las mujeres hasta que se casaban, pero los príncipes dejaban el cuidado de las mujeres para establecer sus propios hogares (2 S. 13:7).

Los cortesanos

Había una considerable cantidad de cortesanos: nobles y siervos. Había cantores (2 S. 19:33–35; Ecl. 2:8) y los que se cuidaban de la provisión de alimentos (1 R. 10:4–5), que frecuentemente era para una gran cantidad de personas que comían en palacio (1 R. 18:19). El rey tenía un escudero (1 S. 16:21), que iba con el rey en el mismo carro a la

batalla (2 R. 7:2; 9:25), un "amigo" que no tenía más función que la de estar a disposición del rey para hablar con él y buscar su consejo (2 S. 15:32), los que se cuidaban del complejo palaciego (2 S. 9:10), y una guardia personal.

Además de este personal, el rey tenía también a su disposición a varios altos funcionarios. Las listas de los mismos se dan en 2 Samuel 8:16–18; 20:23–26 y 1 Reyes 4:1–6. Incluían al comandante del ejército, al capitán de la guardia, a un heraldo, un secretario, un controlador de los doce gobernadores (véase más adelante en este mismo apartado), al jefe de reclutamientos y al mayordomo del palacio.

Además de este personal, el rey tenía también a su disposición a varios altos funcionarios. Las listas de los mismos se dan en 2 Samuel 8:16–18; 20:23–26 y 1 Reyes 4:1–6. Incluían al comandante del ejército, al capitán de la guardia, a un heraldo, un secretario, un controlador de los doce gobernadores (véase más adelante en este mismo apartado), al jefe de reclutamientos y al mayordomo del palacio.

Algunos de estos funcionarios estatales tenían una gran importancia. El heraldo tenía a su cargo las funciones ceremoniales e introducía a los que solicitaban audiencia del rey. Joa era heraldo (o canciller) en los tiempos de Ezequías (2 R. 18:18; véase también Is. 36:3, 11, 22). El secretario era responsable de toda la correspondencia, y controlaba el dinero para las obras de reparación del templo (2 R. 12:10). Fue cuando Safán era secretario que descubrió el libro de la ley que leyó ante el rey Josías (2 R. 22:10). El mayordomo del palacio era jefe del secretario (Sebna fue degradado de mayordomo de palacio a secretario, Is. 22:15; cp. con 36:3). Era una especie de visir, como lo había sido José en Egipto, y que literalmente gobernaba él el reino en nombre del rey (como en el sistema de los "favoritos" en la corte española en los siglos XVI y XVII.—N. del T.). Abdías tenía este cargo en la corte de Acab (1 R. 18:3).

Los prefectos estaban cada uno de ellos al cargo de un distrito administrativo que suministraba alimentos en cantidad suficiente para un mes para los miembros de la corte, y forraje para los animales (1 R. 4:7–19). Dos de los gobernadores en un tiempo fueron yernos de Salomón (vv. 11, 15). Los doce gobernadores eran supervisados por un funcionario. Un cargo paralelo era ejercido por un funcionario que organizaba las levas mediante las cuales se

reclutaban hombres capaces durante parte del año, obligados a servir en los proyectos de construcción (2 S. 20:24).

Finanzas

Es evidente que una organización así exigía una gran cantidad de gastos. Pero las finanzas durante la monarquía se organizaban de una manera muy distinta a cómo se hace en la actualidad. Los gastos del rey eran los gastos del reino. El rey pagaba al ejército, pero él recogía los fondos (2 Cr. 17:5). Había poca o ninguna distinción entre la tesorería civil y la del templo. El rey entregaba dinero a la tesorería del templo tras una victoriosa campaña militar, como lo había hecho Josué (Jos. 6:14), pero empleaba dinero de la tesorería del templo cuando lo necesitaba (1 R. 15:18; 2 R. 12:18).

El sistema legal

Una de las notables instituciones de los tiempos bíblicos la constituía el sistema legal judío. Era muy diferente de cualquier cosa que existiera en ninguna sociedad coetánea. En Egipto no existía ninguna ley escrita, y los sistemas legales de Babilonia y de otras naciones no eran documentos a los que se hiciera referencia judicial, sino que se trataba de colecciones de los juicios del rey para uso del pueblo. El juicio era la acción del rey, que no sólo hacía la ley, sino que en realidad *era* la ley. Ninguna otra nación tenía un sistema legal al que estuvieran sujetos tanto los reyes como los gobernantes y al que se tuviera que hacer referencia.

Los pronunciamientos legales dados al pueblo judío eran de dos formas. Uno tenía la estructura: "Si . . . y . . . entonces . . . ," que se conoce en ocasiones como ley casuística (leyes de comportamiento, resolviendo cuestiones de lo que es correcto e incorrecto). Por ejemplo, "si alguno hiriere a su siervo o a su sierva con palo, y muriere bajo su mano, será castigado" (Éx. 21:20). La mayor parte de las leyes de este tipo eran similares, si no idénticas, a muchos de los juicios emitidos por gobernantes en la sociedad que los rodeaba. Dios estaba en realidad tomando la ley consuetudinaria que la gente comprendía, y dando su sanción a unas leyes específicas de modo que constituyeran un código legal.

La otra clase de ley es directa: "No matarás," y "Acuérdate del día de reposo para santificarlo," que recibe el nombre de ley apodíctica (de verdad



El rey Jehú de Israel paga tributo a Salmanasar III de Asiria; detalle del Obelisco Negro de Salmanasar.

absoluta). Esta forma de pronunciamiento no se encuentra en ningún otro sistema legal, pero sí en tratados contemporáneos de soberanía empleados por los hititas. Un tratado de soberanía era suscrito cuando un rey vencedor (el soberano) imponía su voluntad sobre el pueblo vasallo. Siempre seguía una forma normativa en la que había una descripción del rey y de las buenas cosas que había ejecutado. Esto iba seguido por un conjunto de declaraciones de la relación que debería existir entre el pueblo conquistado y él mismo, y entre el pueblo conquistado y otros pueblos. Luego seguía una lista de leyes casuísticas y una lista de bendiciones y de maldiciones para los que observaran y para los que dejaran de observar el tratado.

Un cuidadoso examen de los Diez Mandamientos en Éxodo 20 revelará que constituyen un ejemplo de esta estructura, comenzando con "Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto" (Éx. 20:2), y acabando con bendiciones y maldiciones (Éx. 23:20–33). Aunque la forma es familiar, su contenido es único. Es a la vez una ley religiosa y un cuerpo de enseñanza. Hay otras varias maneras en que el sistema legal judío destacaba de entre la ley coetánea de aquellos tiempos:

1. Se dan motivos para justificar algunas de las leyes. En Éxodo 23:9 se dice que los judíos no debían oprimir a los extranjeros, por cuanto ellos mismos lo habían sido en Egipto. En Éxodo 20:5 se declara que no se deben hacer ni honrar imágenes, porque Dios es un Dios celoso.

2. Hay severas penas para los crímenes contra Dios (idolatría y blasfemia) y en contra de aquello que dañaba a la relación entre el pueblo y Dios (la bestialidad, la sodomía y el incesto). La pena de muerte era el castigo para todo esto.

3. Por lo general, los castigos dictados eran moderados. No había mutilaciones corporales, y los azotes estaban limitados a cuarenta golpes. Había disposiciones especiales para el homicidio. El vengador, o *go'el*, estaba muy limitado en cuanto a lo que podía hacer para tomarse la justicia por su mano. Se dispusieron ciudades de refugio en las que la acusación contra un hombre por haber matado a otro pudiera ser vista. Si se encontraba que se trataba de un asesino, la pena era de muerte. Pero si se trataba de homicidio accidental, se le daba libertad dentro de la ciudad, pero no fuera de ella (Nm. 35:9–34; Dt. 4:41–43; 19:1–13). El santuario de Dios, bien el tabernáculo, bien el templo, era también un lugar en el que la persona se encontraba a salvo del vengador de la sangre cuando hubiera cometido un crimen (Éx. 21:12–14).

4. El rey no promulgaba leyes, por lo cual no había leyes estatales. Aunque él era juez (véase 2 Cr. 17:9; 19:5–7), tenía también que someterse a la ley él mismo.

Por ello, la ley del Antiguo Testamento fue de hecho un don de la gracia de Dios.

Los jueces

En los días antes de la monarquía, cada jefe tribal era un juez (Jos. 7:19–26), y durante el tiempo de la anfictionía había jueces locales, e incluso "de apelación," a los que se podía acudir (1 S. 7:15–17; 12:3–5). Pero, por lo general, la justicia quedaba en manos de los ancianos locales, que trataban de las cuestiones locales en la puerta de la ciudad (Am. 5:10). Podían pronunciar la pena de muerte si el caso lo requería, y la ejecución era llevada a cabo por los testigos (Dt. 21:18–21). Este sistema local prevaleció durante toda la historia de Israel, pero se añadieron instancias. El rey era siempre "juez de última instancia" (2 S. 12:1–6; 15:2–4; 1 R. 3:16–18), y cuando la tarea se le hizo demasiado pesada, delegó algo de su trabajo a jueces profesionales, como había hecho Moisés (Éx. 18:13–27; Dt. 16:18–20; 2 Cr. 19:5–11).

Parece que en Jerusalén había habido una corte de justicia compuesta por sacerdotes, levitas y cabezas de familia para tratar con los casos legales de la ciudad, pero que actuaba también como tribunal de apelación. El sumo sacerdote presidía sobre los asuntos religiosos, y el cabeza de la casa de Judá sobre los civiles. Éste puede haber sido el modelo para el Sanhedrín, con el que nos encontramos en tiempos del Nuevo Testamento (véase por ejemplo Hch. 4:5–7). Si el tribunal no podía decidirse, se le pedía a Dios que decidiera (Éx. 22:8). Esto podía significar la invocación de una maldición sobre uno mismo, el juicio mediante una prueba (Nm. 5:11–31), o revelaciones echando suertes (Jos. 7:14–15; Pr. 18:18). Posiblemente hubo ocasiones en que se emplearon las suertes sagradas, el Urim y el Tumim, que se guardaban en el pectoral del Sumo Sacerdote, con este propósito.

El Imperio Romano

El Imperio Romano fue un segundo período de suma importancia para el pueblo de las tierras bíblicas. El nacimiento de Jesús queda claramente expresado en términos de tiempo romano: "Aconteció en aquellos días, que se promulgó un edicto de parte de Augusto César, que todo el mundo fuese empadronado. Este primer censo se hizo siendo Cirenio gobernador de Siria" (Lc. 2:1–2). Hacía poco que Roma tenía un emperador. Durante cientos de años había sido una república, gobernada por un senado de personas que habían demostrado sus capacidades en actividades públicas. Dos magistrados principales eran elegidos para estar al frente de la república por un año, después de lo cual volvían al senado. Eran representantes de los dos principales grupos sociales de los romanos.

Al emprender la República su expansión por medio de guerras y conquistas, los jefes militares, apoyados por sus leales tropas, se convirtieron en los personajes más poderosos de la República. Unos


El Imperio Romano en tiempos de Cristo
ILÍRICO
ITALIA
Roma
MAR NEGRO
Río Danubio
TRACIA
Bizancio
GALACIA
Neápolis
Tesalónica
Río Halis
Pérgamo
ASIA
SICILIA
Río Éufrates
Tarso
Antioquía
SIRIA
Atenas
Éfeso
CILICIA
Siracusa
Cartago
Rodas
TRIPOLITANIA
CHIPRE
CRETA
MAR MEDITERRÁNEO
Damasco
Río Jordán
Jerusalén
Mar Muerto
Alejandría
Menfis
EGIPTO
AFRICA
Río Nilo
Mar Rojo





Efigies en monedas, del emperador Augusto (*arriba*) y del emperador Tiberio (*abajo*).

cincuenta años antes del nacimiento de Jesús, tres poderosos generales dominaban los entresijos de la política de Roma, y el senado no se atrevía menospreciarlos: Pompeyo (que tuvo la responsabilidad, entre otras cosas, de integrar a los judíos en el imperio romano), Craso, y Julio César. Era inevitable que hubiera una lucha por el poder y una guerra civil.

Julio César fue finalmente el vencedor, y se convirtió en dictador. Antes de ser asesinado en el foro, Julio había dispuesto que le sucediera su sobrino Octavio. Otra vez se dio un enfrentamiento, entre los que apoyaban el régimen republicano (y que por ello habían planeado la eliminación de Julio César) y Octavio. Venció Octavio César, y el pueblo, agradecido por la paz, le dio el título de "Augusto" cuando fue hecho emperador.

El gobierno en las provincias

Para el control del imperio, se acordó que Augusto gobernaría aquellas áreas en las que había agitación entre la población local o una amenaza de invasión exterior. Este plan se basaba en que el emperador tenía el control absoluto del ejército. Ello significaba que gobernaba por medio de comandantes militares, o legados, que ejercían estas funciones por períodos de cinco años. Cirenio era un legado (Lc. 2:1). Cuando había áreas menores involucradas, se designaban procuradores que respondían ante el legado. Siria (que incluía a Judea) estaba bajo el control del emperador debido a que había mucha agitación en el seno de la población, y debido a que los partos constituían una continua amenaza en la frontera oriental del Imperio. En las provincias en las que no existían estos peligros, el Senado designaba a un procónsul (anteriormente a un cónsul) como gobernador cada año.

En algunas áreas se permitía que reinaran reyes vasallos si seguían la línea de Roma. Herodes el Grande reinó desde el 40 a.C. hasta el 4 d.C. como rey vasallo (Mt. 2:1). Cuando murió Herodes, su reino fue dividido entre sus hijos. Galilea y Perea fueron asignadas a Herodes Antipas; Herodes Felipe recibió Iturea y Traconite, y Arquelao gobernó Samaria, Judea e Idumea (Edom). Arquelao (Mt. 2:22) no pudo mantener el orden, y por ello fue designado un procurador romano (inicialmente llamado un prefecto), sujeto al legado de Siria. Poncio Pilato fue el quinto procurador, y controló el área

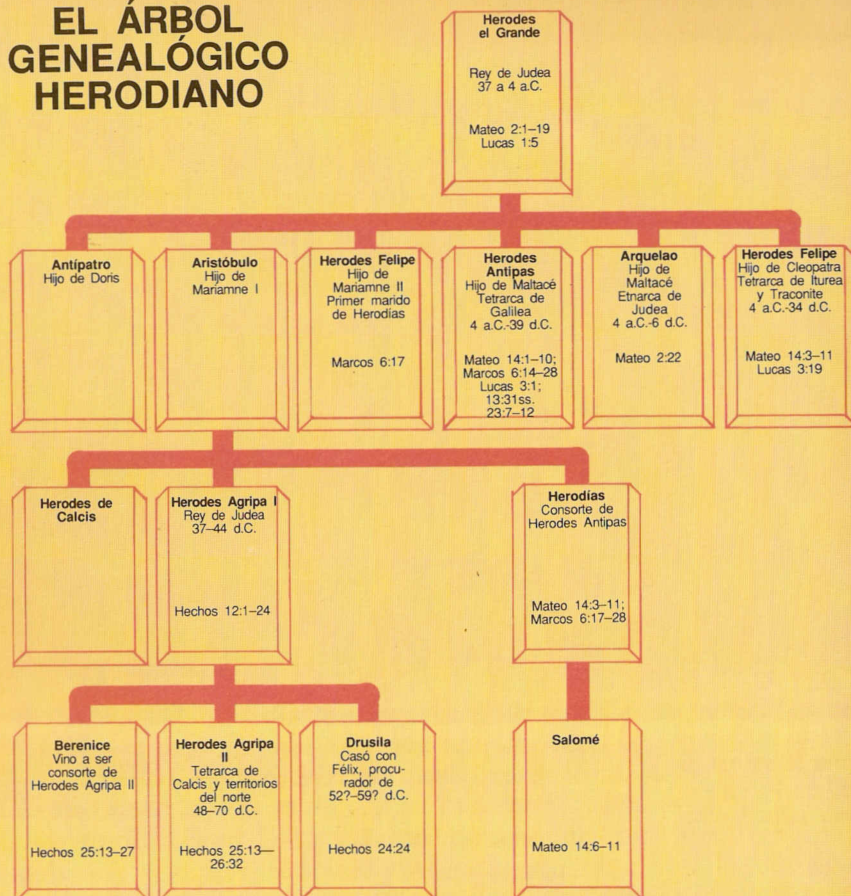


Columnas romanas de un edificio público en Cesarea Marítima, la capital de Palestina durante seiscientos años.

anteriormente gobernada por Arquelao, pero sin jurisdicción sobre el área de Galilea y Perea, administrada por Herodes Antipas (véase Lc. 23:5–6).

Pero esto no fue el fin de las relaciones entre la familia de Herodes y los procuradores romanos. Cuando murió Herodes Felipe y fue depuesto Herodes Antipas, otro joven miembro de la familia, Herodes Agripa I, accedió al gobierno de Galilea, Perea, Iturea y Traconite. Debido a que Agripa I se había criado en la corte de Roma, se le permitió ser rey de los judíos, como también lo había sido su abuelo Herodes el Grande, y tomar el control también del área que había estado sujeta a procuradores. Todo esto se le subió a la cabeza y, además de lanzarse a la persecución de los primeros cristianos (Hch. 12:1–5), se imaginó ser un dios, y por esta blasfemia fue abatido (Hch. 12:20–23).

Su hijo, Herodes Agripa II, no tuvo el patrocinio de Roma en el mismo grado que su padre. Se le dio Iturea y Traconite, pero los procuradores Félix (Hch. 24:2) y Festo (Hch. 24:27—25:1) asumieron el control del resto del país. Agripa II se presentó como experto en asuntos judíos para ayudar a Festo a evaluar la posición de Pablo (Hch. 25:13–27).





La Ciudadela, Jerusalén, el emplazamiento del palacio de Herodes.

EL GOBIERNO EN PALESTINA

Herodes el Grande (40–4 a.C.)

Idumea/Judea/Samaria	Galilea/Perea	Iturea/Traconite
Arquelao (4 a.C.-6 d.C.)	**Herodes Antipas** (4 a.C.-39 d.C.)	**Herodes Felipe** (4 a.C.-34 d.C.)
Procuradores **Coponio** (6–9) **Ambíbulo** (9–12) **Anio Rufo** (12–15) **Valerio Grato** (15–26) **Poncio Pilato** (26–36) **Marcelo** (36–38) **Marillo** (38–44)		**Procurador** (34)

Herodes Agripa I
Rey de Judea, (37–44)

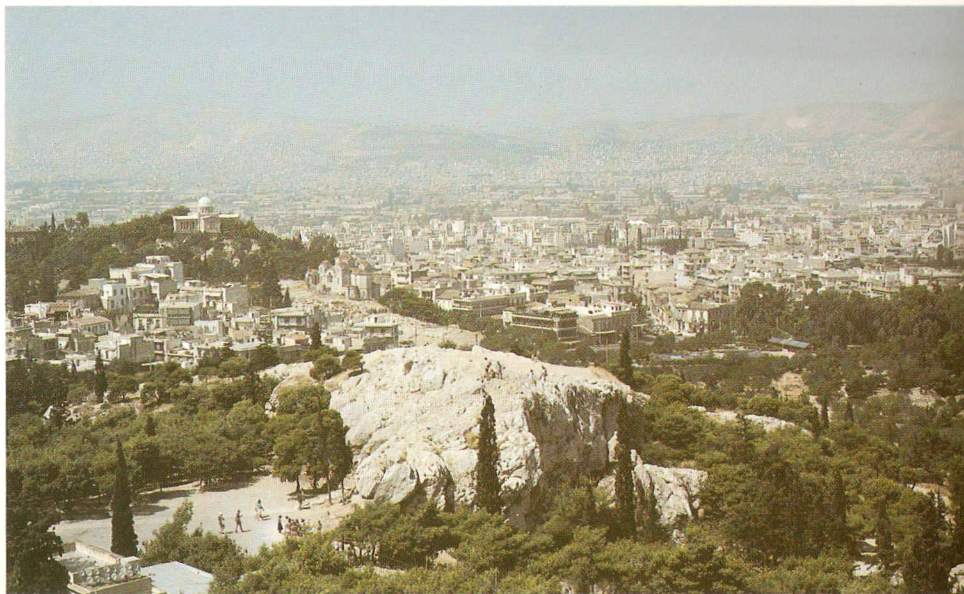
Procuradores

Cuspio Fado (44–46)
Tiberio Alejandro (46–48)
Ventidio Cumano (48–52)
Antonino Félix (52–59)
Porcio Festo **(59–61)**

Herodes Agripa II
Tetrarca de Calcis
y de los territorios
del norte (48–70)

En el imperio había también provincias pacíficas. Estas eran gobernadas por dos magistrados con el rango de procónsul, establecidos en la capital de la provincia. Eran directamente responsables ante el Senado. Los procónsules de Filipos quisieron que Pablo y Silas salieran de la ciudad cuando se dieron cuenta de que Pablo, que era ciudadano romano, había recibido malos tratos (Hch. 16:35). El escribano de Éfeso se sintió preocupado de que la agitación en la ciudad en reacción a Pablo pudiera causar problemas, y por ello alentó a Demetrio y a los plateros a que iniciaran acciones legales ante los procónsules (Hch. 19:38), que eran los magistrados.

A algunas ciudades de gran importancia, como Atenas, se les permitía el auto-gobierno y se les



Atenas. El afloramiento rocoso en primer plano era conocido en tiempos de Pablo como el *"Areópago."*

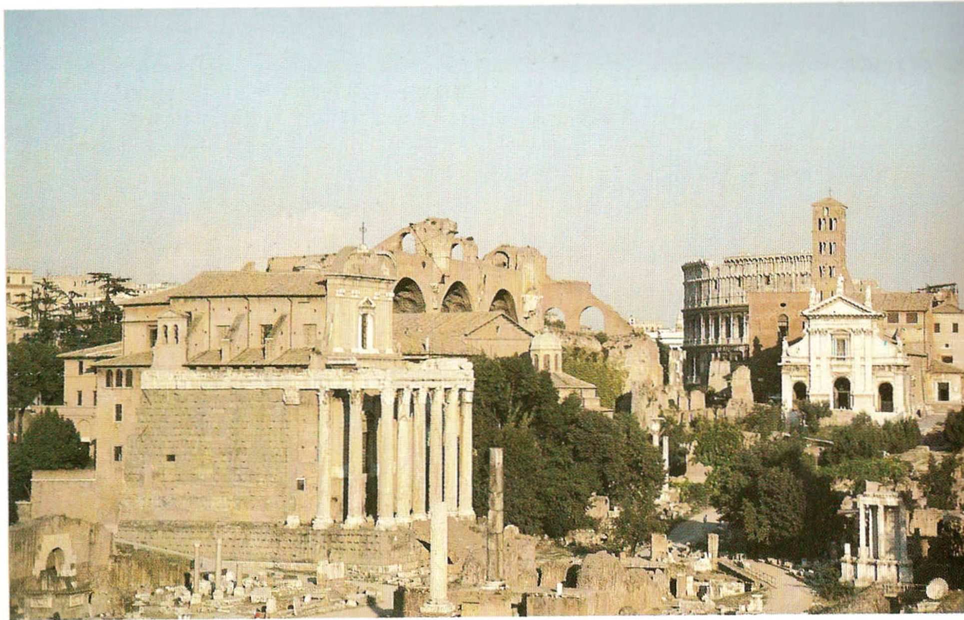
concedía la exención de impuestos, siempre que mantuvieran la paz. En Atenas había un "comité educativo" como parte de la organización de la ciudad. Pablo tuvo que explicar sus enseñanzas a este "Areópago," como era llamado (Hch. 17:19). Cuando por razones políticas era prudente conceder alguna forma de auto-gobierno, los romanos lo permitían. Incluso en Judea, donde siempre había posibilidad de perturbaciones, los judíos tenían permitido su propio consejo de gobierno del Sanhedrín, que trataba de las cuestiones religiosas (Mt. 27:1; Hch. 4:5–21; 5:21–41).

Aunque el gobierno romano podía ser opresor, también traía beneficios. Se imponía la ley y el orden, actuando los soldados como policía en tiempos de paz (Mt. 27:65). Es cierto que podían ser empleados para acabar con motines y castigar a las poblaciones locales (Pilato fue llamado a Roma porque empleó tropas para hacer una matanza en una reunión religiosa en Samaria), pero el ejército aseguraba la tranquilidad de los viajeros al limpiar los campos de salteadores y el mar de piratas.

Las carreteras romanas, ya descritas anteriormente en este libro, facilitaban la rapidez de los desplazamientos. Muchos apreciaban los edificios, los entretenimientos y el suministro de agua. La ciudadanía romana misma confería muchas ventajas, una de las cuales era que ningún ciuda-

Palestina en tiempos de Cristo

Damasco
SIRIA
Tiro
Cesarea de Filipos
ITUREA
MAR MEDITERRÁNEO
TRACONITE
Tolemaida
Capernaum
GALILEA
Mar de Galilea
Séforis
Nazaret
DECÁPOLIS
Cesarea Marítima
Escitópolis
SAMARIA
Samaria
Río Jordán
PEREA
Jope
Jericó
JUDEA
Jerusalén
Qumrán
Belén
Mar Muerto
Hebrón
IDUMEA
Masada
NABATEA



El Foro, Roma. El Coliseo puede verse al fondo.

dano podía ser castigado sin haber sido juzgado (véase Hch. 16:38). Los nacidos en Roma fueron originalmente los únicos ciudadanos, pero la ciudadanía se extendió a aquellos que hubieran hecho grandes servicios al imperio, y ellos podían transmitir los privilegios a sus hijos. Posteriormente, cuando el imperio se encontró con dificultades económicas, la ciudadanía podía ser comprada por los que estuvieran dispuestos a pagar el precio.

Examina tu Biblia

Una ley para la sociedad

Levítico 4:22–31; 19:10; 23:22. Levítico 4 es un ejemplo de una ley que no era inmediatamente aplicable a la sociedad contemporánea, debido a que en la vida de clanes que existía en el éxodo no existían tales distinciones en la sociedad. Levítico 19 y 23 fueron escritos antes que los judíos tuvieran campos y viñedos. Es común leer en muchos libros acerca del texto del Antiguo Testamento que estas leyes pertenecían realmente a un período posterior de la historia de Israel, y que fueron "proyectadas retrospectivamente" a este período. Es preferible aceptar que Dios preparó el desarrollo de la sociedad dando leyes que lo contemplaban.

Es interesante comparar las leyes en Éxodo 20 con las de Deuteronomio y con las de Levítico, porque se corresponden con tres etapas sucesivas del desarrollo de la historia judía. A este respecto son interesantes las leyes de liberación de los esclavos. En Deuteronomio 15:12–18 los esclavos debían ser liberados después de siete años, y cuando el rey Sedequías no lo hizo, Jeremías le indicó esta ley septenal (Jer. 34:8–14). La ley en Levítico 25:40 parece ser para un período posterior, porque no se aplican los períodos más breves para la esclavitud. Jeremías no la citó como apropiada para su tiempo.

¿Fue Elhanán David?

2 Samuel 21:19. Elhanán, hijo de un belenita, dio muerte a Goliat geteo, el asta de cuya lanza era como el rodillo de un telar. Es tan similar a David, hijo de un efrateo de Belén, que dio muerte a Goliat de Gat, cuya lanza era como un rodillo de telar (1 S. 17:7), que los hay que se preguntan si David era el nombre de coronación, y Elhanán el nombre original.

Abriendo y cerrando

Isaías 22:22. Este versículo describe la autoridad del señor del palacio. Eliaquim iba a tener la llave de la casa de David, y lo que Eliaquim abriera nadie podría cerrar, y lo que cerrara nadie podría abrir. Estas palabras se emplean de Cristo en Apocalipsis 3:7, debido a que Cristo tiene esta autoridad en el Reino de los Cielos. Se trata de algo totalmente distinto a lo que Jesús le dice a Pedro en Mateo 16:9. El poder de atar y desatar que le fue dado a Pedro fue también dado a los otros discípulos (Mt. 18:18). Cuando alguien actúa en conformidad a la Palabra de Dios, se puede ser declarado atado o desatado por alguien que conoce aquella Palabra.

Derechos de ciudadanía

Hechos 22:25–29. Cuando Pablo estaba atado e iban a azotarlo, se llenaron de consternación cuando pudieron constatar que se trataba de un ciudadano romano, porque este trato a un ciudadano era contrario a la ley. El tribuno, que era el oficial que mandaba a la guarnición de Jerusalén, había evidentemente comprado su ciudadanía en una ocasión en que se había puesto a la venta. Si Pablo nació libre y provenía de Tarso de Cilicia, es probable que su padre hubiera hecho algún servicio a la república (no al imperio) por el cual le había sido conferida la ciudadanía, a él y a su familia.

La guerra

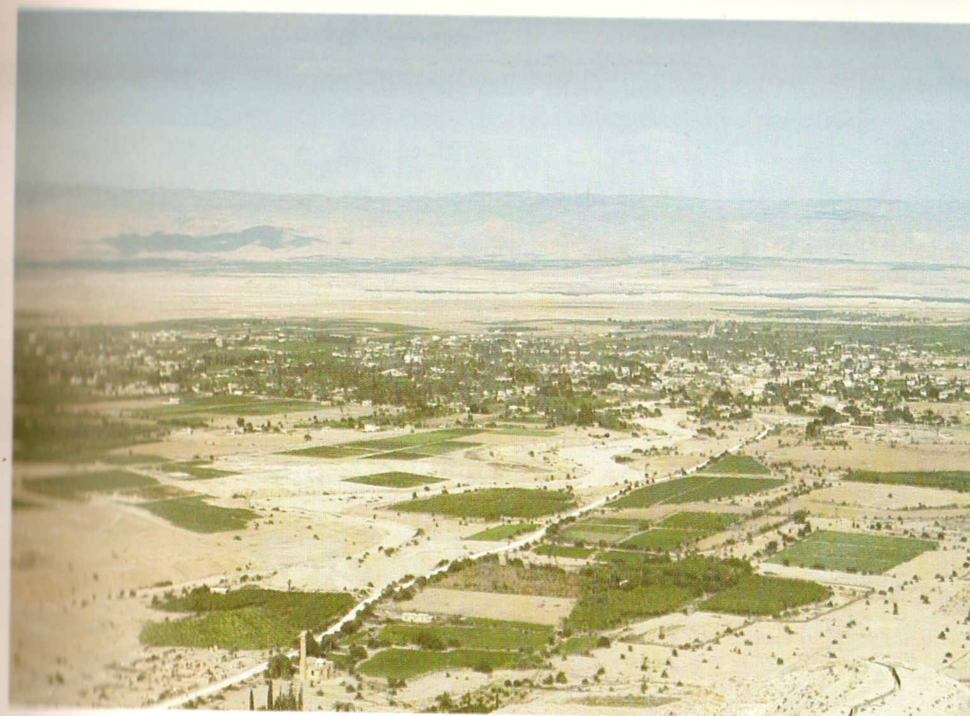
La guerra es una empresa costosa. Cuando se mandan tropas fuera del país se pierde mano de obra. Las armas, los vestidos, alimentos y otros suministros necesarios para un ejército tienen que ser pagados. No es posible lanzarse a una gran campaña bélica ni a un rey tener un gran ejército hasta que se posean fondos para financiarlo. Las finanzas estuvieron a disposición de los judíos en tiempos de Salomón, y fue sólo en este tiempo que la nación tuvo un ejército permanente, incluyendo carros y quizá caballería. En otros tiempos se tenían que buscar otros medios para hacer la guerra. Si el pueblo judío no podía hacerlo, se veían sometidos a naciones más poderosas que tenían los recursos para mantener un gran ejército, y al pagar por ello dinero en forma de "tributo," en realidad ayudaban a proveer a los recursos de estas naciones.

Antes de la monarquía

Antes de los tiempos de la monarquía, se intentaba que cada hombre capaz estuviera listo para tomar las armas. Así era en tiempos de Abraham. Cuando su sobrino, Lot, fue tomado cautivo, Abraham tomó consigo a 318 guerreros de su familia, y por medio de la sorpresa con un ataque nocturno pudo rescatar a Lot y conseguir un botín considerable (Gn. 14:14–16).

Así también era en tiempos de los jueces, pero en esta ocasión el "juez" podía movilizar a todos los hombres capaces de más de veinte años para que participaran en la operación. Cuando Débora y Barac resistieron a los cananeos, llamaron a gentes de la tribu de Efraín, de Benjamín, de Zabulón, de Isacar, Rubén, Dan, Aser y Neftalí (Jue. 5:14–18), y los únicos que no respondieron al llamamiento fueron los de Meroz (Jue. 5:23). Las tribus de Simeón y de Judá no fueron llamadas en esta ocasión.

Por otra parte, Saúl llamó a la reunión de los ejércitos de todas las tribus cortando dos bueyes en doce pedazos (1 S. 11:7). En esta ocasión fueron en auxilio de Jabes de Galaad (1 S. 11:1–2). La lucha era un deber religioso. Durante este período no había ejército regular, el entrenamiento era deficiente, y había pocas armas. Está claro que los judíos creían que Dios estaba de su lado. Él era el Dios Todopoderoso (1 S. 15:2), el Dios de los ejércitos de Israel (1 S. 17:26), pero no conseguía sus victorias por medio de ejércitos grandes y bien equipados.



Jericó, de un verde lujuriante sobre el fondo ocre polvoriento del desierto que la rodea.

Se enviaron espías a Jericó, y encontraron a una aliada en Rahab (Jos. 2:1–7). La ciudad fue tomada tras una dedicación ritual de la ciudad a Dios, que redujo a sus moradores a un total temor (Jos. 6:1–5). Las murallas mismas pueden haber sido sacudidas por un terremoto programado por Dios. Ai no pudo ser tomada mediante un ataque a pecho descubierto, pero se atrajo a los defensores a la batalla fuera de la ciudad, de manera que la ciudad pudiera ser tomada e incendiada después por soldados emboscados (Jos. 8). Los cananeos se dejaron llevar por el pánico por el ataque por sorpresa, y quedaron desmoralizados bajo una intensa tormenta de granizo (Jos. 10:9–11). En una época en que las huestes israelitas no tenían carros para enfrentarse a los cananeos, los carros cananeos quedaron inservibles al quedar atascadas las ruedas en el espeso fango cuando el río Cisón se desbordó (Jue. 5:21). Gedeón derrotó a los desmoralizados madianitas (Jue. 7:21) por medio de un ataque por sorpresa

con un puñado de hombres decididos en medio de la noche (Jue. 7:19–20). Estas tácticas eran usuales en las milicias israelitas cuando no había ejército regular.

El ejército de Saúl y David

La formación del ejército tuvo lugar entre los tiempos de Saúl y de Salomón. Saúl reunió a su alrededor a hombres valientes como guardia personal (1 S. 14:17), y esto fue el comienzo de un grupo de oficiales profesionales. Fue sobre esta base que David mismo se unió a Saúl al principio (1 S. 18:2), y, después de dar muerte a Goliat, la capacidad de David llevó a Saúl a inquirir si había otros en su familia que tuvieran capacidades similares (1 S. 17:57–58). En aquellos tiempos el ejercito no tenía un suministro adecuado. O bien los suministros eran dados por las familias de los soldados (1 S. 17:17–18), o bien viviendo de los frutos de la tierra (1 S. 25:18–19).

La guardia personal de David era de mayor tamaño y por ello más estructurada. Mientras huía del rey Saúl, se le unieron un grupo considerable de varios cientos, que vinieron a constituir un ejército privado. Había seiscientos en el grupo, y treinta de ellos vinieron a formar un núcleo de oficiales (véase 2 S. 23:8–39). Abisai era el Jefe del Estado Mayor (v. 18), Joab el general en jefe (2 S. 20:23), y Benaía era el jefe de guardia de David (2 S. 23:23), cp. 20:23). Como ejército privado, aterrorizaron al país mientras que David se encontraba en el exilio en Siclag (2 S. 27:8–12) y vinieron a ser la base de un ejército regular permanente cuando David vino a ser rey (véase 1 Cr. 27:1–15, y compárense los nombres con 2 S. 23:24–39).

Junto con los expertos en el ejército permanente, las necesidades de personal se suplementaban mediante un "ejército territorial," que se reclutaba entre las tribus sobre una base de rotación. A pesar de que se servía de expertos (1 Cr. 12:2, 8, 32–33) y aunque comenzó a emplear a sus tropas en choques frontales con el enemigo (2 S. 8; 10:9–19), no se mantenía un ejército poderoso. Halló necesario retener sólo cien caballos, cuando surgió la oportunidad, como base para una fuerza de carros (2 S. 8:4). Con el empleo de su ejército pudo ampliar su reinado de modo considerable, y el resultado de ello fue que pudo incorporar a mercenarios extranjeros en su guardia personal. Los cereteos y

peleteos provenían de los filisteos. Probablemente fue debido a que quería saber las fuerzas de que realmente disponía lo que llevó a David a efectuar un censo, de consecuencias tan desastrosas (2 S. 24; esp. v. 2).

El ejército de Salomón

Fue Salomón quien constituyó un ejército profesional, porque por medio de los impuestos y del comercio pudo acumular suficientes fondos para pagarlo (1 R. 10:25–27). En épocas de emergencia nacional el ejército regular era suplementado mediante levas. Los oficiales de reclutamiento pasaban en tales ocasiones por las tribus, y seguían siendo usados mucho tiempo después (2 R. 25:18; 2 Cr. 11:1). Salomón también construyó las ciudades fortificadas para proteger las principales vías de comunicación de entrada y paso por su reino, y preparó unidades de carros para defender las ciudades (2 Cr. 1:14).

En Deuteronomio 20:5–9 se establecieron varias normas para el reclutamiento. Aquellos que hubieran edificado una casa pero que aún no hubieran efectuado la ceremonia religiosa de dedicación de

La ciudadela de Arad ha sido parcialmente reconstruida. Salomón la fortificó como una de sus fortalezas.



la misma; aquellos que todavía no hubieran gozado de la primera cosecha de un viñedo recién plantado; aquellos que estuvieran prometidos pero no casados; aquellos que hubieran perdido el entusiasmo por la guerra (¿los ancianos?), quedaban exentos. No se trataba sólo de un trato humano, sino que venía del seguimiento de una convicción religiosa en aquel tiempo, en la que se mantenía que todas las empresas debían ser llevadas a su buen fin.

Al declinar tras Salomón la riqueza del reino, se fue haciendo más y más difícil mantener un ejército profesional en orden de batalla. Hacia el final de la monarquía, y hacia la época de los macabeos, el ejército judío pasó a ser una milicia, y en los tiempos del Nuevo Testamento dejaron en absoluto de tener ejército. Los judíos eran eficaces en los montes, donde estaban a la orden las tácticas de sorpresa y la lucha cuerpo a cuerpo, pero eran mucho más vulnerables en las llanuras, donde sus enemigos podían desplegar carros de guerra. Es por ello que el Dios de Israel fue considerado (incorrectamente) como un Dios de los montes y no un Dios de los llanos (1 R. 20:23).

El soldado de a pie

Durante el surgimiento y la decadencia del ejército judío, su núcleo y base fue la infantería. Por ello, las armas del infante eran fundamentales. En la Biblia tenemos los nombres hebreos para las armas, y no es fácil identificarlos.

Existían las armaduras protectoras. Los asirios empleaban cascos altos y en punta, que cubrían los oídos. Las cotas de malla consistían en escamas de metal cosidas a una túnica. El casco y la armadura de Saúl eran probablemente un artículo casi único en Israel en aquella época, sólo a su disposición porque era el rey. No era en absoluto inusual que un soldado fuera armado sólo con un arma como una honda. Saúl estaba deseoso de proteger a David con la armadura porque era la costumbre que los campeones decidieran el resultado de la servidumbre en lugar de mediante una batalla general en la que la mayor parte de los contrarios quedarían mutilados o serían muertos. Saúl no quería dejar nada al azar (1 S. 17:38–40).

Los escudos eran redondos, y estaban hechos de cuero, que era tensado sobre un marco de madera con un asa. Era necesario aceitar el cuero para impedir que se agrietara (2 S. 1:21). Como armas los infantes llevaban una espada corta (prácticamente una daga), enfundada a su izquierda, y una jabalina (1 S. 18:10–11). Se empleaban también con frecuencia las lanzas. Éstas parecen haber sido unas armas cortas y aguzadas para la lucha cuerpo a cuerpo (Nm. 25:7–8; 2 Cr. 11:12).

Había tropas especializadas en el empleo de la honda. Las hondas eran armas eficaces cuando sus piedras, de una forma y tamaño parecidos a los de una naranja pequeña, eran lanzadas con devastadora precisión y fuerza (Jue. 20:16; 2 R. 3:25). Los arqueros eran también especialistas. Para hacer las flechas se fijaban, sobre un asta de madera, puntas de metal, bien planas, bien con tres o cuatro aletas, a veces barbadas para que no pudieran quitarse de la herida. Los primeros arcos eran poco más que piezas de madera elástica cuyos dos extremos eran unidos con una banda de tripa de oveja secada; pero durante su imperio, los asirios los fabricaban de madera laminada y cuerno, lo que daba a los arcos gran potencia y capacidad de penetración. Estos arcos eran demasiado caros para muchas



Varias armas metálicas procedentes de la Edad del Bronce, incluyendo una espada corta, puntas de lanza y una hoja de hacha.

naciones, y esto llevó a la superioridad del ejército de Asiria.

Los carros de guerra

El carro de guerra fue pensado inicialmente para el arquero, para que pudiera desplazarse con facilidad. Era un vehículo ligero con piso de cuerda, con bolsas para las flechas en su interior. Se uncían dos caballos al carro de guerra, y un tercero (de recambio) corría sin uncir al lado del carro (véase 1 R. 22:34). El arco llegó a ser un arma clave para la defensa en los baluartes de las ciudades (véase 2 S. 11:20), y en consecuencia los asirios desarrollaron enormes escudos de madera para la protección de sus propios arqueros. Las "máquinas . . . para arrojar saetas y grandes piedras" desde las murallas de Jerusalén hechas por el rey Uzías daban protección a los arqueros en las murallas, cubriéndolos (2 Cr. 26:14–15).

También en esta época se desarrollaron armas para la guerra en el mar, aunque en esto no estuvieran involucrados los judíos. Los egipcios, filisteos,

Los asirios batallando con guerreros árabes. Relieve asirio de alrededor del 645 a.C.





Los asirios capturan una ciudad empleando máquinas de asedio, escaleras de asalto y arqueros; relieve asirio, alrededor del 730 a.C.

fenicios, griegos y romanos construyeron navíos de guerra.

Las ciudades eran edificadas a fin de poder resistir asedios, y esto ha quedado descrito en la página 187. Al hacerse las ciudades más fuertes, los ejércitos desarrollaron unidades de ingenieros, a fin de poder hacer túneles debajo de las murallas y minar sus cimientos, incendiar puertas y pulverizar murallas de piedra de limolita mediante la aplicación de intenso calor encendiendo grandes fuegos junto a ellas. Se construyeron arietes para derribar la mampostería. Se colgaba un pesado ariete dentro de un andamiaje de madera, y era tirado hacia atrás y arriba para que, al ser soltado, su cabeza metálica golpeara la muralla con enorme fuerza.

En el interín, los defensores empleaban todos los medios a su alcance para detener a los ingenieros y zapadores, echando pesadas rocas, líquidos hirvientes y ascuas. Si se abría una brecha en la muralla, la infantería se precipitaba al interior de la ciudad; si los arqueros en las murallas podían ser eliminados individualmente hasta que no quedara ninguno, se podían escalar las murallas mediante escaleras de mano. Durante un asedio funcionaba una unidad de señales. Hay registros de estas

señales durante el asedio asirio de Israel (Jer. 6:1 puede hacer referencia a esto). Ezequiel estaba familiarizado con la guerra de sitios (Ez. 4:1–3; 26:9–10).

Campañas

Las campañas militares tenían lugar generalmente cuando se podían conseguir alimentos de la tierra y cuando las condiciones climatológicas posibilitaban la guerra (2 S. 11:1). Por lo que respectaba al ejército judío, la unidad central de "administración" (Nm. 2:17) estaba rodeada de cuatro divisiones (Nm. 2) e iba precedida de una avanzadilla.

No había "declaración de guerra." La guerra comenzaba en el momento en que un ejército entraba en territorio ajeno. Entonces se iniciaba una negociación. El invasor garantizaba a los atacados sus vidas a cambio de su servicio, y en ocasiones había otras condiciones adicionales. Si los defensores cedían, quedaban bien reducidos a la esclavitud, bien obligados a pagar cuotas de protección. Si el ejército defensor rehusaba los términos que se les querían imponer, comenzaba el ataque a la ciudad. Si era posible, se cortaban los suministros de agua a la ciudad, y se la privaba de alimentos cercando totalmente la ciudad, en ocasiones con empalizadas de sitio. El ejército sitiador podía verse obligado a levantar el sitio si las salidas desde la ciudad eran victoriosas (Jue. 20:31–32), o bien debido a enfermedades y mortandad (causadas por Dios) en el real de los atacantes (2 R. 19:35–36), o bien debido a recibir auxilio desde el exterior (2 R. 24:7). También podía suceder que el tiempo empeorara de tal manera que el ejército atacante se viera obligado a retirar esperando mejor ocasión.

Si los sitiadores vencían, las mujeres y niños eran reducidos a esclavitud, y todos los hombres eran muertos, se tomaba el botín para pagar a los soldados, y la ciudad era seguidamente quemada hasta los cimientos. Los asirios eran particularmente crueles a este respecto. Los hombres principales de la ciudad vencida eran sacados a las puertas para ser torturados, cegados y quemados vivos. Los escribas contaban el número de muertos contando las cabezas que les habían sido llevados como registro.

Guerra y religión

No era posible separar la guerra de la religión.

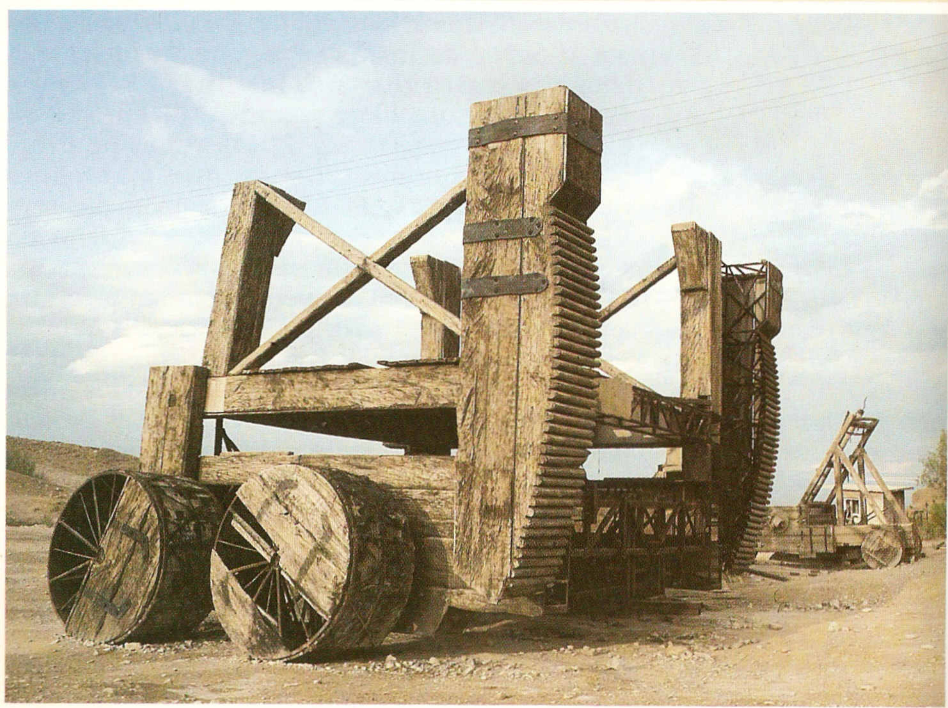
La relación entre ambas era evidente en muchos aspectos de la actividad militar. Para los judíos, Dios era el Señor de los Ejércitos, que iba delante de ellos a la batalla (Éx. 15:3; Jue. 4:14; 1 S. 17:45; Is. 42:13). Había un libro sagrado, "El libro de las batallas de Jehová" (Nm. 21:14). Antes de ir a la guerra, los hombres tenían que mantenerse ritualmente limpios, no debiendo siquiera dedicarse a la relación sexual (2 S. 11:11). Había leyes sanitarias involucradas en los mandamientos con respecto a la impureza ceremonial, pero había también otras leyes en vigor además de aquellas (Dt. 13:13–14).

Una campaña militar comenzaba con un acto de adoración (1 R. 8:44) y una respuesta de los miembros de las fuerzas armadas (Sal. 20). Los profetas indicaban al comandante militar exactamente qué era lo que debía hacer (véase 1 R. 20:13–30) y el resultado de la batalla (Jue. 20:27–28), y daban consejos cuando era necesario (2 R. 6:8–10). El grito de guerra era espiritual (Jue. 7:18).

La victoria se atribuía a Dios, y todo lo que se tomaba en la batalla pertenecía a Dios, siendo dado a Dios bien quemándolo, bien por muerte, cuando las ciudades habían sido puestas "bajo anatema," término que indica una entrega ritual a Dios. Cualquier personal que quebrantara el anatema incurría por ello mismo en él (Jos. 7). Dios no siempre lo tomaba todo; había ocasiones en que permitía la toma de botín (Jos. 8:27); tampoco deseaba siempre la muerte de una población. Su decreto con respecto a un pueblo dependía de su grado de maldad (Gn. 15:16). La santidad de su campaña militar era tal que si los judíos se volvieran contra Dios, entonces Dios emplearía a otros para poner a los mismos judíos "bajo anatema" (Is. 10:5–6; Hab. 1:5–11) e incluso lucharía contra su propio pueblo (Jer. 21:5–7).

El ejército romano

El ejército romano tiene también una gran importancia en la Biblia, porque fue finalmente este ejército el que venció al pueblo judío, llegando finalmente a dispersarlo de tal manera que no pudieron regresar a su tierra durante dos mil años. La gente de los tiempos del Nuevo Testamento estaban tan familiarizados con el soldado romano que se empleaban con frecuencia ilustraciones y metáforas de la vida militar. En Efesios 6:13–17 se emplean los componentes de la armadura del soldado romano para enseñar cómo debe defenderse



Réplicas de una máquina de asedio y de una catapulta romanas, cerca de Masada.

el cristiano. En Colosenses 2:15 se expone a Jesús encabezando un "triunfo" por las calles a fin de exponer su victoria sobre los poderes del mal. Segunda Timoteo 2:3–4 le recuerda al joven ministro que no debe mezclar su llamamiento con "intereses civiles."

Cesarea era la principal base del ejército romano en Judea. La ciudad había sido edificada por Herodes el Grande para los romanos, por cuanto había un puerto natural al sur del monte Carmelo. Normalmente había destacamentos de soldados procedentes de Cesarea de servicio en Jerusalén, acuartelados en la Torre Antonia. Con frecuencia se incorporaba a nativos en el ejército, pero debido a que el servicio militar involucraba el culto religioso obligatoriamente (Augusto fue reconocido como un dios tras su muerte, pero Calígula se consideraba un dios aún en vida) y debido a que se tenían que portar las armas en todo tiempo (incluyendo el sábado), los judíos estaban exentos. Por ello, el ejército en Judea estaba constituido por tropas italianas y sirias, mandadas por oficiales romanos.

No había problemas para el reclutamiento, porque la paga, que se entregaba de los fondos con-

Centurión romano (*primer plano*) y legionario. Obsérvense las dos espadas del legionario, la jabalina y el gran escudo.



seguidos por impuestos locales, era razonable (un denario al día), la alimentación era razonable (casi un kilogramo por día), y al retirarse, cada soldado recibía una parcela de tierra, frecuentemente cerca de las fronteras del imperio, donde la experiencia de ellos podría ser de crucial importancia en caso de invasión.

Las legiones estaban formadas por alrededor de seis mil hombres, y en los tiempos del Nuevo Testamento estaban a las órdenes de un legado (ex-senador). Estaban formadas por diez divisiones (cohortes) de alrededor de seiscientos hombres, mandadas por tribunos militares (véase Hch. 22:24–29). Cada división se dividía en tres manípulos (o unidades), que a su vez se dividían en dos centurias, cada una de ellas mandada por un centurión. Cuatro legiones (la tercera, la sexta, la décima y la duodécima) estaban basadas en esta área. Los centuriones eran siempre elegidos entre romanos que fueran estables y fiables y que hubieran demostrado su valor y madurez. Había cincuenta y nueve centuriones por legión, y parecen haber gozado del respeto de los escritores del Nuevo Testamento (véanse Mt. 8:8–9; Hch. 10:1; 27:43).

Torso de un hombre llevando la armadura protectora romana.



Además de las unidades de infantería, en cada legión había especialistas: ingenieros, arqueros, caballería, personal médico. Cada centuria tenía su propio corneta, ordenanza y portaestandarte. Los estandartes llevaban frecuentemente símbolos paganos y, por ello, se había llegado a un acuerdo entre los judíos y romanos de que los estandartes no debían ser sacados de Cesarea. En una ocasión Pilato los introdujo en el templo, y el motín que ello suscitó se derrumbó una torre, y varios murieron (véase Lc. 13:4). El portaestandarte era considerado por los oficiales como una persona especial.

En batalla, el manípulo era reconocido como la unidad de combate, y era empleado de modo flexible según las demandas del particular campo de batalla. Además de la armadura protectora que se describe en Efesios 6, el soldado tenía una daga de alrededor de 23 cm. (9 pulgadas) de longitud, que servía de herramienta cuando era necesario, una espada más grande, de doble filo, de alrededor de 60 cm. (23 pulgadas) enfundada en una vaina que colgaba de la cintura, y una jabalina de poco más de 2 m. (6 pies y medio) de largo. Ésta tenía una punta de hierro aguzada para traspasar escudos y una púa para impedir sacarla. Era arrojada antes de llegar al combate cuerpo a cuerpo.

Los romanos construyeron también formidables armas de asedio. La catapulta lanzaba jabalinas o lanzas por encima de la muralla y adentro de la ciudad. La balista podía arrojar pesadas piedras a una distancia de unos 700 m. (2.300 pies), y el Onagro piedras ligeras a unos 400 m. (1.300 pies).

Además del ejército regular, había la guardia pretoriana, originalmente mandada por los pretores, magistrados inferiores en un grado a los cónsules (véase Fil. 1:13). Esta guardia había sido reconstituida como la guardia personal del emperador. Tenían sus propios estandartes y recibían una paga doble de la del soldado ordinario.

Examina tu Biblia

Grandes pérdidas militares

Amós 5:3. Aunque en tiempos de Amós existía un ejército regular, los oficiales de reclutamiento seguían actuando en épocas de emergencia nacional, movilizando al noventa por ciento de los hombres capaces. Lo que este pasaje nos comunica es que los ejércitos han de quedar tan totalmente destruidos que no quedará nadie para contarlo.

Números

Hay problemas en la comprensión de los números en relación con grupos de gente en la Biblia. Jueces 20:17 registra que marcharon 400.000 hombres contra Benjamín, pero en Jueces 5:8 se afirma que 40.000 fue la mayor cantidad que podía ser movilizada en todas las tribus juntas. La cantidad inferior concuerda con la cantidad que salió a la batalla en Jericó (Jos. 4:13). Cuando David efectuó su censo militar (2 S. 24:1–9), había disponibles 800.000 hombres en Israel y 500.000 en Judá, pero muchos años después había sólo 60.000 cabezas de familia lo suficientemente prósperos para pagar impuestos (2 R. 15:19–20), lo que daría una población total de alrededor de 800.000.

La disparidad en las cantidades puede ser debida al hecho de que seguimos sin comprender el sistema de numeración. En ocasiones sucede que una palabra determinada puede representar una cantidad o puede tener un sentido totalmente diferente. Una "cuarentena" significa un juego de cuarenta. Si se aplica a un hombre, "ha pasado la cuarentena," puede significar indistintamente "es mayor de cuarenta años," o "ha pasado un período aislado bajo observación médica." Así, sin más especificación, esta oración no nos permitiría decidir cuál es su sentido exacto. Del mismo modo, podría ser que "cincuentas," "cientos" y "miles" hagan referencia, en el original, a unidades dentro de una organización y no a cantidades reales. Tenemos que esperar para una total elucidación de esta cuestión.

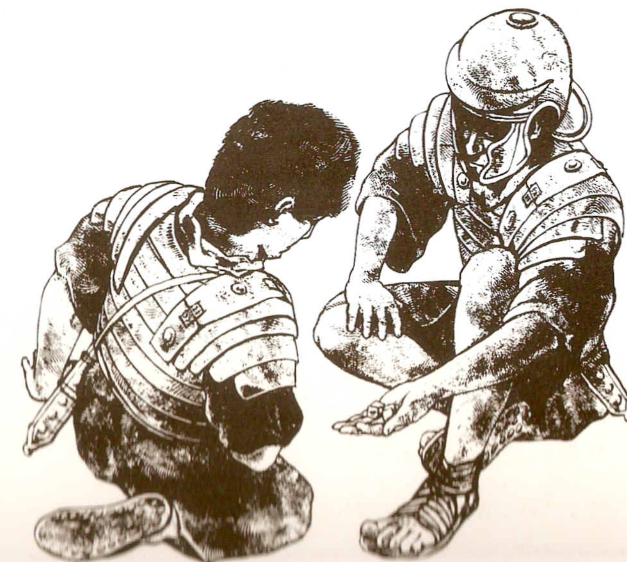
El ocio

Era poco el tiempo que había para el ocio en la antigüedad, pero los ricos tenían algo de tiempo y dinero para las distracciones. Los niños, entonces como ahora, hacían juegos con los que explayarse, y se divertían con sencillos juguetes. Había también un elemento de ocio en la religión de los judíos. Los sábados eran para el relajamiento y reposo, y las festividades religiosas eran tiempos de entusiasmo y estímulo. Sin embargo, la religión refrenaba el seguimiento de cualquier distracción por ella misma. Los juegos y las distracciones eran consideradas como un medio para conformar los cuerpos y las mentes.

Juegos

Los niños solían jugar puertas afuera debido a que dentro de las casas era oscuro. Aunque predominaban, había también muchos juegos interiores. Los juegos exteriores incluían "la reina mora," "pilla-pilla," el uso del arco y de las flechas para tirar al blanco, y tiro a distancia (1 S. 20:20–21; Lm. 3:12), el lanzamiento de piedras a un hoyo, canicas lanzadas a través de tres arcos, y juegos con pelotas (lanzamiento y toma, malabarismos).

Parece que los niños pequeños tenían sonajeros. Eran unas cajas de cerámica que contenían trozos



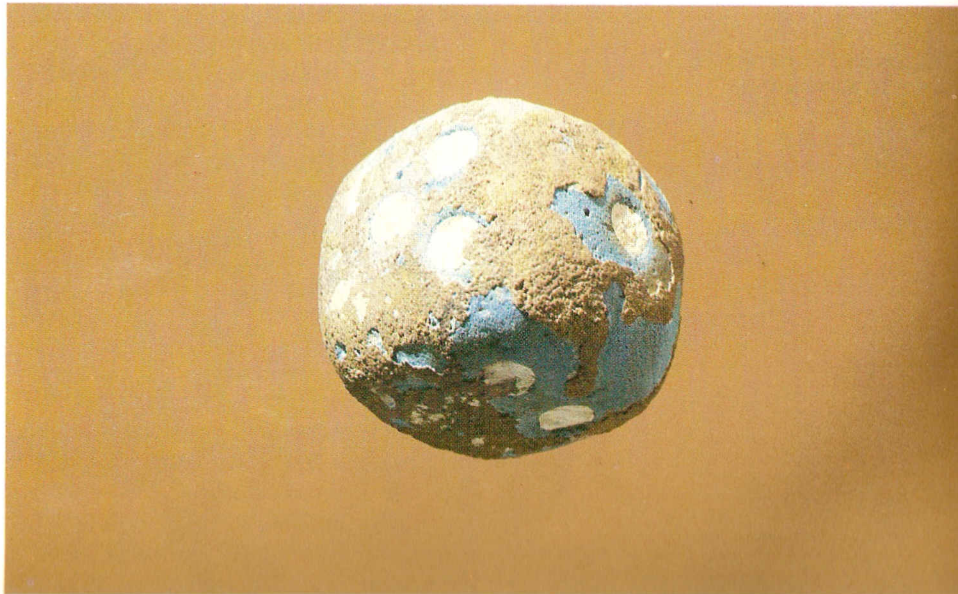
Dos soldados romanos jugando a los dados.

de tiesto rotos, y tenían perforaciones para dejar salir el ruído cuando se las agitaba. Otros sonajeros estaban hechos en forma de muñecas y de pájaros. Eran más bien pesados, y algunos creen que se empleaban en música o en servicios religiosos.

También se jugaba a muchos juegos de tablero. Uno de los más antiguos juegos conocidos es el llamado Real Juego de Ur, empleado alrededor del 1800 a.C. Se ha descubierto otro tablero con tres hileras de cuatro cuadros arriba y abajo y doce cuadros en medio. En Meguido se descubrió otro tablero con cincuenta y ocho agujeros dispuestos alrededor de una forma semejante a la de un violín. Cada quinto agujero era especial, rodeado de un medallón de oro. Otros tableros indican que se jugaba a algo semejante al ajedrez o a las damas, y era común el "Mancala." Parece que la mayor parte de los juegos de tablero se jugaban con dados, que podían tener forma de disco (así con dos lados), o de pirámide (de cuatro).

Aunque los dados estaban en uso, no se permitía el juego entre los judíos. Esto puede haber resultado del sentimiento de que los dados eran en cierta manera sagrados. El sumo sacerdote empleaba dos discos, negros de un lado y blancos del otro, que se agitaban en una bolsa que estaba en el pectoral, para discernir la voluntad de Dios (Éx. 28:30; 1 S. 28:6). Se empleaba para encontrar la parte culpable (Jos. 7:16–21), y en los tiempos del Nuevo Testamento la persona que tomó el lugar de Judas Iscariote como uno de los Doce fue elegida por suertes (Hch. 1:26). Pero puede que se trata simplemente de una reacción visceral en contra de la codicia que forma parte del juego. A ningún jugador se le permitía dar testimonio ante un tribunal. Se daba por supuesto que no era digno de confianza. Otros hacían juegos con apuestas. Los soldados se jugaron la túnica sin costura de Jesús mientras él estaba en la cruz (Jn. 19:24).

Dado hallado en Dan, al norte de Israel.



Más significativo era un juego llamado "Basileo," o "Rey." Se movía un boliche por unas marcas en el suelo en base de los resultados de arrojar unos dados. Cuando el boliche había llegado a los lugares apropiados para el revestimiento, coronación y recepción del cetro, el que había hecho la última jugada gritaba "¡Rey!" y recogía las apuestas hechas por sus compañeros. En vista de Mateo 27:27–31, está claro que los soldados en la Torre Antonia jugaron al "Rey" con Jesús, usándolo como pieza de juego, y empleando la capa de un soldado, una caña y una corona de espinas en la burla de que le hicieron objeto. (Se pueden ver marcas de este juego en las losas que recubren el Gabata en Jerusalén hasta nuestros propios días.)

Fuera de la comunidad judía, las niñas jugaban con muñecas. Los cuerpos se hacían a veces de arcilla, y el cabello de cuentas y barro. Se han encontrado algunas muñecas con agujeros en los puntos adecuados del cuerpo, haciendo aparente que fueron empleadas como títeres. También se ha encontrado mobiliario de cerámica del tamaño de casas de muñecas.

Se han descubierto en Egipto juguetes de madera para arrastrar. Estos juguetes no se usaban en la comunidad judía porque se creía que infringían el mandamiento de que no debería hacerse ninguna imagen de escultura ni ninguna semejanza. Sin embargo, se jugaba con frecuencia a juegos de "imitación." Jesús describió a los niños de su tiempo jugando a bodas y funerales por la calle (Lc. 7:32).

Huertos y jardines

Los mayores deben haber disfrutado con actividades más apacibles. Los judíos apreciaban la horticultura, pero los huertos sólo los poseían los muy ricos. Los huertos, cuando existían en las aldeas, eran para proveer comida y bebida para su propietario (Cnt. 4:13; 6:11). Los ricos podían dis-

frutar de huertos en sus patios en la ciudad, y, si no allí, podían procurárselos fuera de las murallas de la ciudad, a donde podían dirigirse al fresco de la tarde.

No había sólo un huerto en Getsemaní, sino una gran cantidad de ellos, en la parte baja del monte de los Olivos, a donde los ciudadanos ricos de Jerusalén solían ir al atardecer. El huerto en el que Jesús pasó sus últimas horas pudo haber pertenecido a José de Arimatea, que también le dio un sepulcro en un huerto (Jn. 19:38–41).

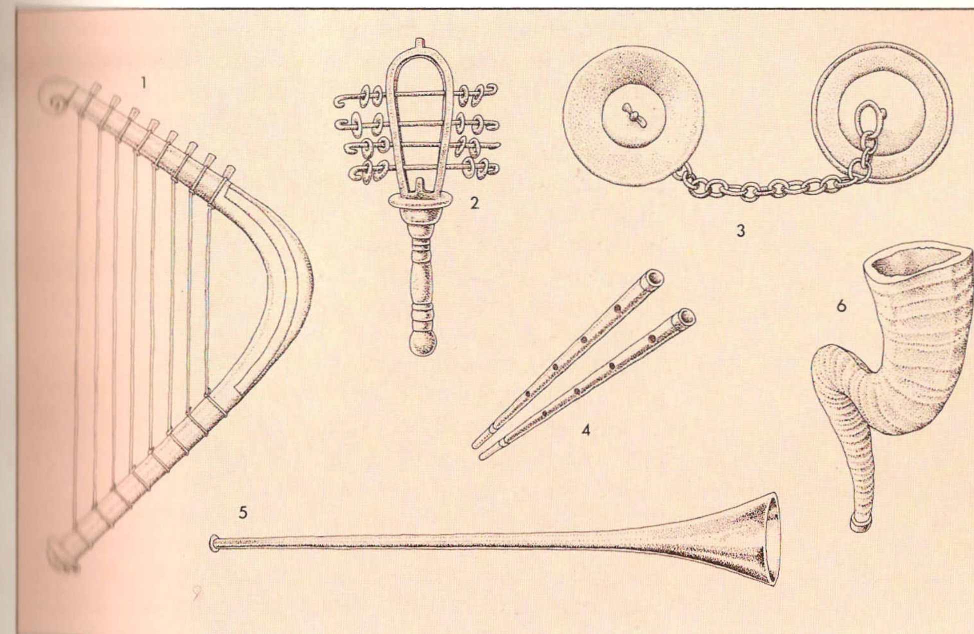
La realeza podía también permitirse magníficos jardines de placer. Los jardines eran también una característica de Babilonia (Est. 7:8) y de Roma. Se hacía abundante empleo del agua para estanques y fuentes ornamentales. Herodes se hizo un jardín así en Jericó.

Literatura y pintura

La literatura parece haber sido principalmente religiosa. Mucha de la literatura del pueblo judío ha quedado incorporada en la Biblia, pero en Números 21:14 y Josué 10:12–13 se mencionan otros libros que se empleaban en aquel entonces. Los libros se guardaban en bibliotecas y en colecciones

El huerto de Getsemaní.





Instrumentos musicales de los tiempos bíblicos.
1. Kinnor
2. Menanaim
3. Meziltaim
4. Halil
5. Hazora
6. Shofar

privadas, y no se prestaban de manera pública hasta la llegada de la cultura griega en el 300 a.C.

Se practicaba poco la pintura, debido a la prohibición de Deuteronomio 5:8: "No harás para ti . . . imagen alguna de lo que hay arriba en los cielos, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra." El impulso a la creatividad encontró su expresión en la arquitectura y en el diseño (Éx. 31:2–6) y en la construcción, aunque en estas áreas se precisó de ayuda extranjera (1 R. 5:6; 7:13–15). El punto particularmente fuerte de los judíos parece haber sido el corte de piedras preciosas y la decoración de interiores y exteriores.

Instrumentos musicales

La música formaba una parte muy importante de la vida religiosa, y los músicos habían tenido siempre gran consideración. Eran clasificados con los herreros y con los poseedores de manadas y rebaños. Jubal era reconocido como el padre de todos los que tocan arpa y flauta (Gn. 4:20–21). Por ello, encontramos muchos ejemplos de música en los tiempos bíblicos. Los instrumentos que se tocaban no son siempre de fácil identificación por medio de sus nombres hebreos, pero los siguientes instrumentos (ordenados alfabéticamente) eran los más importantes entre los que se empleaban:

El *halil* (1 R. 1:40; Is. 5:12) era una flauta hecha de madera o hueso. Recibía su nombre del verbo *halil*, que significa "agujerear." El sonido se producía por medio de una caña, y las cañas se llevaban en una bolsa. Tenía un sonido ligero, pero podía ser empleado para expresar la tristeza del duelo (Jer. 48:36). Era siempre empleado por la gente del pueblo, y nunca para el culto.

La *hazora* (Nm. 10:5) era una trompeta metálica. Las mencionadas en la Biblia se hacían de plata, pero se han encontrado también muchas de bronce. Daba un son agudo (véase 1 Co. 14:8).

El *kinnor* (1 Cr. 15:16; 2 Cr. 5:12) era un instrumento de cuerda con una forma semejante a un arpa (el mar de Galilea tiene una forma similar y recibe frecuentemente el nombre de mar de Cineret). Las cuerdas se hacían de tripa tensada de oveja. Se empleaba en el templo y en festejos (Is. 5:12), para acompañar las profecías (1 Cr. 25:1), y para cambiar el ánimo de las personas (1 S. 16:23). No sabemos cuántas cuerdas tenía ni si se usaba un plectro o púa para tocarlo.

El *menanaim* era un instrumento de percusión hecho de placas metálicas que producían sonido

Réplica de un *kinnor* procedente de Meguido, datando de alrededor del 1200 a.C.



Músico tocando el *nebel*. Obsérvese la caja de resonancia a un extremo del instrumento.





Réplica de un *nebel*, o lira.

cuando se movían. Es probable que estas placas estuvieran atravesadas por varas metálicas sostenidas en un marco de madera pareciéndose a un espejo de mano. La *sistra* egipcia era probablemente muy similar.

Los *meziltaim* eran címbalos hechos de cobre. Se tocaban en el templo (1 Cr. 15:16) para marcar los comienzos, las pausas y los finales de los capítulos que se cantaban.

El *nebel* era otro instrumento de cuerda (Sal. 71:22) con hasta diez cuerdas. La palabra *nebel* se empleaba normalmente para designar un odre o un jarro, y el instrumento puede haber recibido este nombre por tener una caja de resonancia con una forma parecida a la de un odre.

El *qeren* era un instrumento de viento hecho de un cuerno de animal. Si se trataba de un cuerno de carnero, se le llamaba *shofar*, instrumento que tenía

un importante puesto en el culto (Sal. 98:6; Sal. 150:3).

El *tof* era un instrumento de percusión con una membrana (Is. 5:12). Los tambores variaban de tamaño, y se tocaban bien con las manos, bien con palos. Los grandes eran tocados por dos personas (Éx. 15:20).

La música hebrea

Lo interesante en la música hebrea era su acento en el ritmo más que en la melodía. Había muy pocas melodías. Entre ellas existían melodías de canciones populares, y que de hecho se empleaban para cantar un número de salmos. El Salmo 22 fue compuesto para la tonada "Ajelet-sahar" ("la cierva del alba;" el Salmo 56 para "Jonath elim riholaim" ("la paloma muda entre los extraños"), y el Salmo 60 para "Shushan Eduth" ("el lirio del testimonio").

El cántico era antifonal, siguiendo un grupo a otro. En 1 Samuel 18:6 se dice que "se respondían [las cantantes] unas a otras." La naturaleza repetitiva de los salmos era de tal forma que dos grupos de personas podían cantar de esta manera. David tuvo un especial protagonismo en la recopilación del libro de los salmos que llegó a ser el himnario del templo. Incluyó algunas de sus composiciones

Las monedas judías con representaciones de la *hazora*, o trompetas metálicas (*izquierda*) y un *nebel*, o lira (*derecha*).

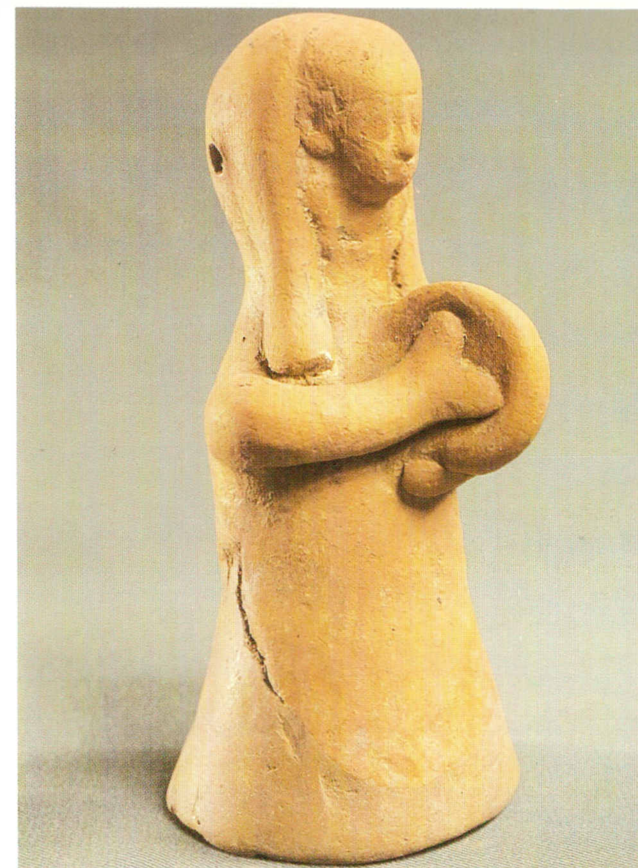


(Sal. 18, 23, 51, 57), pero recogió también otras muchas. Designó a aquellos que debían cuidarse de la música en el templo (1 Cr. 16:42; 25:6–7).

El énfasis en el ritmo indica que la danza era tan importante como la música, y éste es un énfasis que vemos al observar las referencias a la música en el Antiguo Testamento. Labán protestó afirmando que hubiera debido haberse hecho una fiesta antes que Jacob partiera con Lea y Raquel (Gn. 31:27), y Miriam dirigió una celebración con cánticos y danzas cuando hubieron pasado sanos y salvos el mar Rojo (Éx. 15:21). David danzó ante el arca al ser traída a Jerusalén (2 S. 6:14–15). Se empleaban trompetas para despertar a la gente por la mañana (Nm. 10:9), para convocar al pueblo para la guerra (Nm. 10:9), y para anunciar el jubileo (Lv. 25:8–9).



El *shofar*, o cuerno de carnero, sigue siendo empleado en el culto judío.



Figurina filistea de un músico tocando los *meziltaim*, o címbalos.

La música formaba parte también de los festejos de victoria (1 S. 18:6) y de los de la coronación de los reyes (2 Cr. 23:13). Se empleaba para crear el talante correcto para la profecía extática (1 S. 10:5; 2 R. 3:15), así como para elevar el ánimo (1 S. 16:16) y para el mero disfrute (Is. 5:12). Fue este goce el que se desvaneció de la música mientras los judíos se encontraban en el cautiverio (Sal. 137:1–5; Is. 24:8).

En tiempos de Jesús, parece que la música se empleaba también para reflejar los diversos talantes (Mt. 9:23). Cuando Jesús se refirió a niños jugando a funerales, se refirió al hecho de que cantaban endechas funerarias. Por ello, algunos traductores refieren esto también a los cánticos de esponsales (Lc. 7:32). Al hijo pródigo le hicieron una fiesta en la que había música (Lc. 15:25). Se cantaban himnos, y los judíos siempre cantaban los Salmos 115—118 en la pascua. Santiago dice que el cántico de salmos es expresión de nuestra dicha (Stg. 5:13), y sigue mencionándose la música en el libro de Apocalipsis (Ap. 5:9–10; 14:2–3).

Algunos de los himnos de la iglesia primitiva han quedado registrados en el Nuevo Testamento. Se cree que Fil. 2:5–11 y Ef. 1:3–14 son himnos. Los cristianos tomaron las palabras de María (Lc. 1:46–55) y de Zacarías (Lc. 1:67–79) y las emplearon en el culto en época temprana.

Los deportes atléticos

Los deportes de entretenimiento y espectáculo y los de participación no se desarrollaron hasta los tiempos griegos y romanos. Se habían hecho carreras en Israel (Jer. 12:5), pero no se trataba de entretenimientos. Fue la promoción de los deportes a la manera griega en el 170 a.C. que llevó a la división de los judíos entre saduceos y hasidim (véase p. 254).

Los griegos creían que era tan importante estar sano como tener instrucción. En Grecia había cuatro celebraciones de juegos: los ístmicos, los nemeanos, los pitianos y los olímpicos, siendo estos últimos los de mayor importancia, y celebrados cada cuatro años. Los juegos olímpicos se celebraban en honor del dios Zeus, y debido a que los juegos comenzaban con ofrendas a dioses y a héroes, eran en realidad festejos religiosos. A las carreras cortas seguían las largas, y luego venía el pentatlón de salto, carrera, disco, jabalina y lucha. Tambien se hacían competiciones de carros, boxeo, carreras en armaduras, y torneos entre heraldos y trompeteros.

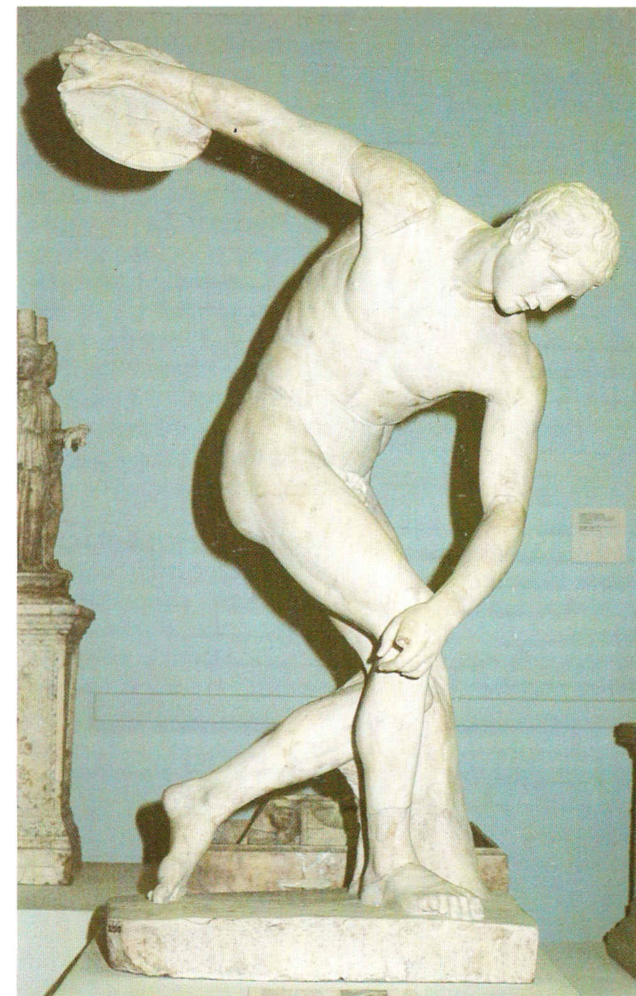
Los concursantes se entrenaban bajo rígidas normas, y treinta días antes del comienzo de los juegos se reunían bajo una estricta supervisión. Tenían que ejercitarse con regularidad, evitar lujos, y obedecer ciertas normas (1 Co. 9:25; 2 Ti. 2:5). Cuando terminaba una competición, un heraldo proclamaba el nombre del vencedor y de su ciudad, y el vencedor recibía una palma, que posteriormente pasó a ser una guirnalda hecha de hojas de un olivo sagrado (1 P. 5:4).

Los juegos olímpicos eran uno de los temas de conversación de los tiempos del Nuevo Testamento, y sirvieron frecuentemente para dar ilustraciones y metáforas (Ro. 15:30; Fil. 1:27; 3:14; 2 Ti. 4:7; He.

Modelo del hipódromo en Jerusalén, como puede haber sido en tiempos de Cristo.



Escultura romana de un discóbolo.



12:1; Jud. 3). A la vista de tales referencias, dos de las competiciones merecen una mención especial. En la lucha, el oponente tenía que ser agarrado y echado al suelo. El vencedor ponía entonces el pie sobre el cuello del caído. Esta lucha tenía una larga historia. Jacob luchó en Peniel, y en Génesis 32:24–25 se indica que no pudo vencer a su oponente según las normas. En Jueces 15:8 se emplea también un término relacionado con la lucha. En el boxeo había una diferencia entre los primeros y últimos *rounds*. En los primeros *rounds* los brazos estaban envueltos en piel blanda, y el vencedor era el primero en *noquear* al oponente. Si los espectadores se aburrían debido a que la pelea estaba demasiado igualada, los brazos de los contendientes se envolvían con cuero claveteado para llevar la lucha a un sangriento desenlace.

Deportes-espectáculo

Los deportes y entretenimientos populares fueron totalmente desarrollados por los romanos para dar satisfacción al ansia popular por las emociones y la sangre. Hasta la precipitación para conseguir plazas era una emoción fuerte; no se hicieron reservas de asientos hasta la época de Augusto. En la arena, criminales condenados luchaban contra fieras: leones, osos, elefantes y hienas, y la multitud jaleaba la lucha. Pablo dice que en Éfeso luchó contra las fieras (1 Co. 15:32), pero puede estarse refiriendo metafóricamente a las experiencias registradas en Hechos 19 (véase también 10:33).



El Coliseo, Roma. Los romanos celebraban juegos y competiciones en teatros como éste para dar entretenimiento a las masas populares.

A fin de mantener el entusiasmo de los espectadores, los primeros combatientes llevaban armadura, pero hacia el mediodía eran conducidos desnudos a la arena. Cuando Pablo escribió: "Porque según pienso, Dios nos ha asignado a nosotros los apóstoles los últimos lugares, como a sentenciados a muerte; pues hemos llegado a ser espectáculo . . ." (1 Co. 4:9), puede que estuviera refiriéndose a esta práctica.

Otras luchas-espectáculo a muerte eran las de los *gladiadores*. Se trataba de esclavos especialmente entrenados. El uso de los gladiadores se originó en conexión con funerales, a fin de despachar a los esclavos para que se fueran con sus amos, mientras que a la vez daban entretenimiento a los asistentes al funeral. Luego, los combates de gladiadores llegaron a ser un entretenimiento estatal.

Los gladiadores eran instruidos en el empleo de diferentes técnicas de lucha y sus armas correspondientes. Algunos luchaban con espadas y escudos. Otros empleaban una red y un tridente para intentar atrapar y vencer al que se le enfrentaba con espada y escudo. Un gladiador herido tenía que bajar los brazos. Si los espectadores ponían el pulgar hacia arriba, su vida era respetada; pero el pulgar hacia abajo significaba que se daba permiso a su contrincante para darle muerte. Lo más espectacular era la batalla en masa, con ochenta y cinco hombres a cada lado. El único sobreviviente recibía una corona.

Otro deporte popular era la *carrera de carros*, que tenía lugar en el hipódromo. Los aurigas eran los deportistas favoritos de la época. Daban siete vueltas (diez km. [6 millas]) al estadio, protegidos con cascos y atados a sus carros. Si se chocaba, el auriga tenía que cortar la cuerda para liberarse. Era también un gran negocio. Había ricos patronos que entrenaban a esclavos para tripular los carros y comprar los equipos, y se hacían enormes apuestas acerca del resultado de las carreras.

El teatro

El teatro era un importante edificio para las reuniones públicas además de para las represen-

taciones dramáticas (véase Hch. 19:29). Los judíos iban a contemplar muy pocos dramas y actuaban muy poco. Esto puede que se haya debido a que la parte del dramaturgo la asumía el narrador, que mantenía viva la historia de Israel. Puede también que se debiera a que los griegos convertían el teatro en un acto religioso.

Los teatros se difundieron por todo el mundo grecorromano. Los romanos los construían allí donde un accidente natural facilitaba la disposición de un auditorio en gradas sin tener que erigir un edificio levantado. El auditorio estaba dispuesto en forma de hemiciclo, alrededor de un escenario y de sus edificios. Los asientos ascendían en forma de graderío en dos grandes secciones, una inferior y la otra superior, y se clasificaban según el rango de los espectadores. Había acomodación especial para los huéspedes distinguidos. La entrada era a través de pasajes abovedados interconectados mediante corredores abovedados. Los pasajes dividían el graderío en bloques de asientos. El teatro era un espectáculo muy popular; en la ciudad de Gerasa había tres teatros.

El teatro romano de la ciudad de Escitópolis, la Bet-seán bíblica, en Decápolis.



El ocio para los turistas en el Israel actual

Ya hemos considerado lo que espera al visitante en Jerusalén (véase p. 216). Para muchos, visitar Israel ha venido a ser un medio de llenar un tiempo de ocio y de vacaciones. Las sugerencias que aquí siguen se dan para que el lector pueda disfrutar de su estancia en el país, y al mismo tiempo ver cómo sus Biblias quedan ilustradas en el entorno.

Cerca del mar Muerto

Se pueden visitar lugares cerca del mar Muerto. Desde Jerusalén se puede tomar transporte a Jericó,



El monasterio de San Jorge de Koziba en el Wadi Qilt.



deteniéndose por el camino en el mesón del buen samaritano. De hecho, se trata de un *kan* turco, pero debido a que se puede ver Jerusalén en la distancia, después de haber descendido de Jerusalén a Jericó, la historia del buen samaritano salta a la vida.

Es posible ir por el Wadi Qilt por la antigua carretera romana, y experimentar el silencio del desierto. Al final se llega al emplazamiento de la Jericó del Nuevo Testamento, que está a alguna distancia del emplazamiento de la del Antiguo. El emplazamiento de la ciudad del Antiguo Testamento es espectacular, al revelar una ciudad cananea edificada mucho antes de los tiempos de Josué.

Más al sur se puede visitar Qumrán, donde estaba situado el monasterio esenio, y desde donde se puede tener una vista de las cuevas de los rollos

del mar Muerto en la distancia. Más al sur se encuentra En-gadí, y una (calurosa) ascensión nos lleva al área en la que David se escondió de Saúl. Lo más espectacular de todo es Masada, la fortaleza herodiana en la que los zelotas presentaron su última resistencia frente a los romanos. Hay varios lugares por el mar Muerto donde uno puede bañarse, y algunos lugares además donde hay fuentes termales.

Hebrón y Beerseba

Se puede viajar hacia el sur de Jerusalén, más allá de Belén, para visitar Hebrón y Beerseba. Hebrón fue el lugar donde fueron sepultados Abraham y Sara, y sus sepulcros siguen ahí bajo un edificio que ha sido convertido en mezquita, parte del cual fue construido originalmente en tiempos herodianos (la cueva de Macpelá). Beerseba es una moderna ciudad de cemento en una zona de verdes campos. Es una maravillosa ilustración del cumplimiento de la promesa de que el desierto florecerá como la rosa, porque este desarrollo agrícola ha tenido lugar sólo recientemente.

Más al sur hacia el desierto se encuentran las antiguas ciudades nabateas de Avdat y Shivta. En Shivta se puede andar vagando por antiguas calles,

Unas murallas herodianas rodean la cueva de Macpelá, en Hebrón.





Iglesia de San Pedro, en Jaffa, la Jope bíblica.

pisar en viejos lagares, y hallar las ruinas de diques que en viejos tiempos embalsaban las aguas en los wadis. Ein Avdat es una maravilla natural en la que se puede descender a una garganta y caminar por ella. Por el camino de vuelta, puede uno detenerse cerca de Belén, en el "pozo de Felipe," donde se cree que Felipe bautizó al etíope. También se pueden ver cerca de Belén los estanques de Salomón, que suministraban mucha del agua de Jerusalén en la antigüedad.

La costa mediterránea

En la costa occidental hay varios lugares interesantes que visitar. Si uno se acerca por Quiriat-jearim, se puede ver donde el arca reposó en su camino hacia Jerusalén y uno de los posibles emplazamientos de Emaús. Luego se puede atravesar el valle de Ela, donde David luchó con Goliat, y recoger guijarros del lecho del arroyo. Las ruinas más antiguas en Ascalón, en la costa, son romanas, pero este nombre nos evoca las historias de los filisteos. Más al norte Jope (Jaffa) tiene una atmósfera muy peculiar, con una iglesia que conmemora la historia de Cornelio.

El Israel Moderno

LÍBANO
Monte Hermón
SIRIA
Banias
Hazor
Acre
Safed
Capernaum
Mar de Galilea
Haifa
Tiberias
Monte Carmelo
Nazaret
Meguido
Cesarea
Bet-seán
Nablus
JORDANIA
Río Jordán
ISRAEL
Tel Aviv
Jaffa
Amán
Jericó
Madaba
Quiriat-jearim
Jerusalén
Qumrán
Belén
En-gadí
Hebrón
Mar Muerto
Masada
Beerseba

Tel Aviv no tiene ningún interés por lo que respecta a la antigüedad bíblica, pero el visitante que cree que el resurgimiento de Israel está predicho en la Biblia se deleitará con una ciudad atractiva y moderna. El único interés bíblico acerca de Haifa está en que se levanta sobre el monte de Elías, el Carmelo, pero también es una ciudad atractiva.

El lugar de supremo interés en la costa es Cesarea. Este lugar está dominado por las ruinas de la ciudad de las cruzadas, pero hay muchos restos romanos (como, por ejemplo, el acueducto y el teatro), y su playa es a donde llegó Pablo en su último viaje a Jerusalén.

La ribera occidental

Al norte de Jerusalén se puede seguir la ruta a Galilea a través de Samaria. Se puede visitar Betel, aunque hay poco que ver allí. En Nablus (Siquem) se puede ver aún el "pozo de Jacob" en la cripta de una iglesia Ortodoxa Rusa, y se puede beber de su agua. La iglesia misma nunca fue acabada, porque estaba en construcción en tiempos de la revolución rusa en 1917. Desde el jardín fuera de ella se puede contemplar el monte Gerizim y el monte Ebal y recordar el antiguo pacto entre Dios e Israel, y el relato de Jesús en el pozo con la samaritana.

El emplazamiento de la Siquem bíblica, la moderna Nablus.





El foro romano, Samaria.

Más allí se encuentra Samaria, esto es, las ruinas de la ciudad romana, con un excelente foro y un teatro. Se pueden ver aún algunas de las murallas de los tiempos del rey Acab. Al entrar en el área meridional de Galilea hay muchos lugares a visitar de los tiempos de los jueces, de Saúl, y de David. Ein Harod es donde se detuvo Gedeón antes de la batalla contra los madianitas. El agua está llena de sanguijuelas, por lo que, al igual como Gedeón, uno tiene que tener cuidado cómo bebe el agua. El monte Gilboa, detrás, es donde Saúl y Jonatán libraron su última batalla, y Bet-seán (que también tiene un espectacular teatro romano además del antiguo tell) es el lugar al que fueron llevados los cuerpos de Saúl y de Jonatán.

El mar de Galilea

El mar de Galilea mismo está en campo abierto de una manera totalmente diferente de lo que era en tiempos del Nuevo Testamento. Entonces había muchas ciudades alrededor del lago, y las colinas eran boscosas. Hoy día se puede tomar una barca desde Tiberias al otro lado del lago, a un lugar debajo de la antigua ciudad de Hippos, donde hay



Arriba: **Detalle de aves encontradas en el mar de Galilea, procedentes del mosaico en el piso de la Iglesia de la Multiplicación de los Panes y de los Peces, Tabgha.**

Derecha: **La Iglesia de las Bienaventuranzas, cerca de Capernaúm.**

un restaurante de un *kibbutz* que sirve pescado de San Pedro. Dirigiéndose al norte por la costa occidental del lago, se pasa por Magdalá (la ciudad de María). Después de cruzar la pequeña llanura de Genesaret se puede subir al monte donde se pronunciaron las Bienaventuranzas.

La mayor parte de los lugares en esta zona están conmemorados por iglesias, todas ellas sencillas, hermosas y distintivas. La Iglesia de las Bienaventuranzas, que se encuentra en unos campos por encima de la ribera del lago, es un buen ejemplo de ellas. En la misma costa del lago se encuentran dos iglesias de Tabgha. Una de ellas conmemora la alimentación de los cinco mil, y tiene encantadores mosaicos de vida de aves de los tiempos del Nuevo Testamento; la otra conmemora aquella aparición de Jesús después de Su resurrección en la que preparó comida para los discípulos.

Más allá se encuentra la "Bahía del Sembrador," donde Jesús enseñó desde la barca de Pedro, y las ruinas de Capernaúm. Lo más interesante de este lugar es la sinagoga: no la de tiempos de Jesús, sino la que le sucedió. Sin embargo, un guía enseñará muchos restos de la localidad que se remontan al tiempo en que era "su ciudad."

Nazaret

Al oeste de Galilea se encuentra Caná (donde una iglesia recuerda a los visitantes la historia del



Arriba: El monte Tabor se levanta espectacularmente sobre el valle de Esdraelón.

Izquierda: La Iglesia de la Anunciación, Nazaret.

agua convertida en vino) y Nazaret. Nazaret es una población activa, populosa, polvorienta y muy ruidosa. Está dominada por la basílica de la Anunciación. Algunos piensan que es una de las más hermosas iglesias del mundo; a otros no les gusta. De todas maneras, no puede olvidarse. La iglesia está construida sobre lo que se cree había sido la cueva debajo del hogar de José y María.

También se pueden ver una antigua sinagoga y una cisterna de agua, y la fuente en la calle principal les recuerda a los visitantes la recogida de agua por parte de María para las necesidades de cada día, aunque la verdadera fuente se encuentre en una iglesia a cierta distancia.

Cerca de Nazaret se levanta el monte Tabor. Una visita a la montaña hace ver por qué fue escogida como punto de convocatoria para Débora y Barac. El monte Tabor convence a otros de que fue el lugar donde tuvo lugar la transfiguración. La iglesia en la cumbre tiene un maravilloso mosaico de oro, que es iluminado por los rayos del sol a través de la ventana occidental al final del día, y que les recuerda a los visitantes la misma transfiguración.

Meguido y Acre

Más lejos hacia el oeste se encuentra Meguido. Los visitantes pueden atravesar el portal de Sa-

lomón, ver sus establos y edificios, contemplar el lugar alto de la religión cananea, y caminar por un túnel subterráneo hasta la fuente de agua para la ciudad. Por debajo del emplazamiento de la ciudad se encuentra el valle de Armagedón. Es un lugar espectacular, digno de verse.

Cerca de allí se encuentra Bet She'arim, un santuario judío. Fue a este lugar que fue desterrado el sanedrín después de la definitiva destrucción de Jerusalén, y se pueden observar las catacumbas del centro. Es un sitio hermoso, con un huerto donde hay una antigua prensa de aceite y una sinagoga.

Volviendo a la costa nos encontramos con Acre (Akko). Aunque el interés de esta ciudad es más acerca de las cruzadas que bíblico, es inolvidable la visita a lo que ha venido a ser la ciudad subterránea de las cruzadas. No se debe olvidar que las cruzadas fueron un importante elemento en la historia de la



Entrada a una de las catacumbas talladas en la roca en Bet She'arim.



En estos nichos cortados en la roca en Banias, la Cesarea de Filipos mencionada en la Biblia, había antiguamente estatuas de *Pan*.

Tierra Santa, y se pueden ver espectaculares restos por todo el país. El castillo de Belvoir, por encima del valle del Jordán justo al sur del mar de Galilea, y el castillo de Nimrod, cerca del monte Hermón, dan una buena impresión de la destreza de las cruzadas en ingeniería y construcción.

La Galilea septentrional

En la Galilea septentrional hay varios lugares que vale la pena visitar. Safed (Zefat) es el lugar al que comenzaron a volver los judíos a Tierra Santa durante las persecuciones en Europa contra los judíos. Se pueden visitar antiguas sinagogas y los turistas pueden también disfrutar con la visita de los estudios de los artistas en el barrio que han ocupado. Safed tiene un bello emplazamiento entre los montes. Es un ejemplo de "una ciudad asentada sobre un monte que no se puede esconder."

Más al norte se encuentra Hazor, la ciudad más grande de los tiempos cananeos, y hoy en día, arqueológicamente hablando, el emplazamiento más bien expuesto, con un excelente museo que exhibe muchos aspectos de la religión cananea; Banias (Cesarea de Filipos), una de las fuentes del Jordán, donde Pedro hizo su gran confesión de fe; Tell Dan,

una deliciosa reserva natural y emplazamiento de un antiguo santuario que fue levantado en oposición al templo de Jerusalén; y el monte Hermón, que algunos creen es el monte de la transfiguración. Es un área hermosa, con esquí en invierno y un hermoso lago circular (Birket Ram) que llena el cono de un antiguo volcán.

Al este del Jordán

Vivimos en una era en la que las actividades del tiempo de ocio incluyen los viajes a la mayor parte de los lugares del mundo. Israel tiene probablemente más historia, belleza y significado dentro de su pequeña área que la mayor parte de países. Una visita a Israel no sólo ilustra mucho de la Biblia, sino que le da nueva vida en el sentido de que leer una historia en la Biblia acerca de un lugar adquiere un significado personal cuando uno lo ha visitado, lo que un mero lector nunca experimenta. Pero no se debe olvidar nunca que la Tierra Santa no se termina en el río Jordán.

Al este del río Jordán se encuentra el Reino de Jordania, siempre dispuesto a dar la bienvenida a los visitantes. No hay muchos lugares, pero vale la pena el tiempo dedicado. La capital Amán es la antigua Amón de los amonitas. En tiempos del Nuevo Testamento era llamada Filadelfia, una ciudad romana de la Decápolis. Se pueden visitar la ciudadela amonita y el teatro romano.

Al sur de Amán está Madaba (con una iglesia en la que hay un maravilloso mapa en mosaico de Jerusalén y de la Tierra Santa en el siglo III d.C.) y el Camino Real a través del desierto, que pasa al lado de la fortaleza cruzada de Kerak y llega hasta la ciudad nabatea de Petra. Petra es probablemente uno de los más maravillosos lugares del mundo, una ciudad aislada en el tiempo en un retirado valle de un color rosa-rojizo. Cerca de Madaba se encuentra el lugar sobre el monte Nebo donde Moisés murió tras haber contemplado al otro lado la tierra prometida. Al norte de Amán se encuentra Jerash, otra ciudad de la Decápolis que está casi tan bien preservada como Pompeya, y a la que se llega cruzando el río Jaboc, donde Jacob tuvo su lucha.

Es de esperar que esta breve guía aliente al lector a ir a la tierra de la Biblia, y le dé una cierta idea de qué buscar cuando examinen los folletos de giras turísticas. Se precisa de unas tres semanas sin tregua para ver las cosas adecuadamente, y para absorber todo lo que hay que ver y experimentar.

Religión

Los cuatro primeros relatos de la Biblia dicen por qué Dios tuvo que actuar para salvar a la humanidad. La historia de la creación (Gn. 1) nos dice que vivimos en el mundo de Dios, en el que operan Su gobierno y leyes. Cuando las normas son quebrantadas, como en el segundo relato de Adán y Eva, resulta la separación de Dios. Los resultados del pecado y de la separación se hacen claros en las otras historias. El pecado atrae el juicio de Dios (Gn. 6—8; véase especialmente 6:5) y caos social (Gn. 11:1–9), al quedar los seres humanos alienados entre sí.

Estos relatos dan la razón de todo lo que sigue. En su amor hacia la humanidad, Dios como Creador quiso restaurar la humanidad para que llegara a ser todo lo que Él había querido. Para llevar esto a cabo fue necesario que Dios tratara con el pecado humano. Dios entró en el mundo como ser humano en la persona de Jesús. Habiendo entrado en el mundo, nos vino a ser ejemplo de cómo vivir. Jesús dijo: "Porque os he dado ejemplo, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis" (Jn. 13:15). Dejó que lo llevaran a la muerte, aunque era inocente, a fin de que como Dios y Hombre tomara sobre sí el castigo por los pecados de todo el mundo. Pedro lo expresa así: "Quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero" (1 P. 2:24); y Pablo escribió: "cancelando el documento de deuda en contra nuestra, que consistía en ordenanzas, y que nos era adverso, quitándolo de en medio y clavándolo en la cruz" (Col. 2:14).

Jesús murió y resucitó a fin de que le fuera posible a Él morar en nosotros por Su espíritu y vencer la muerte por nosotros. Pero también Jesús ayuda a los que creen en Él para que venzan la tendencia hacia el pecado que se encuentra en lo más interno de cada ser humano: "Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección" (Ro. 6:5). El problema era cómo llegar desde la necesidad del hombre al principio del tiempo hasta aquel punto temporal en que, en Jesús, serían suplidas estas necesidades.

Una relación de pacto

En los tiempos del Antiguo Testamento Dios eli-

gió entrar en una estrecha relación primero con un individuo, y luego con su familia inmediata, y finalmente con sus descendientes, a fin a prepararlos gradualmente para su venida personal y para una relación más estrecha que la que había sido posible hasta entonces. Abraham fue el hombre (Gn. 12:1–2), y la relación de pacto concertada con Abraham y su familia (Gn. 15:9–18) fue renovada con su nieto Jacob (Gn. 28:13–15) y con Moisés (Éx. 3:6; 24:3–8).

Es bastante común oír decir a los cristianos que el cristianismo no es tanto una religión como una relación. Generalmente no somos muy conscientes de que era exactamente lo mismo en el caso del pueblo judío. Dios no fundó una religión judía, sino que entabló una relación con su pueblo mediante un pacto. Parece que durante el tiempo de Moisés, cuando la religión era cosa de importancia en las naciones circundantes, Dios dio a los judíos una religión cuidadosamente diseñada que les sería de ayuda para sustentar la relación del pacto. En consecuencia, la religión del pueblo judío era totalmente diferente de la de las naciones coetáneas.

Debido a que Dios empleó la religión judía para preparar el camino para Jesús, el judaísmo no se mantuvo estático, sino que fue desarrollándose. Los judíos entraron en contacto con las religiones coetáneas, y por ello su religión se desarrolló mediante la reacción a e interacción con ellas. Así, los lugares santos, los días santos, las personas santas y los acontecimientos santos devinieron parte de la fe judía, pero todo no iba como Dios había deseado que fuera. Lo mismo que el mandamiento permitiendo el divorcio, el culto judaico parece haber sido una acomodación a la debilidad humana (Mt. 19:8). Dios quería un corazón quebrantado y un espíritu contrito más bien que sacrificios (Sal. 51:17), justicia más que días de fiesta (Am. 5:21–24), y en lugar de ofrendas de carneros y de aceite quería personas que fueran justas, que amaran la bondad y que caminaran humildemente delante de su Dios (cp. Mi. 6:8).

La ley que proveía a los rudimentos de un sistema religioso nunca había sido dada con la intención de que fuera un fin en sí misma, sino que tenía la intención de revelar la magnitud de la necesidad humana (Ro. 3:19; 7:5, 7–9) a fin de que fuéramos llevados a Cristo (Gá. 3:24–25). Tenía el propósito de ser un medio para mostrarnos el tipo de vida que Dios quería que viviésemos por medio del poder de Su Espíritu (Ro. 8:4). Y ahí residió el conflicto entre Jesús y los líderes religiosos judíos de aquel tiempo. Por ello, la religión de los judíos tuvo un puesto importante en el plan de Dios, pero nunca con judíos tuvo un puesto importante en el plan de Dios, pero nunca con vistas a ser un fin en sí misma. Era un medio de sustentar la relación del pacto hasta que llegara el mismo Dios.

La religión asiria

Había poca o ninguna relación entre la religión de Israel y las antiguas religiones de los asirios (donde Abraham experimentó por primera vez la religión) o de los egipcios. Es cierto que, quizá con la esperanza de que pudieran darle una cierta protección, Raquel hurtó los dioses domésticos de su padre (Gn. 31:19). Sin embargo, aunque posteriormente Jacob enterró aquellos ofensivos artículos, ídolos así fueron reapareciendo en sucesivas ocasiones en la historia posterior (Gn. 35:4; Jue. 17:5; 1 S. 19:13; 2 R. 23:24; Zac. 10:2).

Las referencias en Zacarías 10:2 y Ezequiel 21:21 indican que los dioses domésticos se empleaban en adivinación, lo que fue siempre una característica de la religión de Asiria; y el hecho de que pudieran ser ocultados en los aparejos de los camellos (Gn. 31:34) indica que eran pequeños. Sin embargo, no se ha hallado todavía ningún resto que nos pueda indicar cómo eran aquellos ídolos. Por ello, se ha sugerido que eran de materiales susceptibles de putrición, o que serían identificados como alguna cosa distinta. Algunos académicos han llegado a sugerir que se trataba de muñecos de trapo o de cabezas de niños momificadas.

En la antigua Mesopotamia, se creía en las familias de los dioses. Anu era el rey del cielo y estaba muy remoto. Su hijo, Enlil, gobernaba sobre la superficie de la tierra y era tratado como el rey de los dioses. Ishtar era la esposa de Anu y era la diosa de la guerra y del amor. Cada dios tenía un templo principal a donde se dirigía la gente en tiempos festivos.

Los dioses mismos y la fantástica mitología que se empleaba para describir acontecimientos como los de la creación, eran muy diferentes de la religión de los judíos. En el relato babilónico de la creación, por ejemplo, Tiamat, el océano primordial, dio nacimiento a la tierra seca (Ki) y al cielo (Anu), y todos los dioses descendían de Ki y de

Anu. El océano decidió destruirlos a todos, pero fue al final vencido por el joven dios Marduc. Marduc hizo la tierra de la mitad del cuerpo de Tiamat, y el cielo de la otra mitad. Durante la batalla fue destruido el ayudante de Tiamat, Kingu, y la humanidad fue hecha de la sangre de Kingu mezclada con barro.

La religión egipcia

Uno podría esperar encontrar algún tipo de influencia procedente de la religión egipcia, y ello particularmente por cuanto José se casó con Asenat, que era hija de un sacerdote (Gn. 41:50), y debido a que el pueblo judío había estado en Egipto durante tanto tiempo (Éx. 12:40–41). Pero parece que los judíos habían permanecido totalmente separados de los egipcios. Jacob aceptó a los dos hijos de José en la familia (Gn. 48:5–6), y los descendientes de José identificaban al Dios que ellos adoraban con el de Jacob (Israel), y no con ningunos de los de Egipto (Éx. 5:1). Por ello, no aparecen trazas del politeísmo egipcio, que incluía a Ra (el sol), a Yeb (la tierra), a Tot (la luna), a Apis (el Nilo) y a Amón (el dios de los poderes ocultos). No se hace mención de los animales que estaban relacionados con los dioses, y cuya forma frecuentemente tomaba su lugar en el arte coetáneo (Tot y el ibis, Apis y los toros, Horus y los halcones).

Se creía que los dioses de Egipto eran como seres humanos, y en sus enormes templos, a los que se prohibía entrar a la gente ordinaria, los sacerdotes los alimentaban, lavaban y vestían, y los sacaban fuera en los días festivos. Nada podía ser más diferente del Dios de Israel. Aunque los judíos creían en alguna clase de vida tras la muerte (eran "reunidos" con su "pueblo," Gn. 49:29, 33, y el cuerpo de José fue momificado, Gn. 50:26), parece que era poco lo que había de común entre la creencia egipcia de vida tras la muerte y la de los judíos. Los egipcios creían que el alma iba a través de los atrios de la muerte, y que necesitaba de subsistencia para el viaje hasta que llegara a los atrios del juicio.

La religión cananea

Por ello, parece extraño que la religión cananea tuviera tanta atracción para el pueblo judío, conduciéndolos al caos espiritual que atrajo sobre ellos el juicio de Dios. La religión cananea era un elaborado sistema que resultó de la necesidad de

asegurar cosechas regulares en unas condiciones climáticas inciertas. Aunque el panteón de los dioses estaba presidido por El, el dios vital era Baal, que era el dios de la tormenta, de los manantiales y del agua. (Hay referencias a Baal en Jue. 2:13; 1 R. 16:31, Jer. 19:5, y muchos otros lugares.)

Se creía que las precipitaciones lluviosas del invierno y la sequía del verano indicaban que Baal había muerto, y que había necesidad de volverlo a la vida mediante ritos mágicos. (El llanto por Tamuz, una deidad babilónica, era similar. Se creía que las lágrimas humanas podrían ayudar al dios a volver a traer la lluvia; Ez. 8:14.)

De manera similar, los cananeos creían que se podía ayudar a los dioses a dar fertilidad al suelo si los humanos se fertilizaban entre sí en los lugares de culto. Por ello, había unas crudas prácticas sexuales en nombre de la religión. Cada santuario cananeo tenía sus propias prostitutas para este fin. Cada santuario estaba dominado por un poste de madera, o asera, que simbolizaba el principio sexual femenino en el nombre de la diosa Asera, y por una piedra derecha, o *mazzebah*, que simbolizaba la sexualidad masculina.

Los cananeos creían que los dioses podían ser persuadidos, e incluso obligados, por medio de ritos mágicos. Esto llevó al extremo de los sacrificios de niños. Se edificaban santuarios a los dioses en montículos artificiales, o "lugares altos," frecuentemente situados en cumbres, en la creencia de que ello acercaba físicamente a los adoradores a los dioses. La asimilación a la religión cananea fue un proceso constante, y en tiempos de Elías este profeta creía que los verdaderos adoradores del Dios de Israel estaban en franca minoría (1 R. 19:10).

La razón de que la religión cananea ejerciera una atracción tan poderosa se debía probablemente a que cuando los judíos llegaron a Canaán descubrieron que ellos tenían una forma relativamente inferior de cultura. No sabían cómo construir, cómo expresarse artísticamente, y ni siquiera cómo cultivar adecuadamente, porque provenían de una civilización seminómada. Los cananeos, en comparación con ellos, pertenecían a una civilización sofisticada y llena de éxito, y parecían saber lo que se debía hacer para asegurar buenas cosechas. Cuando estos sentimientos de inferioridad iban ayudados y apoyados con excusas para la licencia sexual, no es difícil comprender por qué la religión cananea tenía una influencia tan grande.

El desierto de Judea. Los patriarcas frecuentemente tuvieron sus encuentros con Dios en lugares solitarios y poco prometedores.

Leyes santas

En contraste al trasfondo acabado de considerar, la religión judía se desarrolló con su propia santa ley, sus santos lugares, sus santas ocasiones, objetos santos, y ritual santo. La ley (la Torá), ya ha sido considerada (p. 81), y era un punto clave de la religión judía. Era una guía a una buena relación con Dios y con los semejantes. Torá significa "guía" e "instrucción." La ley no era siempre perfecta. Jesús, por ejemplo, dijo que las leyes del divorcio habían sido dadas "por la dureza de vuestros corazones" (Mt. 19:8). Al mismo tiempo la Torá revelaba el carácter de Dios: Su santidad, Su justicia y Su bondad. Era posible ver cómo era Dios por el comportamiento que Él demandaba.

Lugares santos

En los tiempos patriarcales, los lugares santos eran aquellos en los que se había podido tener un encuentro con Dios, y tales lugares fueron marcados con un altar y un sacrificio. Cuando Abraham dejó Harán dirigiéndose a Canaán, y se detuvo en Siquem, Dios se le apareció y le dijo que la tierra estaba prometida a sus descendientes. Luego, Génesis 12:7 registra que Abraham "edificó allí un altar a Jehová, quien se le había aparecido." También se edificaron altares en Betel (Gn. 12:8) y Hebrón (Gn. 13:18), y Jacob renovó el altar de Bet-el (Gn. 35:1).

Estos lugares vinieron a ser lugares santos para la familia. Jacob sepultó bajo un árbol en Siquem los dioses domésticos que habían sido hurtados de la familia de Labán (Gn. 35:4), y Hebrón vino a ser el lugar de sepultura para miembros de la familia (Gn. 23:19; 25:9; 49:29–31). José fue sepultado en Siquem (Jos. 24:32). Este mismo principio fue el seguido hasta el tiempo del templo en Jerusalén (Éx. 20:24), por lo que Gedeón efectivamente hizo un sacrificio sobre un altar cuando el ángel del Señor se le apareció (Jue. 6:19–21), y lo mismo hizo Manoa (Jue. 13:19–20).



El tabernáculo. Obsérvese el altar para los sacrificios, la fuente de bronce, y la entrada, cerrada con un cortinaje, al mismo tabernáculo.

El tabernáculo

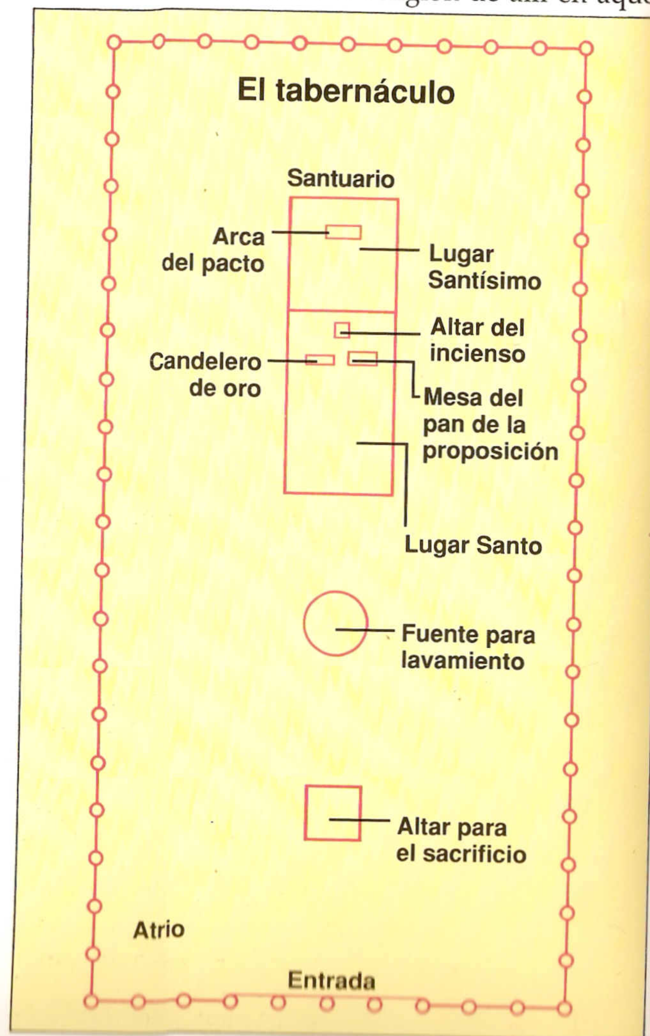
Además de los lugares sagrados en los que Dios se había revelado, se estableció un lugar central de culto. Durante el período del éxodo podía describirse como un templo-tienda de campaña, una estructura de gran utilidad para una gente que estaba o bien desplazándose, bien acampada en el área de Cades-barnea (Nm. 13:26—14:38). El templotienda de campaña era conocido como el tabernáculo.

El santuario central estaba hecho de planchas de madera derechas, doradas y sustentadas mediante un sistema de tirantes, espigas y pesadas basas de plata puestas sobre el suelo. Esto constituía una estructura de tres lados de treinta codos (15 m. [45 pies]) de longitud y quince codos (7 m. [22 pies]) de anchura, abierta al cielo y en su extremo oriental. Quedaba cubierta con cortinajes de lino blanco, bordados con figuras de querubines, que estaban protegidos por capas sucesivas de cilicio, pieles de carneros teñidas de rojo, y pieles de cabra (Éx. 26:1–30).



Dentro, la estancia de treinta codos de longitud estaba dividida en dos por medio de un cortinaje colgando de pilares dorados para formar un "Lugar Santísimo" (de diez codos por diez codos por diez codos), y un "Lugar Santo" largo. Se colgaba un cortinaje de material similar a la entrada para impedir que los ojos de los curiosos pudieran ver el interior (Éx. 26:1–36). El arca del pacto (Éx. 25:10–22) estaba situada en el Lugar Santísimo, y la mesa del pan de la proposición (25:23–30), el candelero de oro (25:31–40), y el altar de incienso (30:1–10) estaban en el Lugar Santo. Fuera del tabernáculo mismo se encontraba un altar para el sacrificio (27:1–8) y una gran fuente o pila de bronce para los lavamientos para la purificación ceremonial (30:17–21).

Una característica de la religión de allí en aquellos tiempos era que el espacio alrededor del santuario central o altar era santo, lo mismo que el mismo santuario. A Moisés se le recordó que el terreno alrededor de la zarza ardiendo era santo (Éx. 3:5). Por ello, el santuario era separado del mundo exterior mediante un gran atrio. El atrio del tabernáculo tenía cien codos de longitud y cincuenta codos de anchura, y se formaba mediante la erección de un cercado de lino de cinco codos de altura, suspendida entre postes dorados. Los postes mismos estaban sostenidos con vientos y estacas como las de las tiendas, y sus bases quedaban fijadas en pesadas basas de bronce. Se entraba en el atrio a través de unos colgantes bordados que se encontraba en el extremo oriental (Éx. 27:9–19).



Plano del tabernáculo y de su atrio.



El desierto del Sinaí.

El templo

Cuando los judíos se asentaron en el territorio cananeo el tabernáculo fue instalado de manera más permanente en Silo (Jos. 18:1; Jue. 18:31). Era lo suficientemente permanente como para ser llamado un templo, para que Samuel y Elí tuvieran estancias en él, y para que pudieran abrirse y cerrarse las puertas de entrada (1 S. 3:2, 15). Incluso después que los filisteos destruyeran Silo, se apoderaran del arca del pacto y la devolvieran a los judíos por vía de Bet-semés (1 S. 6:1–10) y Quiriat-jearim (1 S. 7:2), seguía estando en una especie de tienda de campaña-templo (2 S. 6:17; 7:2), permaneciendo allí hasta que Salomón edificó un templo permanente.

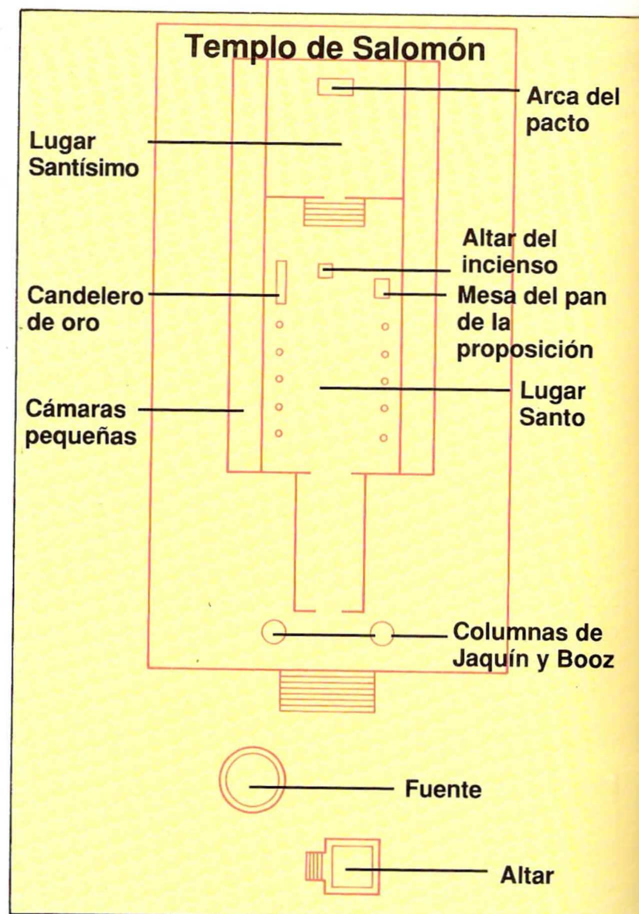


Templo de Salomón. Obsérvese la enorme fuente soportada sobre las espaldas de doce toros de bronce, y las columnas, llamadas Jaquín y Booz.

El templo de Salomón

El templo de Salomón seguía las grandes líneas del tabernáculo. Era un edificio en dos secciones principales en el que se encontraban el arca del pacto y los otros objetos sagrados: la mesa, el candelero, y el altar del incienso. Pero había diferencias. Toda la estructura estaba hecha de piedra recubierta de madera y de metales preciosos, y se encontraba sobre una plataforma levantada a la que se accedía por unos peldaños. Se había construido un pórtico de entrada delante del edificio, y el edificio mismo estaba flanqueado por tres pisos de estancias pequeñas que podían emplearse como almacenes, oficinas, y para alojamientos de personas. El templo era dos veces más grande que el tabernáculo, pero no era muy impresionante, siendo de piedra sin aditamientos y con una longitud de alrededor de treinta y cinco metros (cien pies). Más impresionantes eran los objetos sagrados inmediatamente delante del pórtico.

Plano del templo de Salomón



Se entraba al pórtico mismo entre dos columnas libres que recibían los nombres de Jaquín y Booz. Delante del pórtico se encontraba una enorme fuente apoyada sobre los lomos de doce toros de bronce y conteniendo unos 40.000 litros (diez mil galones) de agua. También delante del pórtico se encontraba un gran altar de tres pisos que actuaba como incinerador de los sacrificios. Tenía unos cinco metros (quince pies) de altura (1 R. 6; 7:15–51). También este templo estaba situado en un gran atrio.

Otros santuarios

El templo estaba establecido como el único santuario de todo el pueblo judío (Dt. 12:11; 1 R. 8:29), pero había además otros centros de culto. Jeroboam, rey de Israel, el reino del norte, estableció santuarios basados en tronos para Dios con forma de toro, en los extremos septentrional y meridional de su reino (véase 1 R. 12:25–30).

Además de estos lugares santos ilícitos había también muchos otros. Algunos tenían asociaciones con la revelación de Dios, como Siquem, que Jeroboam hizo capital de su reino (1 R. 12:25), pero otros parecen haber sido establecidos a capricho del pueblo. Los judíos habían entrado en un país en el que los dioses cananeos eran adorados en lugares altos, y fue cosa fácil para los judíos adoptar estos lugares para el culto de Dios. Y en ocasiones, como en el caso del padre de Gedeón, ni siquiera se molestaban en adorar al Dios de Israel (Jue. 6:25–32).

Se establecieron otros lugares para dar culto al Dios de Israel, pero lo fueron de una manera sumamente irregular (Jue. 17:3). Jueces 17 describe un santuario con una escultura en el que un levita actuaba como sacerdote, y allí se nos dice cómo el levita fue secuestrado y como el contenido del santuario fue saqueado por miembros de un grupo tribal que querían establecer su propio santuario. Ezequías y Josías (2 Cr. 31:1; 34:1) estuvieron involucrados en reformas radicales que conllevaban la eliminación de estos lugares ilícitos, con el objeto de centralizar el culto en Jerusalén (2 R. 18:22; 2 Cr. 34:3–7). Pero no podía haber una reforma real sin purificación, y ésta fue conseguida mediante las experiencias del exilio.

La reconstrucción del templo

Cuando se terminó el exilio y los judíos recibieron permiso para volver a su país y reconstruir su templo bajo el patrocinio del emperador de Persia (Esd. 1:3), se pusieron bajo el caudillaje de Zorobabel. Después de considerable oposición y tropiezos, el templo quedó reconstruido. Aunque no tenía la misma gloria que el templo de Salomón (Esd. 3:12–13; Hag. 2—3), parece haber sido muy similar. Fue construido de manera muy semejante al templo de Salomón (Esd. 5:8; 6:4; cp. 1 R. 6:36; 7:12) y había cámaras alrededor de la estructura en las que se podían almacenar artículos (Esd. 8:29) y donde se podían alojar personas (Neh. 13:4–9).

Duró medio milenio hasta el tiempo de Herodes el Grande. Durante este período fue descrito por varias personas que lo observaron personalmente. Parece que el atrio principal del templo estaba ahora dividido por una "pared del atrio interior del santuario," más allá de la cual sólo podían ir los judíos.

Derecha: **El interior de una sinagoga en tiempos de Cristo. Obsérvese al fondo el armario conteniendo los rollos de la Ley.**

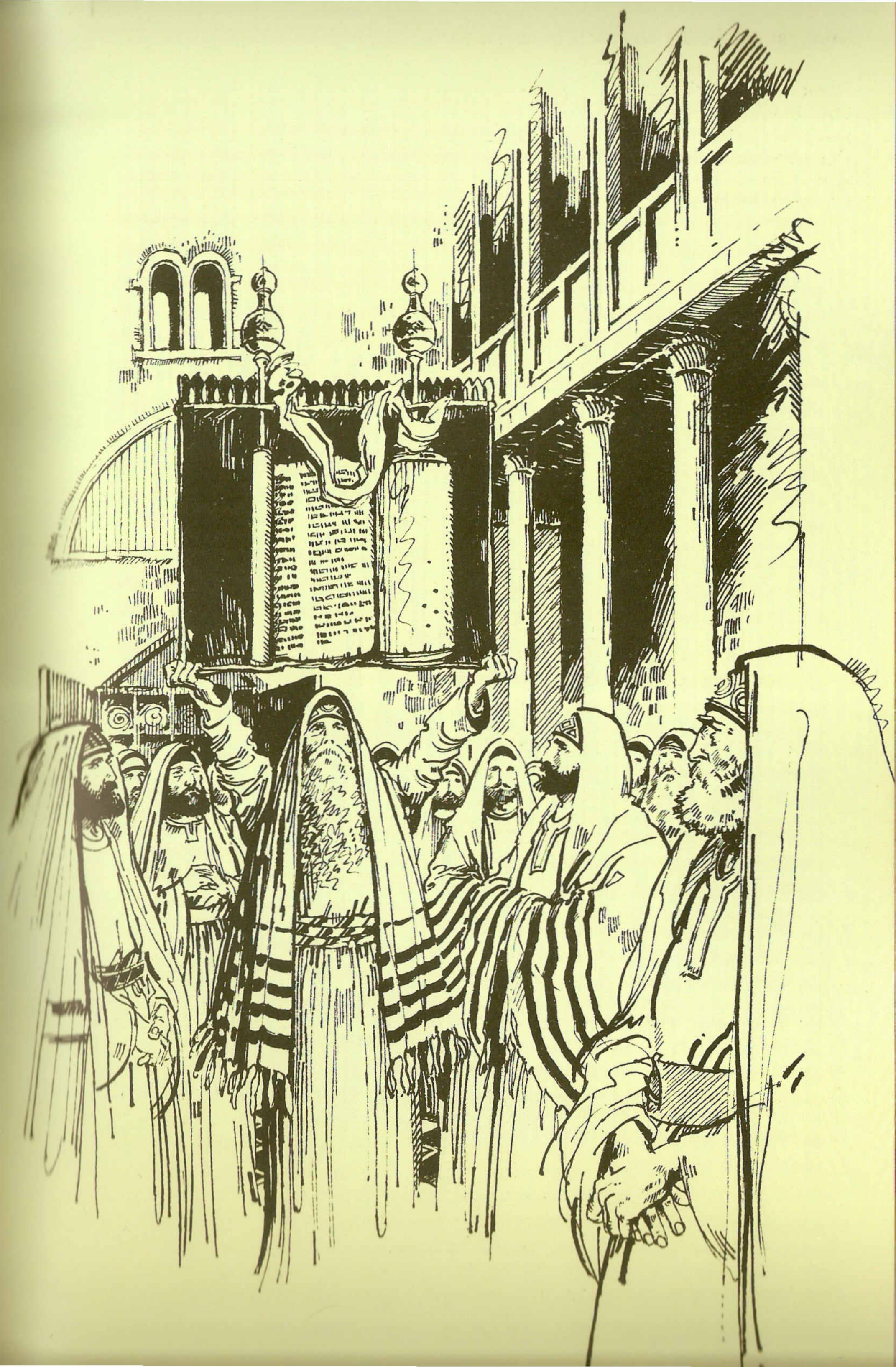
La sinagoga

Cuando el templo de Salomón fue destruido y los judíos deportados, sobrevivieron reuniéndose en sábado para aprender acerca de su ley y tradiciones. Esta práctica resultó tan útil que cuando volvieron quisieron continuarla y comenzaron a edificar lugares donde pudieran "reunirse juntos." Estos lugares, conocidos como *sinagogas* (que literalmente significa "lugares de reunión conjunta," comenzaron a ser construidas allí donde hubiera al menos diez varones adultos en la comunidad. Para la época de Jesús eran ya algo familiar por todo el país. Eran siempre fáciles de encontrar porque si no estaban edificadas en el mismo centro de la comunidad, lo eran en la parte más elevada, o se las hacía el edificio más alto mediante alguna característica arquitectónica, como una cúpula o una base aumentada.

Todas las sinagogas se construían sobre una pauta común, a fin de que el judío pudiera sentirse "como en casa" allí donde adorara. Sólo los hombres entraban por la puerta principal del edificio; las mujeres entraban por una puerta separada y se sentaban en una galería en la parte de atrás. Al final del edificio, enfrente de la entrada, había una alcoba cubierta por una cortina en la que se guardaba el armario (o arca) conteniendo los rollos de la sinagoga. En el centro del edificio había un *bema* o púlpito elevado, y sobre el bema un atril en el que se leían las porciones prescritas de la ley y de los profetas y desde donde se predicaba el sermón. Los llamados a leer ascendían por las escaleras más cercanas a ellos y descendían por otras. Las "cátedras, o asientos, de Moisés" miraban hacia la congregación, y eran ocupadas por los escribas y fariseos más importantes (Mt. 23:2).

En el servicio normal se cantaban salmos, se leían las Escrituras, y se predicaba el sermón (Lc. 4:16–21). Seguía a ello un tiempo de preguntas y de discusión. Ésta parece haber sido la ocasión empleada por Esteban para hacer preguntas que llevarían a la proclamación del evangelio de Cristo (Hch. 6:9–10).

Un número de ancianos decidía los detalles del servicio y todos los otros aspectos de la vida en la sinagoga; el anciano principal, o principal de la sinagoga (Lc. 8:41), se encargaba del servicio. Podía invitar a un predicador, y es evidente que Pablo recibió invitaciones de esta manera (Hch. 13:5; 14:1). De hecho, la sinagoga vino a reemplazar los lugares ilícitos de culto, pero sin proveer un lugar para sacrificios.



El templo de Herodes. Obsérvese cómo la Torre Antonia (*a la derecha*) domina el templo. La gran puerta delante del templo es la puerta de Nicanor.

El templo de Herodes

Herodes construyó el templo para ganarse el favor de los judíos, y era mucho más elaborado que los anteriores conjuntos. Los mismos edificios del templo fueron aumentados al doble de altura que los de Salomón y Zorobabel. El atrio fue extendido hacia el sur para que incluyera el emplazamiento de los antiguos edificios palaciegos y fue rodeado con unos enormes pórticos con columnas. Los atrios fueron pavimentados con mármol, y partes del edificio fueron recubiertas con oro. El templo reflejaba el desarrollo de las divisiones en la fe, porque no sólo había un atrio de los gentiles, el único lugar al que podían ir los gentiles, sino que había además un atrio de las mujeres, un atrio de los hombres, y un atrio de los sacerdotes, indicando los límites a los que podían llegar las personas en su avance hacia el santuario central.

La principal plataforma del templo estaba cerrada por murallas que constituían las paredes traseras para los cuatro pórticos. El pórtico o columnata oriental era conocido como el pórtico de Salomón.

El templo de Herodes

La Torre Antonia
Pórtico
Atrio de los sacerdotes
Puerta Dorada
Puerta de Nicanor
Atrio de las mujeres
Lugar Santo
Puerta Hermosa
Pórtico de Salomón
Atrio de los hombres
Atrio de los gentiles
Altar del sacrificio
Lugar Santísimo
Pórtico real
Puerta doble
Puerta triple



Reproducción a escala del templo de Herodes y de la Torre Antonia, Jerusalén.

Se abría por la puerta dorada, que era una salida de la ciudad al monte de los Olivos. El pórtico mismo proveía el pináculo (Mt. 4:5) con una caída de más de 130 metros (400 pies) al valle abajo. El atrio de los gentiles era a la vez lugar de paso, mercado, y lugar para el cambio de monedas para la compra de los animales para los sacrificios (Mt. 21:12–13).

Herodes dio entrada al templo por medio de un viaducto que iba a través de la ciudad, y los soldados de la Torre Antonia tenían acceso a él por medio de unas escaleras. El límite interior del atrio de los gentiles estaba marcado por una pared baja, o *chel*, que tenía aberturas a intervalos para que los judíos pudieran pasarla. Había placas con advertencias a los gentiles que les estaba prohibido pasar bajo pena de muerte (véanse Ef. 2:14 y Hch. 21:28). La puerta principal al atrio de las mujeres era la puerta hermosa, que miraba al este (Hch. 3:2).

Dentro del atrio había cuatro estancias: una para la leña para el sacrificio, una en la que los que cumplían votos podían estar para quietud y separación (véase Hch. 21:26), una en la que podía recibirse instrucción y hacer preguntas; quizá el lugar donde María y José encontraron a Jesús cuando tenía doce años (Lc. 2:46), y una en la que se almacenaba sal para esparcirla sobre los resbaladizos atrios de mármol cuando llovía (véase Mt. 5:13). También en

este atrio había trece cepillos para ofrendas de dinero, cada uno de ellos con un receptáculo en forma de trompeta (véase Mt. 6:2). Fue aquí que Jesús vio a la viuda echar todo lo que tenía en la tesorería del templo (Lc. 21:1–3).

Los hombres podían subir unos peldaños por la puerta de Nicanor (que recibía este nombre por el general sirio cuya cabeza fue exhibida en el templo en tiempos de los Macabeos) hasta un estrecho atrio donde podían mirar por encima de una pared baja al atrio de los sacerdotes. Allí los sacerdotes cumplían sus funciones ante el altar de los sacrificios que, junto con la fuente, estaba delante del pórtico que daba entrada al templo. A través del pórtico se podía ver el oscuro interior, iluminado por el candelero y por el altar del incienso (Lc. 1:9), que, como



Escalones de piedra llevando a la entrada del templo de Herodes.



Parte de la obra de sillería de Herodes en el monte del templo. Los sillares curvados que se ven proyectándose desde la muralla formaba originalmente parte de un puente que salía del área del templo.

la mesa del pan de la proposición (Mt. 12:4), estaba allí como en tiempos antiguos.

El grueso velo que separaba el Lugar Santo del Santísimo fue desgarrado en dos al temblar el edificio en el terremoto que acompañó a la muerte de Jesús (Mt. 27:51). Más allá había un espacio vacío. El arca del pacto nunca había sido renovada, y lo único que había allí era la roca de Moríah, que atravesaba el piso.

Había muchas otras estancias en los recintos del templo. El sanedrín se reunía en la cámara de las piedras labradas. Había una estancia en la que los sacerdotes de guardia se reunían para ver quién sería escogido por suerte para entrar aquel día en el Lugar Santo (véase Lc. 1:8–9), y había lugares para almacenamiento y estancias para personas. Era un magnífico edificio, una de las maravillas del mundo antiguo, y a los que lo conocían les parecieron increíbles las palabras de Jesús, de que sería totalmente destruido (Mt. 24:1–2).

Ocasiones santas

El sábado

En un tiempo en que apenas si uno podía escapar a la tiranía del trabajo, el *sabbath*, o "reposo," era un alivio físico y una bendición espiritual (Is. 56:2, 4–7; 58:13–14). Era una ocasión demasiado valiosa para permitir que fuera erosionada por el trabajo o el comercio. En tiempos de Nehemías, las puertas de Jerusalén se cerraban a los comerciantes en sábado, y los expulsó de delante de las murallas, donde se habían instalado (Neh. 13:15–22).

Aunque el *sabbath* vino a ser ley en tiempos del éxodo (Éx. 20:8–11) y que los judíos se acostumbraron a la idea de camino al monte Sinaí (Éx. 16:4–5, 22–27), existía ya el concepto del mes de veintiocho días, involucrando un ciclo de siete días. Noé había enviado la paloma a intervalos de siete días (Gn. 8:10), y Jacob tuvo que esperar siete días antes de poderse casar con Raquel (Gn. 29:27–28). La idea de una *sabbata* tuvo probablemente su origen en Babilonia, pero se trataba de días de temor, en los que los hombres se quedaban en sus casas debido al terror de los dioses, y no había una verdadera y regular cesación del trabajo.

El carácter del *sabbath* judío era totalmente diferente. Sin embargo, un violador del sábado fue ejecutado después que Dios se hubiera revelado (Nm. 15:32–36), y el pueblo judío puede haberse motivado a guardar el sábado más por temor que por goce. En tiempos de Amós sus únicos pensamientos era cuándo acabaría el sábado a fin de poder lanzarse a ganar dinero (Am. 8:5; cp. Jer. 17:18–27), y por esta actitud fueron condenados.

En tiempos de Jesús, el sábado se había convertido en una carga. Seguía siendo ocasión para llevar las mejores ropas y para acudir a la sinagoga por la tarde para volver a casa a la mejor comida de la semana, pero había unas detalladas leyes en vigor que legislaban acerca de cada aspecto del día. Determinaban cuán lejos se podía andar (un "camino de sábado" era de 2.000 pasos) y lo que se podía hacer. Si, por ejemplo, le caía a uno la casa encima, el infortunado podía ser dejado en el interior si podía sobrevivir a la prueba hasta el día siguiente. Los escribas no podían llevar las plumas en el cinto.

Jesús percibió que todo el propósito del sábado, que debía ser para gozo del hombre, había sido pervertido (Mt. 12:1–4; Mr. 2:23–26; Lc. 6:1–11). Jesús enseñó que Él era el Señor del sábado (Mr. 2:28), y debido a que Su resurrección tuvo lugar en el primer día de la semana, los cristianos comenzaron a guardar este día como día de reposo en lugar del día séptimo (Hch. 20:7).

Otras fiestas

Además de los sábados, había un número de fiestas que se observaban originalmente en el tiempo seco del año porque se esperaba de los varones que viajaran al santuario central para celebrar juntos. Dios prometió que si lo hacían así, él se cuidaría de que sus tierras no fueran nunca atacadas por el enemigo (Éx. 34:23). Las tres "fiestas de peregrinaje" eran fiestas de cosecha para dar acción de gracias, por la siega de la cebada, por la del trigo, y por la vendimia, que daba fin al año agrícola. Pero no se trataba de meras fiestas de cosecha que también hubieran sido celebradas por los cananeos.

Dios enlazó deliberadamente las fiestas de las cosechas con hitos religiosos para que los judíos recordaran sus poderosas acciones en favor de ellos. La fiesta de los panes sin levadura fue unida a la pascua, y el pueblo recordaba su partida de Egipto; la promulgación de la ley en el monte Sinaí fue enlazada con la fiesta de la siega del trigo en la fiesta de las semanas; y los cuarenta años de vivir en tiendas se conmemoraban durante la fiesta de la vendimia.

Estas fiestas no eran ninguna carga. En un tiempo en que las gentes estaban aisladas por la geografía e intensidad de su trabajo, las fiestas daban la oportunidad no sólo para cesar del trabajo sino para poderse encontrar con los amigos en presencia de Dios. Y los hombres descubrieron que estos tiempos eran tan gratos que tomaban a sus mujeres consigo (1 S. 1:9, 21), y las fiestas se convirtieron en grandes ocasiones familiares (Lc. 2:41–44). En tiempos del Nuevo Testamento, según calculaban escritores coetáneos, unos dos millones y medio de personas se dirigían a Jerusalén para celebrar la pascua.

Las fiestas de la pascua y de los panes sin levadura (14 a 21 de Nisán)

(Se encontrarán notas acerca del calendario judío en la sección "Examina tu Biblia" al final de este capítulo.) En su sentido religioso, la pascua era una

El Calendario Judío

Mes	Día	Fiestas	Significado del término	Mes equivalente
1. Abib o Nisán	14 15–21	Pascua Panes sin levadura	Brote	marzo/abril
2. Iyar o Zif			Florecimiento	abril/mayo
3. Siván	6	Semanas, o pentecostés		mayo/junio
4. Tamuz				junio/julio
5. Ab				junio/agosto
6. Elul				agosto/septiembre
7. Tisrí o Etanim	1 10 15–21	Trompetas Día de la expiación Tabernáculos	Ríos fluyendo	septiembre/octubre
8. Marchesván			Lluvia	octubre/noviembre
9. Quisleu	25	Luces o dedicación		noviembre/diciembre
10. Tebet				diciembre/enero
11. Shebat				enero/febrero
12. Adar	13–15	Purim		febrero/marzo

rememoración del tiempo en que Dios liberó a los judíos sacándolos de Egipto. Un cordero había sido muerto por cada familia judía, resultando ello en que el ángel de la muerte "pasara por alto" sus hogares (véase He. 11:28). El pan sin levadura era un recuerdo del mismo tiempo, en que no hubo tiempo para leudar la masa, debido a la premura (Éx. 12:7; 13:3–10). Era también una fiesta de la siega, en la que se ofrendaban las primicias de la cebada (Lv. 23:11).

En tiempos del Nuevo Testamento estas fiestas habían venido a ser un tiempo importante de fiestas primaverales. Antes de la fiesta misma se reparaban los caminos y se blanqueaban los sepulcros, para que los viandantes evitaran la contaminación accidental en que se incurría cuando se tocaba un lugar de los muertos (Mt. 23:27). También en los hogares se hacían grandes preparativos. Todos los utensilios de cocina se limpiaban cuidadosamente, o se compraban nuevos.

En el 13 de Nisán la casa era investigada por el padre de familia para asegurar que no había en ella

pan con levadura. Las casas de Jerusalén se preparaban para recibir visitantes, porque se esperaba que cada casa acogiera huéspedes. Se compraban corderos o cabritos en el 14, y eran llevados al templo para ser sacrificados, un animal por cada diez o doce personas. Se quemaba la grasa, y la sangre era ofrecida en el altar antes de colgar los cuerpos para ser recogidos, momento en el que se llevaban a casa para ser asados con espetón de madera de granado. La gente se ataviaba con sus mejores ropas, pero se disponían como si para partir de viaje. No obstante, se reclinaban, si era posible en canapés, porque Dios les había dado reposo.

Conducidos por el padre de familia, se seguía un rito normativo en el que todos recordaban los acontecimientos de la partida de Egipto, bajo las preguntas del miembro más joven de la familia, que hacía una serie de preguntas para comenzar. El pan sin levadura, las hierbas amargas, y el gustoso *charoseth*, que simbolizaban el apresuramiento, la amargura y el fatigoso trabajo (el *charoseth* era como mortero) que habían desempeñado sus antepasados, todo ello les recordaba el pasado. La acción de gracias a Dios se daban con copas de vino tinto. Las cuatro copas que se empleaban se debían comprar, incluso si para ello se tenían que empeñar las propias posesiones. Durante la semana que seguía el único pan que se podía comer era sin levadura, y durante este período se hacían ofrendas públicas y sacrificios adicionales.

La fiesta de las semanas, o pentecostés

Se trataba de una fiesta de un día que se celebraba el 6 de Siván en medio de la siega del trigo y al final de la siega de la cebada, en acción de gracias. Sólo se podía parar un día para la fiesta en un tiempo en que la siega del trigo estaba en pleno apogeo. La acción de gracias se centraba en dos hogazas. Se segaba un pequeño campo, y se separaba el grano, que era molido. Con la harina se hacían a continuación dos enormes hogazas, y una vez cocidas eran mecidas hacia el cielo en acción de gracias a Dios, que les daba provisión y protección (Lv. 23:15–21). Se traían también ofrendas voluntarias, y se abría la tesorería del templo.

Al mismo tiempo la promulgación de la ley en el monte Sinaí ocupaba la mente de los observantes (Dt. 16:12). La fiesta debía ser celebrada una semana de semanas (siete semanas, o cincuenta días) después de la fiesta de los panes sin levadura (Lv.

23:16). De ahí su nombre. Fue aproximadamente este tiempo el que necesitaron los judíos en llegar al monte Sinaí tras su partida de Egipto (Éx. 19:1), y en el período de los asmoneos adquirió gran importancia la rememoración de la promulgación de la ley (Jubileos 1:1; 6:17). La traducción griega de la Biblia en tiempos del Nuevo Testamento traducía los "cincuenta días" de Levítico 23:16 como *pentekosta hemeras,* dando así origen al término *pentecostés,* que es el término empleado en el Nuevo Testamento (Hch. 2:1; 20:16; 1 Co. 16:8).

La fiesta de los tabernáculos, o de la recolección (Éx. 23:16; 34:22)

Esta era otra fiesta de una semana de duración, del 15 al 21 de Tisrí, que señalaba la finalización de toda la cosecha con la recolección de las uvas. Debido a que éste era el tiempo en que todos salían a las viñas para su "vacación de trabajo comunal" (véase p. 106) y vivía en tiendas, era un tiempo excelente para recordar las lecciones religiosas de los cuarenta años cuando toda la nación había estado viviendo en tiendas entre Egipto y Canaán (Lv. 23:34–36, 39–44; Dt. 16:13–15). Al final del año agrícola en la tierra a la que Dios los había traído era apropiado hacer una acción de gracias.

En tiempos del Nuevo Testamento se celebraba un ritual espectacular. Se hacían cabañas con hojas de palmera en los terrados, en los patios y en los huertos, y la gente vivía en ellos durante una semana, a no ser que hubiera lluvias muy intensas (cosa muy rara) o que hubiera algún caso de enfermedad grave. Cada mañana salían del templo dos procesiones sacerdotales; una de ellas iba a recoger ramas con follaje, y la otra se dirigía al estanque de Siloé. Cuando los sacerdotes regresaban se hacía una procesión alrededor del altar (una vez alrededor de él durante los primeros seis días de la fiesta, y siete veces en el último día, recordando el ritual en Jericó, Jos. 6:3–4) y se hacía un tabernáculo, o cabaña, para el altar mismo. Se derramaba agua sobre los peldaños del templo para que fluyera hacia abajo y afuera del templo al mundo exterior, indicando así que la fe judía daría satisfacción al mundo.

Durante la fiesta se ponían cuatro grandes candelabros en el atrio de las mujeres, con sus grandes tazones llenos de aceite, y con las mechas hechas de vestiduras que los sacerdotes habían estado llevando durante el año anterior. Todos en Jerusalén podían ver la luz, y había música y danza debajo de las ardientes antorchas. La luz simbolizaba la revelación y verdad de la fe judía.

La fiesta de las trompetas

Además de las tres fiestas de peregrinaje, se observaban dos días adicionales especiales en el mes de Tisrí. En el primer día del mes se celebraba una fiesta que vino a ser conocida como la de las trompetas. Se tocaban trompetas al comienzo de cada mes (Nm. 10:10), pero Tisrí era una ocasión especial, porque el mes vino a ser el comienzo del año nuevo civil, y por ello se celebraban ceremonias especiales.

Se tocaban cuernos de carnero durante todo el día, no se debía hacer trabajo de ningún tipo, y se ofrecían sacrificios adicionales. A veces la fiesta se celebraba durante dos días seguidos, en caso que hubiera alguna confusión acerca de la llegada de la luna nueva. Era un día de auto-examen, buscando ver cómo Dios veía a cada uno, y era para esto que se tocaban las trompetas: para hacer que Dios oyera y recordara Su pacto, para espantar y hacer huir a Satanás, el acusador, y para despertar a los israelitas dormidos en sueño de pecado al arrepentimiento.

El día de la expiación

El 10 de Tisrí era el día de la expiación (Lv. 16). Éste era en muchas maneras el climax del año religioso judío. Los sacerdotes habían estado ofreciendo sacrificios a Dios durante todo el año para que el pueblo le fuera acepto; pero los sacerdotes y sus utensilios quedaban ceremonialmente afectados por el pecado, y el día de la expiación fue instituido para conseguir "una limpieza espiritual a fondo" para que permaneciera abierto, por otro año, el camino para acercarse a Dios por medio de los sacrificios. El sumo sacerdote era la única persona que podía llevar esto a cabo, y en tiempos del Nuevo Testamento, para asegurar que no había errores, era cuidadosamente instruido por los ancianos y practicaba el ritual a diario durante la semana anterior a la celebración.

Al llegar el día de la expiación el sumo sacerdote permanecía despierto durante las horas de oscuridad, y al llegar la mañana era vestido con unas sencillas ropas blancas para comenzar la ceremonia. Primero, confesaba los pecados del pueblo con su mano puesta sobre el cuello de un toro sacrificial que era inmolado, y su sangre recogida. Luego, se ponían dos machos cabríos ante él, y se echaban suertes para ver qué macho cabrío sería de Dios, y

cuál sería el del pueblo. El de Dios era inmolado, y su sangre mezclada con la del toro. Luego, soso, el sumo sacerdote iba con el incienso y carbones del altar al Lugar Santísimo. Quemaba incienso, y cuando llenaba el lugar se creía que el sumo sacerdote había sido aceptado por Dios.

En tiempos del Antiguo Testamento esto iba seguido por el rociamiento del propiciatorio —la parte superior del arca del pacto— con la sangre vertida; en tiempos del Nuevo Testamento no había arca, por lo que el Lugar Santo y todos y todo lo que estaba relacionado con el sacrificio eran rociados con sangre. Las conciencias quedaban liberadas con el macho cabrío que quedaba, que recibía los pecados del pueblo mediante la imposición de manos. Era llevado al desierto, donde era soltado, para simbolizar el hecho de que se llevaba los pecados. Este macho cabrío era conocido como el chivo de escapatoria. Los cuerpos de los animales sacrificiales eran acto seguido quemados fuera de la ciudad. El escritor de Hebreos vio la ceremonia como una imagen imperfecta de lo que Jesús hizo por nosotros (He. 9:7–14; 10:19–22; 13:11–12).

Purim

En tiempos posteriores se añadieron otras dos fiestas para celebrar victorias nacionales que los judíos habían logrado sobre sus enemigos. El *Purim* se celebraba del 13 al 15 de Adar para conmemorar el tiempo en que Ester había sido usada para salvar a su pueblo de un genocidio durante el reinado de un rey persa llamado Asuero. Durante la fiesta se leía la totalidad del libro de Ester, que cuenta toda la historia. Cuando surgía el nombre de Amán, el villano, era ahogado en medio de gritos y abucheos; cuando surgía el nombre de Mardoqueo, el héroe, era saludado con vítores.

El día 13 era día de ayuno, pero el 14 y el 15 eran tiempo de alegría. 2 Macabeos 15:36 menciona la fiesta en relación con otra. Se promulgó un decreto después de la derrota de un general sirio llamado Nicanor de que su derrota debía ser celebrada el 13 de Adar, "el día antes del día de Mardoqueo." Este día debía ser guardado en tiempos del Nuevo Testamento, pero ya no se recuerda actualmente.

La fiesta de las luces

La fiesta de la dedicación, o de las luces, celebraba otra victoria de los tiempos de los macabeos, cuando Judas Macabeo entró en el templo en Jerusalén después que los sirios hubieran sido expulsados en el 164 a.C., y se hizo la purificación del templo. Se traían ramas de palmera, y se iluminaba el templo. En muchos extremos, las luces era similar a la fiesta de los tabernáculos (véase 2 Mac. 10:6). Cada casa tenía su propia luz para recordar la leyenda de que cuando se entró en el templo sólo había provisión para el aceite de un día para el candelero de oro, pero que el aceite duró ocho días. La fiesta comenzaba el 25 de quisleu, y debido a que el mes se corresponde con diciembre, hay alguna conexión entre la fiesta y la celebración del "cumpleaños oficial" de fiestas de invierno, lo que aliviaba los tiempos más oscuros de aquella estación.

El ritual santo

El ritual de la religión judía involucraba sacrificios (en común con el de las otras religiones existentes en la misma área y tiempo). Se llevaban a cabo en todas las fiestas principales, tanto de carácter privado como público, y eran de diferentes tipos; en verdad, en el Antiguo Testamento no hay ningún término general para *sacrificio*. *Corbán* (véase Mr. 7:11) se emplea tan frecuentemente como se deja de emplear. Los detalles de todo el sistema sacrificial aparecen en obras de referencia mayores (véase la bibliografía selecta), pero es útil e interesante comprender los *tipos* de sacrificio que se exponen en los primeros capítulos de Levítico.

La *olah*, u ofrenda quemada, conocida como *holocausto*, parece haber sido un medio de consagración y de dedicación del adorador a Dios. Esta consagración no puede tener lugar sin el reconocimiento de que el adorador es imperfecto para tal dedicación. Por ello, se debía hacer confesión de pecado mediante la imposición de manos en identificación con un animal sacrificial. La sangre del animal era rociada sobre el altar. Los animales grandes así ofrendados eran cortados en piezas, y todo se quemaba sobre el altar. En términos humanos, Dios se agradaba de tales actos de sacrificio (Lv. 1:3–17; 6:9–13).

La *minha*, la ofrenda vegetal o de cereales, era una ofrenda voluntaria hecha de grano o harina, e iba normalmente acompañada de otras formas de sacrificio (véase Nm. 15:1–16). Parte del sacrificio era rociado con incienso y se quemaba en el altar, pero el resto era entregado a los sacerdotes para que lo consumieran ellos. Parece haberse tratado de un don a Dios, pero hecho a fin de mantener el favor de Dios (Lv. 2:1–16; 6:14–18).

La *selamim*, u ofrenda de paces, era una comida

de comunión en la que el adorador y sus amigos se sentaban a comer con Dios en paz. Después de la confesión y del sacrificio, la parte de Dios del sacrificio —la grosura— era quemada sobre el altar. El resto lo comían el adorador, su familia y sus amigos (Lv. 3; 7:11–21, 28, 34). Esta ofrenda podía ser empleada como acción de gracias, acompañando un voto, o podía tener carácter de ofrenda voluntaria.

La *assam* (ofrenda por la culpa) y la *hattath* (ofrenda por el pecado) eran ofrendas que debían presentarse cuando alguien hubiera ofendido a Dios o a su prójimo. Se presentaba cuando una persona se había contaminado ceremonialmente (Lv. 5:2–3), como por un nacimiento o por lepra (Lv. 12; 14:1–32; Mr. 1:44; Lc. 2:22), cuando se había cometido una infracción civil contra un semejante (Lv. 6:1–7), ofensas cometidas cuando alguien se veía abrumado emocionalmente (Lv. 19:20–22) o quizá por yerro (Lv. 4:1).

La escala de los sacrificios estaba relacionada con el rango, y después que la sangre hubiera sido derramada en el altar y la grosura quemada, el resto del cuerpo era sacado fuera y quemado. Si la ofensa involucraba daño a un semejante, también se debía hacer restitución (Lv. 6:4; véase también Lv. 6:25—7:10). Es importante recordar que no había ningún sacrificio para expiar un pecado y desafío deliberados contra la ley de Dios.

El sistema sacrificial

Cuando los seres humanos entran en una relación de pacto con Dios y guardan su parte del pacto evitando todo pecado conocido, hay un deseo de entrar en una comunión más profunda con Dios: deseo de darse a Su servicio, de expresar gratitud, de dar apoyo a Sus siervos, de tener comunión, y de expresar pesar por males hechos accidentalmente. El sistema sacrificial demostraba que era posible una relación más profunda, pero que a fin de que existiera se precisaba de una purificación continua del pecado.

Al mismo tiempo el sistema demostraba su propia falta de idoneidad y por ello señalaba a la necesidad de que se hallara otro medio no sólo para establecer una relación más profunda con Dios, sino para solucionar todo el problema del pecado deliberado. Este otro medio fue hecho posible por medio de Jesús (He. 10:1–8).

Gente santa

Los levitas

Leví, uno de los doce hijos de Jacob, tuvo tres hijos: Gersón, Coat y Merari (Gn. 46:8, 11). Al crecer la familia durante su estancia en Egipto, la familia de Leví se transformó en una tribu, y las familias de los tres hijos en divisiones tribales. Aarón, Miriam y Moisés nacieron en el seno de la división coatita de la tribu (Éx. 2:4; 6:16–20; 15:20). Cuando los judíos adoraron el becerro de oro al pie del monte Sinaí, fueron los levitas los que se pusieron al lado de Moisés contra la idolatría y para consagrarse a Dios. Al hacerlo así, destruyeron a muchos de los idólatras (Éx. 32:26–29).

Su consagración resultó en su involucración en la construcción del tabernáculo (Éx. 28:1–30) y a su dedicación a su cuidado. Cuando el tabernáculo era transportado, los coatitas llevaban el mobiliario (Nm. 3:30–32), los gersonitas llevaban los cortinajes y colgantes (Nm. 3:24–26), y los meraritas llevaban y plantaban el tabernáculo mismo (Nm. 3:35–37; 4:29–33). Según Números 3:40–51 los levitas ac-



Altar de piedra con cuatro "cuernos" descubierto en Beerseba.



El sumo sacerdote. Obsérvese su vestimenta especial, y su pectoral con doce piedras preciosas diferentes.

tuaban como sustitutos de los primogénitos de cada familia judía.

Debido a que Dios había preservado las vidas de los primogénitos judíos en la época de la primera Pascua (Éx. 11:5; 12:12–13), el primogénito pertenecía técnicamente a Dios, pero los levitas fueron apartados para el servicio de Dios en lugar de ellos (Nm. 3:12–13, 40–51). Como apartados para el servicio de Dios, no se les demandaba que fueran a la guerra (Nm. 1–3; cp. v. 39) ni que debieran cultivar para su propia alimentación dentro de un área tribal. Debían ser esparcidos por la tierra prometida para vivir entre el pueblo (Nm. 35:1–8), y debían ser sustentados con los diezmos del pueblo (Nm. 18:21).

El sumo sacerdote

Dentro de la división de los coatitas, la propia familia de Amram vinieron a ser los sacerdotes. Por una parte, esto los puso sobre los levitas. Itamar supervisaba a los gersonitas (Nm. 4:28) y a los meraritas (v. 33); Eleazar supervisaba a los coatitas (v. 16). Por otra parte, los sacerdotes eran distintos de los levitas, porque sólo los sacerdotes estaban autorizados para tocar las cosas santas: todo aquello que tuviera que ver con el altar, el candelero, o la mesa del pan de la proposición (Nm. 4:5–15).

El sacerdote no inmolaba siempre el sacrificio por sí mismo, pero sí que llevaba la sangre al altar (p. ej., Lv. 3:2). Aarón mismo vino a ser el sumo sacerdote (en ocasiones llamado el principal sacerdote). Vestía ropajes especiales (Éx. 28), y sólo él entraba en el Lugar Santísimo en el día de la expiación (Lv. 16:2). Aarón interpretaba la caída de las suertes sagradas que tenía en su pectoral.

Aarón tuvo cuatro hijos: Nadab, Abiú, Eleazar e Itamar. Nadab y Abiú murieron por cometer sacrilegio en sus deberes religiosos como sacerdotes (Lv. 10:1–3), y el sumo sacerdocio pasó entonces a Eleazar y quedó dentro de su familia (Nm. 20:25–29). Elí era un sacerdote de la familia de Eleazar. El sumo sacerdocio pasó entonces de la familia de Eleazar a la de Itamar (véase 1 R. 2:27; cp. 1 Cr. 24:3).

Fue Salomón quien volvió a poner la línea de Eleazar al poner a Sadoc en el sumo sacerdocio, y esta posición fue mantenida en la familia hasta que su descendiente fue depuesto por Antíoco Epífanes en los tiempos de los macabeos. Durante este período posterior, no sólo eran los sumos sacer-

dotes designados por los poderes dominantes (Anás fue depuesto por los romanos, que designaron a Caifás en su lugar; véanse Lc. 3:2; Jn. 18:13–24), sino que cuando se vieron lo suficientemente fuertes para resistir a los gobernantes, adoptaron su propio estilo de poder regio.

La escasez de sacerdotes

Cuando los judíos entraron en Canaán y se estableció el santuario central, no había trabajo para los levitas como guardas de las puertas, y debido a las muertes de Nadab y Abiú había muy pocos sacerdotes. Los judíos entraban en un país en el que el culto tenía lugar en santuarios locales, y la demanda de sacerdotes era mayor que su existencia, mientras que había al mismo tiempo un exceso de levitas.

El relato de Jueces 17—18 indica la forma en que se disgregó la institución de los levitas y sacerdotes. Micá, habitante del monte de Efraín, contrató a un joven levita que se había establecido en Judá, el cual vino a ser sacerdote, primero de la familia de Micá (17:10–12) y luego de un grupo de danitas (18:19). No sólo se dedicó a la actividad sacerdotal de dar oráculos (18:5) sino que estaba quebrantando los mandamientos básicos (18:18).

La monarquía misma parece haber causado un adicional desvío de lo que Dios había querido. El rey frecuentemente tomaba virtualmente el lugar del sumo sacerdote, y el templo vino a ser un santuario real. Poco es lo que se oye del sumo sacerdote a través del período de la monarquía. Durante este período los levitas se dedicaron a la música del templo (1 Cr. 15:16), y comenzaron a trabajar ante algunos de los muebles santos, lo que había estado prohibido en tiempos del tabernáculo (1 Cr. 9:26–29; 23:28–32). Cuando los judíos fueron deportados a Babilonia, y no hubo templo ni sacrificio, la distinción entre sacerdotes y levitas fue haciéndose aún más borrosa.

Fue Ezequiel el que, mirando adelante a un Israel restaurado, demandó una clara distinción entre sacerdotes y levitas otra vez (Ez. 40:46; 43:19). Dijo que los sacerdotes habían sido fieles a Dios a través del período de la monarquía (Ez. 44:15–16; los llamó "hijos de Sadoc") en comparación con los levitas (48:11). Esta demanda de separación pudo ser la razón de que muchos levitas parecieran remisos a volver a Jerusalén tras el exilio (Esd. 2:36–40;

8:15–20). Una vez de vuelta, se dedicaron a la enseñanza de la ley (Neh. 8:7–9) y a los deberes religiosos normales (Neh. 11:3; 12:27–31).

Sacerdotes y levitas

Los sacerdotes y los levitas estaban dedicados a su obra en tiempos del Nuevo Testamento. Aparecen en la historia del buen samaritano (Lc. 10:31). Zacarías, padre de Juan el Bautista, era el sacerdote de guardia en el Lugar Santo cuando le fue revelado que tendría un hijo, Juan (Lc. 1:8–9). Jesús le ordenó al leproso que había sido sanado que se presentara ante los sacerdotes (Mt. 8:4; véase Lv. 14:2). En los tiempos del Nuevo Testamento, los miembros de las familias sumo-sacerdotales eran llamados principales sacerdotes, y estuvieron en constante conflicto con Jesús y con los primeros cristianos.

Al familiarizarse el pueblo judío con la obra del sumo sacerdote, de los sacerdotes y de los levitas, se habrían hecho conscientes de la idea que subyacía a todo: *representación*. Por una parte, los sacerdotes y los levitas representaban al pueblo delante de Dios al conducir en el culto y ante el altar, y por otra representaban a Dios ante el pueblo al enseñar y explicar sus leyes.

Los profetas

Junto con los sacerdotes y levitas había otro grupo llamado a una obra de representación. Los profetas, al igual que los sacerdotes, representaban al pueblo ante Dios. Samuel oró por el pueblo en Mizpá (1 S. 7:5); Eliseo oró que su siervo pudiera ver las huestes protectoras de Dios (2 R. 6:17); a Jeremías se le dijo que no orara por el pueblo por cuanto Dios no le oiría, a causa de que los pecados de ellos eran demasiado grandes (Jer. 7:16).

Pero la verdadera importancia de los profetas residía en que representaban a Dios y hablaban de su parte al pueblo. Abraham (Gn. 20:7) y Moisés eran considerados como profetas (Dt. 18:15–19). En el pasaje de Deuteronomio es evidente que un profeta es siempre llamado por Dios (v. 18), que tiene la autoridad de Dios (v. 19), y que lo que diga será demostrado cierto (v. 22). El profeta era por ello conocido como siervo de Dios (2 R. 17:13, 23; Esd. 9:11; Jer. 7:25). El profeta siempre proclamaba la voluntad de Dios, y llamaba al pueblo a volverse a Dios (Dt. 13, esp. v. 4), y era esto lo que distinguía a

un verdadero profeta de uno falso (p. ej., 1 R. 13:18–22; 22; Jer. 28).

Los profetas no eran simplemente personas con una consciencia política o social. Eran personas que por revelación de Dios habían llegado a ser conocedores de acontecimientos históricos y de las necesidades del pueblo llano. Había dos elementos en su obra que pueden ser descritos como *predicción* y *proclamación*. Hablaban acerca de acontecimientos futuros para advertir de las consecuencias de las acciones presentes (p. ej., Am. 1:2), y frecuentemente hablaban en contra de la sociedad en la que vivían.

En el período temprano de la historia de Israel parece que había dos clases distintas de profetas. Unos eran designados como *roeh* o vidente; eran personas solitarias e impresionantes, de las que un ejemplo es Samuel (1 S. 9:11, 18–19; 1 Cr. 9:22). La otra clase era el *nabi*, que era miembro de un grupo que profetizaba extáticamente (1 S. 10:5–6, 10–13; 19:20–24). En un período posterior los términos se hicieron sinónimos con otra palabra general: *hozeh*. Se podían advertir diferentes características para diferentes personas. Por ello algunos profetas hablaban por medio de adivinación (Zac. 10:2), análisis de los acontecimientos políticos (Is. 5:12), valoración del carácter (1 S. 16:1), visiones (Is. 6:5), telepatía (2 R. 6:12) y la capacidad de ver detalles en el futuro (1 R. 13:2; Is. 44:28).

Uno venía a ser profeta al llegar a ser consciente de que Dios le hablaba y de que tenía que transmitir el mensaje. La consciencia venía de maneras diferentes, y era después transmitida por medio de la personalidad singular del profeta. Dice Jeremías simplemente que la mano del Señor lo tocó y que le fueron puestas palabras en su boca (Jer. 1:9). Otros profetas tuvieron visiones y sueños (1 S. 28:6, 15; Zac. 1:8). En ocasiones, el mensaje profético era dado relatando la visión (Is. 6), en otras, contando parábolas o historias (Is. 5:1–7), actuando un oráculo (2 R. 13:14–19; Jer. 19; Éx. 4:1–3), o por escrito (Is. 30:8).

Algunos de los profetas tenían grupos de seguidores o discípulos que eran conocidos como "hijos de los profetas" (2 R. 4:38). Ellos repetían los mensajes de los profetas, y en ocasiones los registraban por escrito. Hubo muchos más profetas que los que conocemos por medio de los registros de sus profecías o acontecimientos históricos. Había grupos de profetas activos en los centros de culto (1 S. 10:5)

y tenían por ello relación con los sacerdotes y levitas (2 R. 23:2; Is. 28:7). Debido a que estaban conscientes de los abusos del sistema sacrificial y se daban cuenta de que las vidas morales de los adoradores no concordaban con sus ceremonias, los profetas tendían a atacar el mero ceremonial. Hacían lo que hizo Jesús siglos después cuando le dijo a la mujer de Samaria que el verdadero culto aceptable para Dios es "en espíritu y en verdad" (Jn. 4:24).

Objetos santos

En la religión judía había objetos especiales que eran santos en el sentido de que pertenecían a Dios y no debían ser tocados por gente ordinaria. Cuando Uza tocó el arca del pacto, murió (2 S. 6:7), y cuando Nadab y Abiú ofrecieron "fuego extraño," o incienso impropio, también cayeron muertos (Lv. 10:1–2). Había varios objetos que tenían esta condición sagrada. Estaban en relación con el Lugar Santo y el Santísimo en el lugar central de culto.

El **Arca del pacto** era, en muchos respectos, el objeto de más importancia. Se describe en Éxodo 25:10–22. Consistía de una caja sobre la que había dos figuras de querubines. Había unas anillas por las que poner unas varas para su transporte. La caja medía unos 120 cm. por 60 cm. por 60 cm. (unos 4 pies por 2 pies por 2 pies) y contenía las dos tablas de piedra con los Diez Mandamientos (Éx. 25:16; Dt. 10:1–5), un vaso con maná, y la vara de Aarón (He. 9:4–5). El arca era un trono para el Dios invisible que estaba sentado sobre las alas de los querubines y cuya voz venía desde encima de ella (Éx. 25:22). El becerro de oro que Aarón hizo probablemente estaba hecho como trono, y los dos becerros que Jeroboam hizo en Bet-el y Dan debían tener el mismo propósito.

En el Lugar Santo había tres objetos: una **mesa,** un **candelero** y un **altar.** La mesa era conocida como la **mesa del pan de la proposición,** y tenía una forma normal con una cubierta de unos 90 cm. por 45 de superficie (3 pies por 1 pie y 6 pulgadas). Se describe en Éxodo 25:23–30. Se ponían doce tortas de pan cocido en la mesa, en dos pilas de seis tortas cada una.

El pan de la proposición era llamado realmente el "pan de la presencia," porque estaba en presencia de Dios (1 S. 21:6). Era renovado cada sábado por uno de los sacerdotes, y el pan de la semana anterior era quitado para ser comido por los sacerdotes (Lv. 24:5–9; 1 S. 21:6).

El Lugar Santo era iluminado con un **candelero de oro.** Desde cada lado de la rama central salían tres ramas que acababan en sostenedores con forma de flores. La rama central también acababa en un sostenedor de lámpara (Éx. 25:31–36).

Entre la mesa del pan de la proposición y el candelero se encontraba un **altar** en el que se quemaba incienso. Tenía una altura de sólo 90 cm. (3 pies), con una cubierta en forma de cuadrado de 45 cm. (18 pulgadas) de lado, hecho de madera de acacia, y recubierto de oro (Éx. 30:1–10). El **incienso** mismo era también sagrado y no podía emplearse para otro propósito que el culto. Consistía de olíbano, la resina de debajo de la corteza de los árboles *boswellia;* galbano, que era probablemente la resina de una planta de Persia, y dos ingredientes por ahora desconocidos, estacté, y uña aromática (Éx. 30:34–38).

Los judíos estaban también familiarizados con las suertes sagradas, conocidas como el Urim y el Tumim, mediante las que algunas veces el sumo sacerdote consultaba la voluntad de Dios. El sumo sacerdote llevaba una bolsa de tejido sobre el pecho. Fuera había un pectoral dorado recamado con piedras preciosas. Dentro estaban las dos suertes. Es probable que se tratara de discos, de color negro por un lado, y blanco por el otro. Cuando las piedras eran echadas de la bolsa, dos blancos significaban: Sí; dos negros significaban: No; y un negro y un blanco significaban: Espera (véanse Éx. 28:30; Lv. 8:8; Nm. 27:21; 1 S. 28:6; Esd. 2:63).

Había otros objetos sagrados que eran especiales para el común del pueblo. En Deuteronomio 6 se encuentra el credo básico de la religión israelita: "Oye, Israel: Jehová es nuestro Dios, Jehová uno es. Y amarás a Jehová tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas" (vv. 4–5). Sigue diciendo que los judíos debían atar estas instrucciones como señal en sus manos y entre sus ojos, y que debían ser escritas en los postes de las puertas de sus casas (vv. 8–9).

Muchos judíos se tomaron estas instrucciones al pie de la letra y pusieron el credo en pequeñas cajas. Las atadas a la muñeca y a la frente vino a ser conocida como *tefillim* (las *filacterias* del Nuevo Testamento), y la caja fijada al poste de la puerta se llamaba una *mezuzah*. La actual forma de la filacteria no fue hecha definitiva hasta después del tiempo de Cristo, aunque eran llevadas por los fariseos de su tiempo (Mt. 23:5). Eran cajas de alrededor de arista de alrededor de dos y medio a cuatro cm. (de una pulgada a una pulgada y media), hechas con pieles de animales ritualmente limpios. Dentro estaban las palabras de Éxodo 13:1–10; 13:11–16; Deuteronomio 6:4–9 y 11:13–21, escritas a mano sobre pergamino. Se ataban a la muñeca o a la frente mediante largas tiras de cuero. La *mezuzah* no existió antes de los tiempos de los hasidim (véase p. 254). Parece haber sido empleada para tratar de hacer que los judíos fueran más reflexivos acerca de su propia fe en un tiempo en que el pensamiento griego ejercía gran atracción.

La religión griega y la romana

Como resultado de sus experiencias a lo largo de su dilatada historia, la mayor parte de los judíos



Un muchacho judío celebrando su *bar mitzvá* en la muralla occidental, Jerusalén. Obsérvense las *tefillim* (filacterias) en la muñeca y frente tanto del hombre como del muchacho.

Examina tu Biblia

El calendario judío

Éxodo 12:2. El calendario judío es un calendario lunar de veintiocho días, lo que resulta en un año más corto que en Occidente. Cuando el calendario se desfasaba en un mes, se añadía un mes adicional llamado *Adar Adar*. Los meses comenzaban siempre con la luna nueva. La pascua cristiana sigue siempre a la judía, que es en la luna llena en Abib. La fiesta de la pascua varía con la luna, y se hace un cambio de fines de abril a fines de marzo cuando se inserta el mes judío adicional.

La prohibición contra las semejanzas

Éxodo 20:4. El mandamiento contra los ídolos ("imágen") y semejanzas ("formas") parece haber sido promulgado contra las posibles incursiones de la religión cananea. Y ello tiene una importancia espiritual, en el sentido de que no se puede hacer ninguna representación material de un Dios espiritual, lo cual queda cubierto por la prohibición en contra de los ídolos. Pero la advertencia en contra de formas ("semejanzas," RV) es algo diferente. La semejanza era una máscara que llevaban los cananeos sobre el rostro, y se empleaba en los rituales religiosos cananeos. Se han descubierto ejemplos de semejanzas en Hazor.

¿Cuándo comienza el sábado?

Éxodo 20:8. Los días judíos comenzaban no a medianoche, sino a las seis de la tarde. La tarde del lunes, por ejemplo, iba seguida por la sobretarde del martes. (Es por esto que en Génesis 1 los días de la creación son descritos como tarde y mañana, y que fuera necesario para el sumo sacerdote mantenerse despierto durante las horas de oscuridad en el día de la expiación.) El servicio en la sinagoga que daba la bienvenida al sábado iba por ello seguido por una noche de reposo antes de que prosiguiera la enseñanza a la siguiente mañana. A las seis de la tarde de nuestro sábado había concluido el *sabbath*, y la gente quedaba libre para reanudar sus tareas ordinarias.

Agua viva

Juan 7. Fue en el último día de la fiesta de los tabernáculos (v. 2) que Jesús se puso de pie en el templo (vv. 14, 37) y proclamó que si alguien tenía sed podía acudir a Él y beber, y recibir una completa satisfacción interior (vv. 37–38). Jesús estaba evidentemente afirmando de una forma dramática que no era la fe judía (simbolizada por el derramamiento de agua del estanque de Siloé) lo que daría satisfacción al mundo, sino Jesús por medio del don del Espíritu Santo. Fue también en el último día que Jesús dijo que él era la luz del mundo (Jn. 8:12). Jesús está por ello asumiendo el simbolismo de los candelabros de la fiesta.

La última cena

Juan 13:1–2. La traducción normal de estos versículos es: "Era antes de la fiesta de la pascua. Jesús sabía que había llegado el tiempo en que Él iba a dejar este mundo e ir al Padre. Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, ahora les mostró la plena magnitud de su amor. Estaban sirviendo la comida de la tarde . . ." Con ello se da una descripción de Jesús celebrando una cena *especial* con Sus discípulos con una pascua simulada en contraste con los relatos en los otros evangelios (p. ej., Mr. 14:12), en los que se afirma que la última cena fue celebrada precisamente en el día en que se inmolaba el cordero de la pascua.

Por ello, los académicos críticos enseñan que Juan manipuló deliberadamente la fecha para poder presentar a Jesús como crucificado y pendiendo de la cruz en el mismo momento en que estaban siendo colgados los corderos de la pascua. Esta bonita descripción del punto de vista crítico se basa en lo que parece ser una contradicción. Sin embargo, no hay necesariamente contradicción. Juan 13:1 puede ser considerado como una declaración separada por sí misma, que antes que comenzara la fiesta de la pascua, Jesús sabía que iba a morir, y se confió a Sus discípulos para que consideraran todo el drama. Luego su entrega fue cumplida durante la comida de la pascua.*

---

*Para una buena consideración de la cuestión de la aparente discrepancia entre los sinópticos y el Evangelio de Juan acerca de cuándo tuvo lugar la última cena, se puede consultar en las siguientes obras:

Anderson, Sir Robert. *El Príncipe que ha de venir* (Grand Rapids: Editorial Portavoz, 1980), capítulo, "La cena pascual," pp. 127–135.

Edersheim, Alfred. *El templo, su ministerio y servicios* (Terrassa: CLIE, 1989), Apéndice al final de la obra, "¿Instituyó el Señor Su 'Cena' en la noche pascual?"

Vila, Samuel y Escuain, Santiago. *Nuevo diccionario bíblico ilustrado* (Terrassa: CLIE, 1985), artículo "Pascua", pp. 893–895.

Índice de textos bíblicos

ANTIGUO TESTAMENTO

Génesis

Éxodo

Levítico

Números

Deuteronomio

Índice analítico